

ROSTROS Y MÁSCARAS

Mirar a Estados Unidos
desde el contexto latinoamericano

Jorge Hernández Martínez



JORGE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ (Cruces, Cienfuegos, 1949). Sociólogo y politólogo cubano. Doctor en Ciencias Históricas. Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Profesor e Investigador Titular en el Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), y presidente de la Cátedra Nuestra América de la Universidad de La Habana. Integrante del Ejecutivo del Programa Doctoral en Ciencias Políticas y de la Comisión de Grados Científicos de la Universidad de La Habana. Miembro de los Consejos Técnicos Asesores del Ministerio de Relaciones Exteriores (MINREX) y de la Editorial Nuevo Milenio. Autor de los libros *Seguridad nacional y política latinoamericana de Estados Unidos*; *Estados Unidos: hegemonía, seguridad nacional y cultura política*; *Miradas a Estados Unidos: historia y contemporaneidad*; *Estados Unidos: crisis política y contradicciones culturales*. Coordinador de los libros *Estados Unidos a la luz del siglo XXI*, *Estados Unidos y la lógica del imperialismo*; *Estados Unidos: procesos internos, geopolítica mundial y relaciones con América Latina*. Compilador de la *Antología del pensamiento social crítico cubano*. Prologuista de una veintena de libros y autor de numerosos ensayos, artículos y reseñas publicados en revistas cubanas y extranjeras.

ROSTROS Y MÁSCARAS

**Mirar a Estados Unidos
desde el contexto latinoamericano**

Jorge Hernández Martínez



una editorial latinoamericana

Derechos © 2024 Jorge Hernández Martínez
Derechos © 2024 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-923074-14-9

Primera edición 2024

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

América Latina: Ocean Sur • E-mail: info@oceansur.com

Cuba: Prensa Latina • E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu

EE.UU., Canadá y Europa: Seven Stories Press

- 140 Watts Street, New York, NY 10013, Estados Unidos • Tel: 1-212-226-8760
- E-mail: sevenstories@sevenstories.com

ocean
sur



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Índice

| | |
|---|-----|
| Prólogo | |
| <i>Elier Ramírez Cañedo</i> | 1 |
| Introducción | 7 |
| Rostros y máscaras. Mirar a Estados Unidos desde el contexto latinoamericano | 22 |
| Estados Unidos, sin enigmas | 53 |
| Estados Unidos: imperialismo, ideología y geopolítica | 82 |
| Estados Unidos-América Latina: Seguridad Nacional y hegemonía | 105 |

OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL LATINOAMERICANA

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



*A la Generación del Centenario,
en el LXXI Aniversario del Moncada*

REVISTA CONTEXTO LATINOAMERICANO



Publicación de la Editorial Ocean Sur que pretende analizar los procesos políticos y la coyuntura actual en América Latina y el Caribe desde un posicionamiento crítico y revolucionario, rescatar la memoria histórica del continente, traer la filosofía y el marxismo, actualizados, a nuestras luchas por la emancipación y promover el debate.

PRÓLOGO

Con la publicación de *Rostros y máscaras: Mirar a Estados Unidos desde el contexto latinoamericano*, Ocean Sur incorpora otro título de importante referencia al propósito que, de manera reiterada y vigorosa, lleva a cabo desde su surgimiento como casa editorial, al propiciar la divulgación del pensamiento crítico, revolucionario y antimperialista, sobre temas relacionados con Nuestra América, la teoría política y la realidad internacional contemporánea.

En esta ocasión se trata de una obra del profesor cubano Jorge Hernández Martínez, uno de los estudiosos que ha mantenido a lo largo de varias décadas la atención sobre la sociedad norteamericana. Conocido por los cursos que imparte en la Universidad de La Habana y otros centros de Educación Superior del país, por sus artículos, ensayos, libros, ponencias en eventos nacionales e internacionales, así como por su presencia en programas televisivos como la *Mesa Redonda*, *En buen cubano*, *Mundo 2020* y *Espectador Crítico*. Como probablemente le consta al lector, suele abordar cuestiones referidas a la historia, los procesos políticos internos y las corrientes ideológicas en Estados Unidos, así como las relaciones interamericanas.

El presente texto recorre, justamente, esos temas, dejando claro que, en nuestros países, el conocimiento del poderoso vecino del Norte no responde a la curiosidad intelectual, aunque ello sea una motivación legítima, sino a imperativos de la defensa de la identidad, la soberanía y la Seguridad Nacional.

2 Rostros y máscaras

Los cuatro ensayos que lo conforman resultan de aproximaciones sucesivas, derivadas de la experiencia profesional del autor, que conjugan y cruzan miradas de ciencias sociales afines como la sociología, la ciencia política y la historiografía, vinculando el presente con el pasado. En ellos se asume la relación entre historia y contemporaneidad desde un punto de vista dialéctico. Enfoque que se argumenta desde las páginas introductorias, anticipando la aplicación que del mismo se realizará más adelante, fijando el marxismo como marco teórico y metodológico explícito de los análisis.

En ese sentido, se insiste en la relevancia de colocar la mirada hacia Estados Unidos en las coordenadas del fenómeno imperialista, es decir, retomándolo conceptualmente, reteniendo las particularidades del desarrollo del capitalismo norteamericano, con su precoz expansión territorial, iniciada prácticamente desde la formación misma de la nación, luego de la Revolución de Independencia. Es igualmente necesario comprender que, aunque el imperialismo ha cambiado, sigue siendo imperialista, y que el proceso expansionista del citado país debe leerse en clave geopolítica, de arrebato de espacios territoriales y marítimos a otros países, aún mucho antes de transitar de su etapa premonopolista a la imperialista, cuando alcanza su más plena proyección en una estrategia de dominación que se va extendiendo a otros espacios, desde el económico, financiero y militar, hasta el cultural, aéreo, cibernético y sideral. Como precisión adicional, se comenta la conveniencia de distinguir teóricamente entre la geopolítica clásica o convencional, la de dominación, y la geopolítica crítica — en construcción —, la de la emancipación.

Viene al caso recordar, a pesar de que sean bien conocidas, las valoraciones de Martí sobre las características de la sociedad norteamericana durante el período de tránsito del capitalismo

premonopolista hacia la etapa imperialista y la urgencia de conocerlas, «sin ocultar sus faltas» o «pregonarlas como virtudes», según lo escribió en «La verdad de Estados Unidos», en el periódico *Patria*, así como sus previsiones y aprehensiones con respecto a las perspectivas de dominación que, desde muy temprano, se advertían en el comportamiento de la política estadounidense hacia América Latina y el Caribe. Entre sus reiteradas llamadas de alerta, sobresalen las que formulaba en sus escritos del diario *La Nación* ante las apetencias imperiales que emergían en el convite de Estados Unidos a la Primera Conferencia Panamericana, entre 1889 y 1890; en su sobresaliente ensayo «Nuestra América», al referirse al peligro que representaba el Gigante de las Siete Leguas; y en su célebre *Carta a Manuel Mercado*, donde convocaba a evitar que Estados Unidos se apoderara de nuestros países.

La vigencia de las percepciones martianas se pone de manifiesto, sin lugar a dudas, en *Rostros y máscaras...*, al encarar el estudio de Estados Unidos con una visión latinoamericana, y en particular, con una que se articula desde la experiencia de la Revolución Cubana, que destaca la esencia clasista del sistema político norteamericano, su crisis de legitimidad y el significado multidimensional de las relaciones de dominación establecidas por aquel país con los pueblos de Nuestra América. Una mirada semejante, dirigida hacia adentro de la historia, la sociedad y la cultura estadounidense, como la que define al libro que el lector tiene en sus manos, constituye una propuesta sugerente y oportuna, al contribuir al desenmascaramiento de mitos y a la identificación de las interrelaciones objetivas en cuestiones como la hegemonía y la Seguridad Nacional.

No menos importantes son las consideraciones de Fidel que dan continuidad a las apreciaciones de Martí sobre el poderoso

vecino del norte. El profesor Hernández Martínez precisa que, en Estados Unidos, el debate político partidista tiene lugar dentro de márgenes ideológicos muy estrechos, y explica las escasas diferencias entre demócratas y republicanos, atendiendo al hecho de que reflejan más coincidencias, en tanto expresiones de la clase dominante, reproductora del sistema, que diferencias, asociadas a determinados intereses productivos, financieros y asentamientos geográficos. En una ocasión el Comandante en Jefe llamó directamente la atención sobre el asunto: «Allí hay un solo partido, porque no hay nada más parecido en este mundo que el Partido Republicano y el Partido Demócrata, y más nada. Da lo mismo, ese es el tipo de alternancia que tienen: un partido burgués por otro partido burgués, un partido imperialista por otro partido imperialista».¹ En otro momento, señaló que: «En las cosas fundamentales, estratégicas, del sistema capitalista e imperialista, no hay la menor diferencia entre los dos partidos principales en los métodos, en el estilo, en la forma de hacer política no hay ninguna diferencia realmente. Es un partido bicéfalo. Los intereses del imperio allí no se cuestionan».²

Asimismo, al examinar la política latinoamericana de Estados Unidos y ponderar la cosecha de la Doctrina Monroe, vista a 200 años de su formulación, enlazando de nuevo historia y contemporaneidad, *Rostros y Máscaras...* subraya el papel de Cuba como pieza funcional en el diseño e implementación de

¹ Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, en el Encuentro con intelectuales brasileños, Sao Paulo, Brasil, 18 de marzo de 1990.

² Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, en la clausura del X periodo de sesiones de la IV legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular, efectuado en el Palacio de las Convenciones el 13 de diciembre de 1997.

la estrategia norteamericana global hacia Nuestra América, haciendo suyo el análisis realizado por el Che en el trabajo titulado «Cuba y el plan Kennedy», en el que reveló el rostro real de la denominada Alianza para el Progreso, al decir que «Estados Unidos, si no podía destruirnos de inmediato, tenía que tratar de aislarnos primero para destruirnos después».³ Esa filosofía —añade el autor— nunca ha sido abandonada, desde Eisenhower hasta Biden, aunque los medios hayan cambiado, no así los fines.

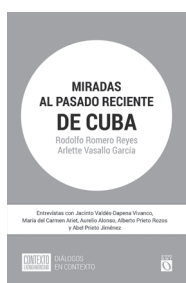
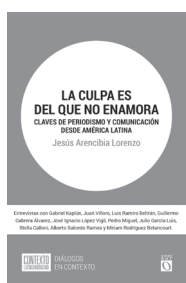
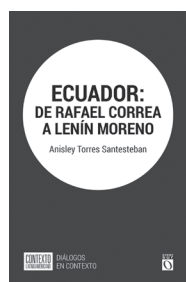
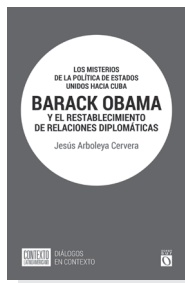
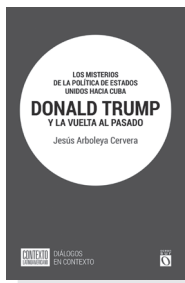
La propuesta que en esta ocasión nos presenta Jorge Hernández Martínez es sugerente y oportuna. Está concebida con una mirada marxista, leninista, martiana, comprometida con la Revolución, su liderazgo histórico y su relevo. Como estudioso de Estados Unidos, pertenece a una generación intermedia entre los que iniciaron el camino en nuestro país en ese empeño, y los que nos sumamos después, compartiendo intereses y desvelos.

Los lectores tienen la palabra.

Elier Ramírez Cañedo
Mayo, 2023.

³ Ernesto Che Guevara: «Cuba y el plan Kennedy», véase en: <http://www.cubadebate.cu/especiales/2017/01/09/cuba-y-el-plan-kennedy/>

COLECCIÓN DIÁLOGOS EN CONTEXTO



INTRODUCCIÓN

*No existen «los misterios de la Historia».
Existen las falsificaciones de la Historia,
las mentiras de quienes escriben la Historia.*
Roque Dalton, *Reflexión*.

Los ensayos reunidos en este volumen intentan contribuir, desde la perspectiva de la dialéctica del conocimiento —cruzando miradas entre historia y contemporaneidad—, a la interpretación de la sociedad estadounidense, signada entre continuidades y cambios por la acumulación de contradicciones inherentes al sistema imperialista allí imperante. La crisis de legitimidad que evidencia el cuestionamiento público del funcionamiento de los procesos electorales, el descrédito de las figuras que presiden la nación, la sensación de temor e inseguridad que vive un país donde impera la cultura de la violencia y la negación de valores fundacionales como la democracia y el respeto a la legalidad, justifican esa atención. El escándalo Watergate, desplegado entre 1972 y 1973, destapó dicha crisis, que se reafirmó con otros matices en la engañosa contienda presidencial de 2000 y adquirió expresión superlativa en la inédita situación resultante de los comicios de 2020, con el asalto al Capitolio. De modo que la escena actual profundiza la brecha de legitimación iniciada hace 50 años.

En buena medida, el contenido de los ensayos ha sido anticipado en trabajos publicados fundamentalmente por las revistas *Contexto Latinoamericano*, en su primera y segunda

temporada, y *Cuba Socialista*, en su cuarta época, los cuales se han actualizado e incorporado al presente texto, como parte de los esfuerzos del autor por comprender y tratar de explicar desde una perspectiva teórica marxista los procesos que tienen lugar en Estados Unidos con una visión que trascienda anécdotas y la imagen que resulta de lentes críticos no siempre felices. En ocasiones, con el fin de contraponer otra mirada, no se toma en cuenta suficientemente la complejidad de ese país. En tales casos, se corre el riesgo de concebir al poderoso vecino del Norte ponderando solo de modo unilateral su condición de imperialismo, asumiendo esta palabra más con sentido terminológico — dirigido a mostrar de modo gráfico y peyorativo las expresiones de violencia, intolerancia, represión, injusticia y explotación que acompañan al fenómeno que designa —, que conceptual, como construcción analítica desarrollada sobre todo por la teoría marxista y el pensamiento crítico. Con ello se descuida el hecho de que, más allá de la justa dimensión negativa — ideológica y militarista — del fenómeno que así se designa, se trata de una nación, con una historia, una sociedad, un sistema político y una cultura cívica particulares. El imperialismo constituye el sistema de dominación múltiple que resulta, en el caso de Estados Unidos, del desarrollo histórico peculiar de la formación social que se forja allí a partir de las relaciones dominantes que establece el modo de producción capitalista, en su conjugación compleja con elementos provenientes de articulaciones derivadas del vasallaje y la esclavitud.

Es imprescindible tener en cuenta que, a lo largo de la historia, los modos de producción no se conforman cual estructuras químicamente puras, sino a través de procesos que de manera dialéctica mezclan diversas relaciones sociales. En la experiencia norteamericana, esa pauta se manifiesta con la configura-

ción de un tejido clasista de «productores propietarios», rurales y urbanos (*farmers and merchants*), que alimentan la clase media blanca, anglosajona, protestante (*white anglosaxon and protestant*), conocida como *wasp*, profundamente conservadora, que representa de modo arquetípico, aunque sea esquemática, pero funcional, la imagen del llamado *mainstream* o corriente principal de la cultura política norteamericana, que reproduce gran parte de la prensa, la literatura, el cine y la televisión. Dibujos animados como *Los Simpson*, espacios humorísticos como *Friends*, o el filme que lleva al cine la obra homónima de Margaret Mitchell, *Lo que el viento se llevó*, pueden servir de ejemplos de tales implicaciones de la ideología dominante. La contracara, desde luego, expresiva de la cultura de resistencia, es la que brindan los textos estremecedores de Alex Haley y Alice Walker, plasmados respectivamente en la serie televisiva *Raíces* y en la película *El color púrpura*, muy conocidas en todo el orbe, incluidas América Latina y Cuba. Sobre esa dinámica compleja se regresa y abunda más adelante, como lo podrá constatar quién decida continuar la lectura.

La intención de los ensayos que siguen ha sido adentrarse en el entramado general aludido, relacionando pasado y presente, con una visión actualizada sobre algunos problemas principales de Estados Unidos como país real, dando continuidad a textos del propio autor y de colegas de diversas generaciones, incluidos maestros y discípulos que comparten, en Cuba y otras latitudes, ese empeño profesional común. Algo de lo aprendido enseñando en las aulas universitarias, en el intercambio con otros estudiosos y con alumnos, está volcado en estas páginas, de manera que, como todo texto, es fruto de la creación colectiva. No se trata de aproximaciones acabadas ni exhaustivas. Son más el resultado de una progresión que de una

sistematización. Las define el propósito de conjugar adecuadamente la ponderación histórica con el análisis estructural y el escrutinio coyuntural, identificando contextos y tendencias tras los hechos examinados, evitando reduccionismos y esquematizaciones. No son ejercicios académicos en sentido estricto, concebidos para un público especializado, sino más bien ensayos dirigidos a lectores interesados en el tema. La finalidad del libro se debate entre la expectativa de que despierte la motivación en los jóvenes, y el temor de que algunos de los asuntos que trata y el modo de abordarlos no despierten suficiente atención.¹

Al mirar a Estados Unidos en la actualidad, resulta obligado acudir al análisis martiano, cuando señalaba que era necesario conocer la verdad de ese país, llamando a superar las visiones míticas, propiciadoras de no pocas falacias, interpretaciones basadas en estereotipos, que desdibujan los perfiles reales de una sociedad marcada por una profunda polarización y desigualdades, en la que la riqueza se concentra cada vez más en menos manos, y la pobreza se expande por las grandes mayorías, y donde la democracia y las libertades ciudadanas decrecen de modo notorio.

No menos imprescindibles son las profusas referencias de Fidel, expresadas en sus discursos y reflexiones. En una de estas últimas, apenas unos días después de que Barack Obama —entonces precandidato demócrata a la presidencia, en el

¹ Un par de aclaraciones que el autor considera aconsejables: la primera es que se utilizan indistintamente, a lo largo del texto, como sinónimos las palabras norteamericano y estadounidense, en calidad de adjetivos; la segunda se refiere a la utilización de anglicismos, toda vez que, cuando se trata de examinar a Estados Unidos, es bastante común esa práctica, tanto en la prensa como en la literatura académica y política.

año 2008 — hubiese pronunciado su discurso ante la Fundación Nacional Cubano-Americana, precisó que:

El Estados Unidos de hoy no tiene nada que ver con la Declaración de principios de Filadelfia formulada por las Trece Colonias que se rebelaron contra el colonialismo inglés. Hoy constituyen un gigantesco imperio, que no pasaba en aquel momento por la mente de sus fundadores. Nada cambió sin embargo para los indios y los esclavos. Los primeros fueron exterminados a medida que la nación se extendía; los segundos continuaron siendo objeto de subastas en los mercados —hombres, mujeres y niños— durante casi un siglo, a pesar de que «todos los hombres nacen libres e iguales», como afirma la Declaración.²

Con esta observación subrayaba una vez más la importancia del conocimiento de la historia norteamericana, como una herramienta útil en el esfuerzo por lograr una cultura general e integral.

Bajo esas inspiraciones fue concebido el presente texto, con la certeza de que las conmemoraciones históricas brindan la oportunidad de reconsiderar acontecimientos pasados a la luz del presente y en especial, tomando en cuenta su significación para el futuro. De ahí que cuando se constatan determinados aniversarios, sobresalga la dialéctica del conocimiento, al comparar los hechos y circunstancias de ayer y de hoy, caracterizar o calibrar contextos y contrastes que permitan establecer similitudes y diferencias entre la historia y la contemporaneidad, en cuanto a condiciones objetivas, factores subjetivos,

² Fidel Castro: «La política cínica del imperio» (Reflexión del 25 de mayo de 2008), en Fidel Castro: *Obama y el imperio*, Ocean Sur, 2011, p. 3.

causas, consecuencias, desarrollos, alcances y límites de los procesos sociales.

El año 2023 nos dejó varias fechas de necesaria mirada retrospectiva, por su importancia para lo acontecido y para el devenir de Nuestra América en su relación con el poderoso vecino del Norte. Se arribó a la conmemoración de importantes aniversarios reveladores de la esencia de la política de Estados Unidos (basada en la violencia, el despojo, la explotación, la doble moral, el maquiavelismo, el injerencismo y la mentira), que evidencian el significado que la cultura política de ese país le atribuye tanto al mantenimiento de la hegemonía, como a la presunta defensa de la «Seguridad Nacional», en un ámbito tan inmediato como el latinoamericano. Dichas situaciones han dejado, además, una profunda y decisiva huella en la historia hemisférica contemporánea, en la medida en que expresaron la quiebra del sistema de dominación norteamericano en el hemisferio.

Ante todo, cual telón de fondo, la Doctrina Monroe arribó a su bicentenario. Como es bien conocido, Estados Unidos le confiere a Nuestra América desde diciembre de 1823 una prioridad estratégica, dada la vecindad geográfica de la región, sus recursos naturales, potencialidades económicas y militares, junto a la significación simbólica para su política doméstica. Ese mismo año, incluso un poco antes, en el mes de abril, se definiría tempranamente la aplicación a Cuba de la tesis de la «gravitación política», que coloca a la Isla como pieza funcional permanente en la política latinoamericana del país del norte. Desde aquellos momentos, la expansión continental del imperio trasciende el despojo espacial de los asentamientos de los pueblos originarios junto al exterminio físico, y la mirada hacia el sur del Río Bravo y el Caribe lleva consigo, un tiempo

después, el enlace conceptual con el mítico Destino Manifiesto, aplicado en la práctica en 1848 con el Tratado Guadalupe Hidalgo, que arrebató oficialmente a México gran parte de su territorio. Sobre esa misma base doctrinal la referida expansión se proyectó luego hacia Centroamérica y las Antillas. El monroísmo anticiparía lo que hacia la última década del siglo XIX se formalizó ideológicamente con el Panamericanismo, institucionalizado en el XX luego de la Segunda Guerra Mundial. De modo paulatino, cobra fuerza la intención declarada por Estados Unidos de «defender» la Seguridad Nacional en América Latina, utilizando ese tema como sombrilla bajo la cual se ha procurado en realidad, hasta hoy, garantizar su hegemonía.

Otros hechos de descollante impacto que no deben obviarse a la hora de mirar los rostros del poderoso vecino del Norte que se enmascaran tras disfraces doctrinales — dado que son reveladores de la dominación imperial aludida y de los intentos por quebrarla — son los siguientes: la conmemoración del septuagésimo aniversario del asalto al cuartel Moncada, con lo cual se inició en 1953 la última etapa del proceso revolucionario cubano, que unos años después daría lugar, con la victoria de la rebeldía popular en 1959, a la ruptura de la hegemonía imperialista en América Latina, sirviendo de inspiración a ulteriores procesos y generando reacciones como la de la Alianza para el Progreso, dirigida a evitar la propagación del ejemplo de la Revolución Cubana; el cincuentenario del golpe de Estado en Chile; y los 40 años de la invasión militar a la isla de Granada, lo cual evidenció, en ambos casos, la voluntad estadounidense de impedir a toda costa nuevos procesos emancipadores. La frustración de ambas experiencias dejó ver no solo la ilimitada agresividad imperialista, sino el costo de la falta de unidad en las luchas emancipadoras. Justamente, la continuidad del poder

revolucionario en Cuba es fruto de la conjugación de la unidad y el pueblo —junto a las armas, cuando ha sido necesario—, como recurso legítimo para la defensa de la independencia, la soberanía y el proyecto socialista.

En este repaso no debemos perder de vista que en el 2023 se cumplieron 70 años de la impactante ejecución de Ethel y Julius Rosenberg en la silla eléctrica, reveladora de la intolerancia y la injusticia en el marco de la histeria anticomunista. Se cumplieron también 60 años del asesinato del presidente John F. Kennedy, magnicidio elocuente de las contradicciones internas en Estados Unidos, de la intransigencia de las élites de poder más reaccionarias, cuando perciben «debilidad» en la acción de un liderazgo presidencial que no responda a los reclamos del Estado norteamericano, ante un desafío como el de la Revolución Cubana. No se olvide, por último, el 170 aniversario del natalicio de José Martí, cuya contribución intelectual y política marcó un punto de inflexión en el desenmascaramiento del imperialismo, desbrozando el camino con sus agudos escritos, alertando además sobre el peligro de las proyecciones de Estados Unidos para Nuestra América.

Al valorar en su conjunto tales conmemoraciones, se hace oportuno mirar a Estados Unidos desde el contexto latinoamericano. Para Nuestra América, Cuba incluida, el conocimiento de ese país no responde, aunque sea legítimo, a la curiosidad intelectual, sino a imperativos de sobrevivencia, de defensa de la identidad cultural, la soberanía, la Seguridad Nacional y continental.³

³ La propuesta contenida en estas páginas se suma y da continuidad a aproximaciones realizadas en Cuba, que intentan explicar el proceso político reciente en Estados Unidos acudiendo a la historia en su conexión con el presente, con una visión holística, comprometida

A diferencia de otras regiones, la latinoamericana ha formado parte de los esquemas de la política exterior de Estados Unidos casi desde el surgimiento mismo de la nación. El objetivo inicial de convertirse en una potencia internacional sobre la base de influencias regionales determinará la selección de América Latina, como uno de los lugares privilegiados para tal expansión. De ahí que sea la hegemonía, incluida la capacidad de controlar y subordinar el comportamiento de otros Estados, con el concurso de la reproducción ideológica del consenso impuesto por las clases dominantes, el factor definitorio en la historia de las relaciones Estados Unidos-América Latina, pero en compañía del poderío económico, la fuerza militar y la represión.

Según lo muestra la teoría marxista, renovada desde el pensamiento crítico contemporáneo, cada clase dominante construye una historia nacional que permite, refuerza y reproduce su dominación múltiple. Estados Unidos ha establecido a través de las ciencias sociales, los aparatos ideológicos del Estado y la cultura del entretenimiento un sistema en función de esa construcción, incentivando a la población a aceptar el *statu quo* de dominación y jerarquía, promoviendo el mito del excepcionalismo norteamericano, el racismo, el nativismo, el patriotismo como sustentos ideológicos de la explotación y del imperialismo. Es preocupante el hecho de que no pocos análisis tienden a basarse en obras producidas y difundidas por el centro imperialista, que tiene su principal ubicación geopolítica en Estados

con el pensamiento crítico. Véase también: Fernando García Bielsa: *Estados Unidos en la encrucijada: conmociones y desafíos*, Editora Política, 2021; Abel Enrique González Santamaría: *La ciudad en la colina: ¿Será Estados Unidos?*, Ocean Sur, 2021; Jorge Hernández Martínez: *Estados Unidos: crisis política y contradicciones culturales*, Editorial de Ciencias Sociales, 2019.

Unidos, como eje de un sistema mundial. Así, suele suceder que en la literatura especializada que circula en Nuestra América se reproduzca la ideología dominante, a través de concepciones o narrativas de la ciencia política, la sociología y la historiografía burguesa, sin escrutinio crítico, posiblemente sin quererlo, en ciertos casos, o sin que siquiera se den cuenta sus autores. La mejor explicación de la complejidad e importancia de esta dinámica perversa la resumió Néstor Kohan en la entrevista que le realizara Rodolfo Romero, a propósito de la publicación de su libro *Hegemonía y cultura en tiempos de contrainsurgencia soft*.

La generalización para todo el orbe, y en particular para Nuestra América, del tristemente célebre *American Way of Life* —señalaba—, no se logra solo con grandes hipótesis y teorías, ni con sistemas formales de ideas. Tampoco con un editorial de un periódico oficial, sea *The Washington Post* o *Miami Herald*. Se logra a través de películas románticas y de acción, a través de la música, la vestimenta y los gustos personales, inducidos mediante el *marketing* y toda una ingeniería de propaganda que opera en el campo del inconsciente colectivo, prostituyendo, incluso, los mejores descubrimientos de Freud. ¡Todo está sometido a la disputa y a la confrontación! Hasta las fantasías y los sueños más íntimos. El capitalismo no respeta nada, ni siquiera los ámbitos más privados de la intimidad que, para el sentido común, quedarían al margen de cualquier disputa geopolítica, cuando en la vida real eso no sucede.⁴

⁴ Néstor Kohan: «Hegemonía y cultura en tiempos de contrainsurgencia soft» (entrevista), en Rodolfo Romero: *La oportunidad de conversar*, Ocean Sur, 2022, p. 157.

En un marco como el que hoy vive la sociedad norteamericana, ya en la tercera década del siglo en curso, con un clima psico-social, una opinión pública y una cultura política signada por posiciones conservadoras, de extrema derecha y expresiones de fascismo, mirar, entender y explicar la historia y el presente de Estados Unidos no puede llevarse a cabo sin contribuir al empeño de sembrar ideas y conciencias, al decir del Comandante en Jefe, en el nacimiento de la Batalla de Ideas. Abel Prieto expresó, refiriéndose al momento y a la esencia de aquel combate iniciado para lograr el regreso del niño Elián, secuestrado en Miami por la contrarrevolución:

De esa época nace la idea de Fidel de trabajar por formar un cubano con una cultura general integral y al mismo tiempo, de llevar esa cultura a todas partes (...) la tarea de la gente honesta en este mundo era la de sembrar ideas, sembrar conciencias. Y sembrar tanto dentro como fuera del país. Por eso frente a la estupidez, la barbarie y la ley del más fuerte que hoy se pretende imponer a nivel mundial, nosotros tratamos de defender otro mundo posible.⁵

Haciendo suya esa idea, el texto que ahora se pone a la consideración del lector incluye cuatro ensayos, cuyas versiones originales, según ya se indicó, aparecieron en revistas de circulación internacional — pensadas desde el Sur y con soporte geográfico en Cuba —, cuyos perfiles editoriales incluyen esfuerzos teóricos y divulgativos, encaminados a irradiar reflexiones comprometidas con la emancipación, el progreso, el socialismo y la

⁵ Abel Prieto: «El Che en la Revolución Cubana y la lucha actual por la hegemonía socialista». (Intervención en la Cátedra de Formación Política Ernesto Che Guevara), en *Rebelión*, 3 de mayo de 2002. Disponible en: <http://www.rebelion.org/hemeroteca/argentina/040503ab.htm>.

lucha revolucionaria. Todos fueron reelaborados, con criterios de actualización y complementación.

El primero, «Rostros y máscaras. Mirar a Estados Unidos desde el contexto latinoamericano», que da nombre al libro, publicado por la revista *Contexto Latinoamericano*, consiste en un contrapunteo panorámico entre las principales visiones extendidas que muestran a Estados Unidos a través de estereotipos, mitos y falacias, y las miradas que procuran su desmontaje, tratando de discernir entre la cáscara y el grano, al contrastar los rostros y las máscaras con que se suele presentar la realidad imperialista norteamericana.

Los dos que le siguen toman como punto de partida varios textos aparecidos también en la primera temporada de dicha revista, si bien se benefician de ideas expuestas en artículos publicados por *Cuba Socialista*, en su cuarta y actual época, cuyos análisis fueron integrados, sintetizados y renovados, poniéndolos a tono con los cambiantes contextos históricos, y que verían la luz mediante nuevas aproximaciones, apelando a las coordenadas señaladas: la dialéctica del conocimiento y la progresión analítica. El segundo, «Estados Unidos, sin enigmas», responde a un propósito metodológico y conceptual, orientado al esclarecimiento de premisas e interpretaciones, desde una mirada holística, afincada en el marxismo y el pensamiento crítico contemporáneo, de la sociedad, la política y la cultura estadounidense; el tercero, «Estados Unidos: imperialismo, ideología y geopolítica», parte del reconocimiento imperioso del carácter imperialista y de la proyección geopolítica, desde el ángulo de la concepción dialéctico-materialista de la historia y de la economía política marxista, a la hora de examinar las relaciones de poder que conforman el sistema de dominación a nivel interno y externo de ese país.

Finalmente, el cuarto ensayo, «Estados Unidos-América Latina: Seguridad Nacional y hegemonía», combina el contenido de dos trabajos que publicó *Contexto Latinoamericano* en su segunda temporada, junto a otro que vería la luz en la cuarta y actual época de *Cuba Socialista*, centrados en consideraciones sobre la continuidad y el cambio en las concepciones e instrumentos de la proyección imperialista hacia Nuestra América de Estados Unidos.

Entre lo que se ha expresado y lo que pueda ya suponer el lector, el texto se ha concebido en clave histórica y sociológica, política e ideológica, identificada con el espíritu que animó la Batalla de Ideas. Ese intento se acoge a un pensamiento de Cintio Vitier, cuyo recordatorio nutre a aquellos que comparten tentativas similares, como algunos amigos y compañeros de quien escribe estas páginas:

Los grandes principios políticos y éticos martianos son el antimperialismo, la militancia con los pobres y oprimidos, la «República de trabajadores», «el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás». Con estos cinco principios basta para dar fundamento martiano a nuestro socialismo y a nuestra democracia. Los dos últimos son los más difíciles de poner en práctica en la acosada trinchera en que cada vez más nos han convertido. Una trinchera no es un parlamento. El propio Martí, al decir «trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra», aceptaba que, frente al enemigo, las ideas tienen que atrincherarse, unirse para una resistencia sin fisuras.⁶

⁶ Cintio Vitier: «Resistencia y libertad», en *La Letra del Escriba*, Revista de Literatura y Libros, Centro Cultural Dulce María Loynaz, no. 168, La Habana, 2021, pp. 2-3.

En su conjunto, las reflexiones e interpretaciones que atraviesan todo este volumen son fruto de un prolongado quehacer en el Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), de la Universidad de La Habana, llevado a cabo a través de proyectos individuales y colectivos de investigación, plasmado en algunos casos en versiones parciales a través de la Editorial UH. El autor reconoce al CEHSEU como su hogar académico, donde ha desplegado la mayor parte de su vida profesional y agradece a quienes auspiciaron la aparición de las versiones originales de los trabajos mencionados. De modo especial, a Ocean Sur, por la posibilidad de colaboración brindada durante los últimos diez años, ofreciendo las páginas en su referida revista, propiciando espacios en la presentación de sus libros y otras actividades que convoca. Sobre todo, por el interés y apoyo en la publicación del presente texto.

Gratitud especial a quienes, a lo largo del tiempo, han ejercido la crítica constructiva, aportado estímulo, acompañamiento, mantenido la cercanía, la amistad y la confianza. Y aquí están, en la tarea común, en pos de un mundo mejor, que es posible.

J.H.M.

NOS PUEDES ENCONTRAR EN DIFERENTES LIBRERÍAS EN LA HABANA

Prado N° 553, e/ Teniente Rey
y Dragones, Habana Vieja.

f **LibreríaAbrilCuba**



LIBRERÍA CUBA VA

Calle 23 esq. a J,
Vedado.

Rostros y máscaras. Mirar Estados Unidos desde el contexto latinoamericano

Cada gobernante de Estados Unidos tiene una frase retórica para América Latina (...). Las frases son tan efímeras como las Administraciones. Lo único perdurable en la política yanqui es la mentira.

Fidel Castro Ruz, 26 de julio de 1978.

La población cubana dispone, quizás como muy pocas, de posibilidades y alternativas de ampliar su cultura general, incluida la cívica y la política, y en particular, de consolidar su comprensión objetiva y desmitificadora sobre Estados Unidos, cuyo lugar y papel en el mundo resulta de imprescindible conocimiento para entender la historia de América Latina, incluida la de Cuba y el desenvolvimiento de su proceso revolucionario hasta los momentos actuales.

No es casual, por ello, el esfuerzo pionero que, desde Bolívar y Martí hasta Fidel y Chávez, han llevado a cabo los exponentes más lúcidos y patrióticos de la intelectualidad y la política en la región, aportando pistas conceptuales e ideológicas para entender a Estados Unidos y sus relaciones con Nuestra América, junto a una práctica emancipadora, expresiva de la capacidad de rebeldía y resistencia que define a los pueblos de la región. Es el mismo empeño que ha comprometido el pensamiento y la lucha de muchas figuras. Desde San Martín y Juárez, hasta Che y Roque. Desde Mariátegui, Baliño, Mella, Villena, hasta Roa, Marinello, Le Riverend, Galeano, García

Márquez, González Casanova, entre otras figuras destacadas de la literatura, las ciencias sociales y el pensamiento y accionar revolucionario latinoamericano.

Y es que, según lo expresa una metáfora, Estados Unidos, como nación, constituye un pueblo mitológico, creado mitad de sueño y mitad de mentira, que ha vivido, y aún sigue viviendo, en una tierra y en un tiempo legendario. La tradición política liberal, el puritanismo evangelista religioso, el romanticismo literario, el sentimiento patrioter, la ideología industrial nortea, el nativismo algodoner sureño, el individualismo de la propiedad privada, la expansión territorial – «todo mezclado», como diría Guillén –, no han dejado de alimentar la idealización de una identidad que hace suya una vocación misionera, un papel mesiánico, la predestinación imperial; que troquela una sensación de superioridad racial, étnica, religiosa. Samir Amin lo resumió al decir que «Estados Unidos extendió la misión que Dios le otorgó (el Destino Manifiesto), para abarcar el mundo entero», con lo cual «los norteamericanos han llegado a considerarse como un pueblo elegido».¹ Y aunque en sentido estricto, esa convicción es patrimonio de la clase dominante en ese país, identificada hoy con la burguesía monopólica y la oligarquía financiera, el aporte de la clase media blanca, anglosajona y protestante, ha prevalecido, a partir del rol que jugó durante mucho tiempo en el proceso histórico, alimentando el imaginario conservador que perdura en la identidad nacional. De ahí que su legitimación cultural se haya hecho creíble a escala masiva, a través de los aparatos ideológicos del Estado. Como en otras experiencias en las que ingredientes nativistas,

¹ Samir Amin: «La ideología estadounidense», en *Al-Ahram Weekly*, no. 638, 15 al 21 de mayo de 2003. Disponible en: [https:// www.nodo50.org/csca](https://www.nodo50.org/csca).

racistas y populistas han impregnado el consenso, buena parte de la población ha interiorizado y asumido como propios tales arquetipos y aberraciones. Desde esta perspectiva es que se ha extendido esa visión maniquea que presenta a Estados Unidos como una sociedad en la que impera el llamado *mainstream* o tendencia principal, que gira en torno a la trivialidad, la cultura de la violencia y la discriminación.² Le acompaña el individualismo y la competencia, reproduciéndose con una asombrosa credulidad, el mito norteamericano, el del excepcionalismo, el del *American Way of Life* y el *American Dream*.

En una intervención en la Cátedra de Formación Política Ernesto Che Guevara, invitado por Néstor Kohan y Claudia Korol, Abel Prieto resumió el trasfondo de estas características al definir la maquinaria política, económica y mediática norteamericana –descodificando la simbología de la conocida película *Forrest Gump*– «como manipuladora, mutiladora y reproductora de una cultura de la frivolidad, de la superficialidad, de lo vacío, que enlaza la idiotez con la integración al sistema».³

El mito norteamericano enmascara, disfraza las raíces de una secular hegemonía imperial, que impide ver su verdadera naturaleza, a menos que se disponga de algunas advertencias

² El término *mainstream* es un anglicismo, como se sabe, muy utilizado en el lenguaje literario y sociológico norteamericano, para designar lo que se percibe como la corriente de pensamiento principal o la percepción generalizada entre los grupos sociales, círculos intelectuales, medios de comunicación y estados de la opinión pública del país. Aunque no posee una connotación clasista, atraviesa la estructura social y de clases, en la medida que denota el enfoque y autorepresentación ante temas relevantes de la agenda nacional.

³ Abel Prieto: *ob. cit.*

metodológicas, de claves descodificadoras básicas y de determinados conocimientos históricos.

El cómo y el por qué subyacentes en la construcción del mito requieren, en consecuencia, de su desmontaje analítico. En efecto, desde el preámbulo de ese documento fundacional en la historia de Estados Unidos, que es la Constitución, los llamados Padres Fundadores comienzan a argumentar la visión engañosa, adormecedora, al escribir las primeras palabras: «Nosotros, el pueblo...». Así lo puntualiza Howard Zinn:

Con ello intentaban simular que el nuevo gobierno representaba a todos los americanos. Esperaban que este mito, al ser dado por bueno, aseguraría la tranquilidad doméstica. El engaño continuó generación tras generación, con la ayuda de los símbolos globales, bien fueran de carácter físico o verbal: la bandera, el patriotismo, la democracia, el interés nacional, la defensa nacional, la Seguridad Nacional, etc. Atrincheraron los eslóganes en la tierra de la cultura americana.⁴

La fuerza desmitificadora de la historia no dejaría lugar a dudas: ni la Revolución de las Trece Colonias, ni su Declaración de Independencia, ni la citada Constitución podrían opacar el enorme peso del despojo y genocidio de los indios (presentados como los «pieles rojas» que arrancaban el cuero cabelludo a los «carapálidas»), ni la esclavización y exterminio de los negros africanos y sus descendientes. Tampoco las enmiendas que introdujo la Guerra Civil lograron eliminar la discriminación racial. La democracia no era un atributo ni un resultado del capitalismo salvaje. El sueño americano sería más una pesa-

⁴ Howard Zinn: *La otra historia de Estados Unidos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, p. 23.

dilla que otra cosa. Los superhéroes que consagró en su devenir la cultura estadounidense, desde el Capitán América hasta Superman, Batman, y toda una amplia gama de figuras dotadas de superpoderes no hacen sino reafirmar el individualismo extremo característico del aludido culto a la banalidad, en una sociedad cuyas raíces históricas —nacionales y clasistas— no permiten que florezcan héroes colectivos, populares, cual es el caso de Asterix, el galo, o el cubano Elpidio Valdés, como bien lo explica Enrique Ubieta al prologar el libro de Eliades Acosta sobre el neoconservadurismo en Estados Unidos.⁵ La violencia, el segregacionismo, la xenofobia, están incrustados como componentes orgánicos en esa cultura del consenso cuya cosecha ha empezado a ser cuestionada, cada vez más, desde hace varias décadas, pero que en términos de tiempo histórico, no son suficientes para quebrar el hegemonismo de la referida construcción mitológica.

Afortunadamente, entre muchas otras situaciones, circunstancias o ejemplificaciones, los filmes de Oliver Stone, las obras literarias de Alice Walker y Norman Mailer, los ensayos académicos de Edward Said y James Petras, mantienen sus huellas y encuentran resonancia entre otras contribuciones, como apunta Bob Dylan en su canción *The times, they are changing*, es decir, los tiempos están cambiando. Estados Unidos hoy es una sociedad no solo cambiante, sino cambiada, si bien ello ocurre dentro de un marco explicable de continuidad.

Vale la pena mencionar el texto *Roba este libro*, escrito por el activista Abbie Hoffman, que ejemplifica la contracultura de los años de 1960, con prólogo e introducción de Norman Mailer y

⁵ Véase Enrique Ubieta: «Para leer al nuevo Superman», Prólogo, en Eliades Acosta Matos: *El Apocalipsis según San George*, Ediciones Abril, La Habana, 2005.

Howard Zinn, respectivamente. La obra fue un *bestseller*, que con estilo satírico y mordaz se refería a Estados Unidos como el «Imperio Cerdo» (*Pig Empire*), explicando que no era inmoral robar de él, y que, de hecho, lo inmoral era no hacerlo. Su mensaje se convirtió en emblema de los *yippies*, el grupo más politizado del conocido movimiento *hippie*, que desafiaba la cultura del *statu quo*. Con esa inspiración se filmó, con sentido biográfico, la vida de Hoffman bajo el título *Roba esta película* dirigida por Robert Greenwald.

A la par, se reactivan expresiones de movimientos sociales, aún sin gran impacto, pero de manera dinámica y creciente, dentro de los límites de la cultura del consenso norteamericana, muy condicionada por la acumulación ideológica conservadora, durante más de diez años. La cosecha del extendido mandato republicano de Ronald Reagan, proseguida por George H. Bush, desde 1980 hasta 1992, persistiría, entre lo manifiesto y lo latente, hasta el siglo XXI, con el doble gobierno de George W. Bush, primero, y la única Administración de Donald Trump, más tarde. La paradoja que resulta del contraste entre el país real y el imaginado no es necesariamente patética. Los cambios se abren paso siempre, a lo largo de la historia, mediante contradicciones y transiciones. Antonio Gramsci y Walter Benjamin, entre otros marxistas, con su pensamiento y acción antifascista consecuente, lo dejaron claro. El primero hablaba del contrapunto entre lo viejo, que no terminaba de morir, y lo nuevo, que no acababa de nacer. El segundo fijaba la contradicción entre los escombros y caminos que simbolizaban los tránsitos históricos.

Quizás convenga, a los efectos de valorar globalmente los procesos descritos, pasar revista a las dimensiones básicas del mito norteamericano, para poder discernir, en sentido metafó-

rico, entre la cáscara y el grano, al examinar la cultura del consenso que se ha cosechado en Estados Unidos.

Con este propósito viene bien retener un par de referencias elocuentes, que ilustran el entorno estadounidense en el terreno de la vida cotidiana y confirman lo señalado acerca de la centralidad de la cultura de la clase media. La primera, remite a una popular novela de Sloan Wilson, titulada *El hombre del traje gris* (*The Man in the Gray Flannel Suit*), escrita a mediados de la década del cincuenta y llevada al cine por el director Nunnally Johnson, que ofrece un cuadro típico de la vida cotidiana de entonces, pero que, en esencia, es la misma 70 años después. Es el retrato del conformismo de la clase media y del ajuste al sistema. En la sociedad norteamericana de aquella década, casi todos los hombres de clase media-media y media-alta llevaban vidas similares: vivían en urbanizaciones en las afueras de las grandes ciudades, iban cada día a laborar en tren, vestían trajes de corte parecido, predominando el color gris, como trabajadores de «cuello blanco» (*white collar*) y, al llegar la noche, se relajaban con el trago que les había preparado su esposa. El mensaje: se supone que no se podía pedir más a la vida. Una casa modesta, funcional y confortable, hijos, una amante y comprensiva esposa y un sueldo razonable. Tras esa fachada de felicidad y acato del sistema, cierta angustia existencial. La novela y la película han sido consideradas en la sociedad estadounidense como unas de las obras que mejor supieron captar el espíritu de aquella época. Su aparición supuso la acuñación de la frase «hombre de traje gris» para resumir todo un estilo de vida. Reflejaban la historia de un hombre que intentaba encontrar el verdadero sentido de su trabajo y de su vida en la ajetreada sociedad de la segunda posguerra, definida por el consumo y lo que se calificó como «cultura de masas». En buena medida,

aquel retrato sociológico tiene hoy tanta actualidad como en el momento en el que vieron la luz el libro y el filme. El telón de fondo, sobre lo cual no se hablaba mucho ni se presumía, a pesar de la visible atmósfera del macartismo, mostraba, sin embargo, rasgos de intolerancia, represión y hasta proclividad fascista, según lo registró Theodor Adorno en *La personalidad autoritaria*. Tal cual sucede en la actualidad, con la persistencia del «trumpismo».

Otra referencia, con similar sentido, se encuentra en el penetrante escrutinio en la cultura, la vida cotidiana y la política de la sociedad norteamericana, que, con su habitual expresividad y estilo satírico, realiza Woody Allen. Su agudeza analítica resalta el contraste entre el velado y el verdadero semblante de esa sociedad y el disfraz que la encubre. A pesar de que el pensamiento crítico (antisistémico, contestatario, contrahegemónico) se abre paso, sigue imponiéndose el mencionado *mainstream*, mediante buena parte de obras literarias y cinematográficas, trabajos ensayísticos, investigaciones sociales, discursos presidenciales, informes gubernamentales, artículos periodísticos, programas televisivos. Así, señala:

Más que en ninguna otra época de la historia, la humanidad se halla ante una encrucijada. De los dos caminos a tomar, uno conduce al desaliento y a la desesperanza más absoluta. Y el otro a la total extinción. Roguemos al cielo sabiduría para elegir lo que más nos conviene (...). El conflicto radica en que nuestros líderes no nos han preparado para una sociedad mecanizada. Lamentablemente, nuestros hombres políticos o son incompetentes, o son corruptos. Y a veces las dos cosas en el mismo día. El gobierno permanece insensible ante las necesidades de los humildes. Después de las cinco, es rarísimo que nuestro hombre en el Congreso se ponga al

teléfono (...). En vez de hacer frente a los desafíos, nos dejamos arrastrar por pasatiempos tales como la droga y el sexo (...). No tenemos objetivos claros. Nunca hemos aprendido a amar. Nos faltan líderes y programas coherentes. Carecemos de eje espiritual (...). El futuro ofrece grandes oportunidades. Puede ocultar también peligrosas trampas. Así que todo el truco estará en esquivar las trampas, aprovechar las oportunidades y estar de vuelta en casa a las seis de la tarde.⁶

La mirada de Allen provee una sugerente perspectiva a la hora de examinar la realidad actual de Estados Unidos, en la que el conformismo y la rutina de la vida cotidiana de la clase media se exalta con series televisivas como *Friends* y *The Big Bang Theory*, entre otros muchos ejemplos. De ahí que proceda poner de relieve las raíces de la sociedad que nace en el siglo XVIII con la formación de la nación, las bases que sostienen desde entonces su cultura política y que constituyen vasos comunicantes con el panorama de hoy, al comenzar el tercer decenio del siglo XIX.

No se pretende analizar el contexto actual ni los procesos en curso. Solo se intenta retomar la perspectiva histórica utilizando como punto de referencia el presente, con la intención de distinguir entre los rostros y las máscaras que caracterizan el entramado sociopolítico y cultural subyacente en la sociedad estadounidense, de ayer y de hoy. El análisis se proyecta desde las circunstancias en las que la Administración Obama adoptó en su primer período el ropaje de una nueva era en las relaciones de Estados Unidos con América Latina, promoviendo en realidad la subversión de los procesos emancipadores, y a

⁶ Woody Allen: «Mi discurso a los graduados», en: *Cuentos sin plumas*, Editorial Círculo de Lectores, Barcelona, 1991, pp. 331-332.

finales del segundo, un mejoramiento del conflicto con Cuba; en que el gobierno de Trump desmontó ese proceso; y hasta la ambivalente y limitada política de Biden, durante el tercer año de su primer (¿o único?) mandato. Un análisis de ese tipo sería un ejercicio apropiado para conmemorar el 170 aniversario del natalicio de Martí, recordando las prevenciones que hiciera desde 1891, sobre las amenazas del naciente imperialismo norteamericano, que identificó con la alusión alegórica al Gigante de las Siete Leguas.⁷

Estados Unidos bajo el lente de Nuestra América

Más allá de las expectativas que se crearon desde la campaña presidencial durante 2008 — cuando Barack Obama se proyectaba como candidato por el partido demócrata, esgrimiendo la consigna del cambio, de las promesas en que basó el inicio de su gobierno —, lo cierto es que la frustración que provocaría la falta de correspondencia entre su retórica y su real desempeño, junto a las impactantes filtraciones de más de 250 000 documentos del Departamento de Estado a través de *Wikileaks*, reflejaron las paradojas de una sociedad que cada vez más se alejaba del legado de la Revolución de Independencia y del ideario de los «padres fundadores», en la medida en que valores como la democracia, la libertad, el anhelo de paz y la igualdad de oportunidades se desdibujaban de manera casi constante y creciente. Donald Trump y Joseph Biden se encargarían de

⁷ Véase José Martí: «Nuestra América», en *Obras Completas*, vol. 6, CEM, La Habana, 2011. La célebre expresión que utiliza alude a la imagen de la maldad en el cuento infantil *Pulgarcito*, de Charles Perrault: «¡Los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes».

corroborarlo, el primero con estridencia, el segundo con sobriedad. Si bien esa tendencia era visible desde los tempranos momentos de la expansión territorial continental en el siglo XIX, cuando entra en acción la práctica del Destino Manifiesto, no hay duda de que en el XXI se reiteran, en una escala inusitada, acciones que niegan aquellos valores fundacionales comprometidos con el progreso histórico y expresan un intervencionismo desembozado, evidenciando el carácter contradictorio, decadente y regresivo de una sociedad cuya política interna y exterior se encubre con artilugios, cosméticos y pretextos. Sin embargo, no ha sido posible ocultar la violación de los derechos ciudadanos dentro del país al amparo de la llamada Ley Patriótica después de los atentados terroristas del 11 de septiembre, ni la connotación fraudulenta de un proceso electoral como el del año 2000 o la crisis de legitimidad del sistema que se evidencia luego de los resultados de los comicios de 2020, que culminan con el asalto al Capitolio, a lo cual ya se hacía referencia.

La renovada vigencia del aludido ensayo martiano es aún más patente cuando se recuerdan las palabras del presidente Obama, en 2009. Con ellas prometió una etapa de cambios en las relaciones interamericanas, basada en la recuperación del liderazgo, el restablecimiento de la confianza y el incremento de la influencia de Estados Unidos en el continente. O al retener, en fecha más reciente la retórica de Biden en 2022, en el contexto de la Cumbre de las Américas.⁸ De ahí que resulte imprescindible dirigir la mirada a ese país, desde los presupuestos que se resumen en el conocido vocablo Nuestra Amé-

⁸ Se trata de las proyecciones expresadas en su discurso en el marco de la Cumbre de las Américas, efectuada en Trinidad-Tobago, en abril de 2009. Véase el análisis que realiza Luis Suárez Salazar al respecto en: «La ambivalente política hemisférica de Barack Obama: una primera evaluación», en *Contexto Latinoamericano*, no. 12, 2010.

rica. Con ella, como se sabe, se identifica al conjunto de nuestros países, al sur del Río Bravo; se agrupa (utilizando las propias palabras martianas) a aquellas «dolorosas repúblicas americanas», a «las tierras de habla española que han de salvar en América la libertad». Al establecer así la contraposición esencial con la otra América, según lo precisa Roberto Fernández Retamar, «lo que Martí rechaza en Estados Unidos ya no son cuestiones accesorias o periféricas: es el proceso mismo por el que han venido a ser lo que son».⁹

Como lo puntualiza otro estudioso —Luis Toledo Sande—, cuando Martí acudió a ese sintagma Nuestra América lo hizo asumiéndolo más como un concepto que como un mero término.

La afectividad del *nuestra* —señala— apunta claramente a una diferenciación de los pueblos a los cuales aplicaba ese concepto, con respecto a otra área de América: a la que también, aparte de destinarle calificativos harto elocuentes, dio nombres como la Roma americana y, sobre todo, la América europea (...). El tipo de colonización y conquista representado por la prosapia que empezó a llegar del norte de América con los laboriosos puritanos del *Mayflower*, determinó una voluntad de pureza racial que ha marcado el rumbo imperante en Estados Unidos, no solo en su composición y su vida internas, sino, sobre todo, en su modo de relacionarse con sus vecinos y con el resto del mundo. Martí no negaba que aquel país también era (es) América, pero tuvo el cuidado de advertir que no era (es) nuestra, sino ajena y hasta preponderantemente hostil, cuando no enemiga, y dominada por la ambición de apoderarse de la América toda.

⁹ Roberto Fernández Retamar: «Prólogo», en: *José Martí. Política de Nuestra América* (Selección de Roberto Fernández Retamar), Fondo Cultural del ALBA, La Habana, 2006, pp. 7-24.

Si metafóricamente podía considerársele una nueva Roma, lo era americana; y si resultaba europea, seguía siendo básicamente una porción de América.¹⁰

Mirar a Estados Unidos desde Nuestra América supone, entonces, hacerlo desde las condiciones históricas en que se lleva a cabo su proceso de configuración y desarrollo, atendiendo a sus definiciones históricas, a los componentes que determinan su identidad nacional, su cultura política y el patrón de dominación neocolonial, imperial y hegemónica. Lo resumió de modo magistral Roque Dalton cuando, refiriéndose a El Salvador, sentenció en su poema *OEA*: «El presidente de Estados Unidos es más presidente de mi país que el presidente de mi país».¹¹

Sobre esa base, es imprescindible contribuir a la difusión y profundización de la mirada martiana, retomar y consolidar la óptica con la que hacía ver que en Estados Unidos «preponderaba el sentimiento egoísta, el derecho bárbaro, la superioridad incontrastable de la raza anglosajona contra la latina, la convicción en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy».¹²

El legado de la Independencia

Cada 4 de julio Estados Unidos celebra su nacimiento como país autónomo. Como es habitual, la celebración del Día de la Independencia es una ocasión para exaltar un hecho trascen-

¹⁰ Luis Toledo Sande: «Prólogo», en: *José Martí, Por Nuestra América* (Selección y prólogo de Luis Toledo Sande), Editorial José Martí, La Habana, 2003, p. 11.

¹¹ Roque Dalton: «OEA», en *Taberna y otros lugares*, Ocean Sur, 2007, p. 23.

¹² José Martí: «La conferencia monetaria de las Repúblicas de América», en: *Obras Completas*, tomo 6, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 159.

dental por su significación histórica universal, cuyos alcances desbordan el territorio norteamericano. El acontecimiento es recordado, prácticamente, en todo el mundo. Las miradas, claro está, varían según el nivel de información que se posea y la afectividad con que se asuma el devenir de ese país.

La conmemoración aludida se suele celebrar en la sociedad norteamericana con festividades apasionadas, de forma jubilosa, mediante reafirmaciones orgullosas de patriotismo, triunfalismo y glorificación. En la Declaración de Independencia dada a conocer un día como aquel, en 1776, se proclamó, por primera vez en la historia la soberanía del pueblo, lo que se convirtió en un principio fundamental del Estado moderno. Como se conoce, con ello se reconocía el derecho del pueblo a la sublevación, a la revolución: se declaraba la ruptura de todas relaciones entre las colonias en América del Norte y la metrópoli británica, exponiéndose las bases sobre las que se levantaba, de manera independiente, la naciente nación.

Desde el punto de vista histórico, la Revolución de Independencia en Estados Unidos, sin embargo, fue un proceso limitado, inconcluso, sobre todo por el hecho de que conservó intacto el sistema de esclavitud, que ya se había conformado totalmente para entonces, con lo cual quedaría pospuesta casi por un siglo la consecución de ese anhelo universal —la abolición—, hasta la ulterior guerra civil o de secesión, que se desataría entre 1861 y 1865.

Anticipando el derrotero de las revoluciones burguesas europeas —aún y cuando sus especificidades impidan catalogarla, con exactitud historiográfica, como un acontecimiento de idéntico signo—, la independencia de las Trece Colonias que la Corona Inglesa había establecido en la costa este de América del Norte expresó tempranamente la vocación de lucha por la libe-

ración. También reflejó la magnitud de la conciencia nacional que despertaba en la vida colonial y, sobre todo, la capacidad de ruptura con los lazos de dominación que las potencias colonizadoras habían impuesto en las tierras del Nuevo Mundo.

Es cierto que ese hecho no llevó consigo una quiebra de estructuras feudales preexistentes, como las que preponderaban en la escena europea, ante las cuales reaccionaron los procesos que en Francia e Inglaterra le abrieron paso a las relaciones de producción capitalistas, lo que sí permitió bautizarlas como revoluciones burguesas. No podía ser así, ya que desde que aparecieron los gérmenes de lo que luego sería Estados Unidos de América, nunca se articularon relaciones feudales como tales. Las Trece Colonias nacieron definidas con el signo predominante del modo de producción capitalista, es decir, marcadas con el signo de una embrionaria, pero a la vez pujante y dinámica matriz social burguesa.

La Revolución de Independencia norteamericana se adelantó, no cabe dudas, a la enorme contribución histórica que aportaría, algunos años más tarde, la Revolución Francesa, cuyo impacto es ampliamente conocido, a partir de que abre una época de profundas transformaciones, que cambian de modo definitivo todo el panorama social, cultural, científico, productivo e industrial en Europa, con implicaciones incluso de índole mundial. Estaría de más insistir en el hecho de que la misma ha sido fuente de inspiración de luchadores contra tiranías y sistemas absolutistas — monárquicos, clericales y feudales.

Con razón se ha insistido por no pocos historiadores y especialistas en el origen burgués y sobre todo, en el carácter anti-popular de la célebre Constitución de Estados Unidos (ese texto jurídico y político que es el más antiguo en nuestro continente, y que se toma como modelo por otros países, a la hora de conce-

bir sus propios documentos constitucionales, o que en algunos cursos sobre historia de América o mundial se presenta como ejemplo de los más completos), al caracterizarla como el fruto de 55 ricos, entre quienes se encontraban comerciantes, esclavistas, hacendados y abogados, que no hicieron más que defender sus intereses clasistas. Por supuesto, a pesar del tremendo aporte intelectual y político de figuras como Washington, Jefferson, Hamilton, Madison, Franklin, entre otros, ninguno de ellos tuvo proyecciones de beneficio mayoritario, ni incluyó en sus reflexiones a las masas populares. Desde el punto de vista constitucional lo cierto es que, con la conquista de la Independencia, ni los obreros de las manufacturas, ni los artesanos, ni los esclavos, lograron sustanciales mejoras en sus condiciones de vida.

El ya mencionado Howard Zinn lo esclarece cuando señala que «los padres fundadores no tomaron ni siquiera en cuenta a la mitad de la población» al referirse a los segmentos sociales que quedaron excluidos del marco de reclamos e inquietudes por los que se preocupaban los documentos fundacionales de la nación estadounidense.¹³

Las bases doctrinales e institucionales sobre las que se levanta el aparato político de Estados Unidos —y en general, los soportes que sostienen el diseño de la sociedad norteamericana, incluido su sistema de valores— están contenidas, podría afirmarse, en una serie de documentos, entre los que se distinguen tanto la mencionada Declaración de Independencia, de 1776, como la referida Constitución, rubricada unos años después, en 1787, en Filadelfia. El primero sería un texto revolucionario, enfocado hacia la arena internacional, procurando

¹³ Howard Zinn: *ob. cit.*, p. 35.

dotar de legitimidad al tremendo proceso que tenía lugar. El segundo fue un documento conservador, dirigido hacia dentro de la sociedad norteamericana, en busca de la preservación o consagración de la normatividad, de la legalidad que sirviera de garantía a los cambios ya logrados.

Para decirlo en pocas y sencillas palabras: la Constitución ponía fin a la revolución convocada por la Declaración de Independencia. Elitismo, exclusiones, limitaciones, restricciones, se levantarían como realidades en contraposición con los ideales y promesas de participación, libertades, posibilidades y derechos, que se proclamaban antes.

¡Qué paradoja! En esta síntesis, que pareciera un juego de palabras —lamentablemente no lo es— está contenido el legado real de la Revolución de Independencia en ese país, que hoy se pretende recrear como símbolo mundial de la democracia. Es un legado de retórica, demagogia, inconsecuencia, plagado de intolerancia, violencia e injusticias.

La promesa democrática

El tema de la democracia es de la más vieja data en el devenir de Estados Unidos. Sería difícil encontrar a un interesado en el conocimiento o estudio de la realidad norteamericana (su historia, el cine, la literatura, la música, la vida cotidiana, la política) en cuyo imaginario —al procurar asociar determinados conceptos, valores o cuestiones trascendentes al acontecer de ese país, o al tratar de fijar aspectos identificativos de esa sociedad—, no le viniese a la mente la palabra democracia. Y es que, gracias al papel de la escuela, libros de texto y medios de comunicación se difunden y reproducen estereotipos, en virtud de lo cual, la promesa o la aspiración democrática se presenta como un imperativo fundacional de la nación norteamericana.

No importa que el término no aparezca como tal —probablemente para sorpresa de muchos— ni en la Declaración de Independencia ni en el texto de la Constitución. Sucede que la democracia es una de las cuestiones más discutidas en la filosofía y el pensamiento social desde la antigüedad. Según los estudiosos, se trata de uno de los temas más perdurables en política y se ha convertido desde el siglo XX en uno de las más centrales y debatidos. Se le atribuyen significados y connotaciones muy disímiles en su larga historia y se le define desde el punto de vista académico en la actualidad con enfoques bien diferentes, acorde con los contextos socioeconómicos en los cuales se le ubique. No obstante, la mayor parte de los criterios coincide en destacar que en la base de las diversas definiciones de democracia, está la idea del poder popular o del pueblo; o se enfatiza aquella situación en la cual el poder y la autoridad descansan en el pueblo.

Una de las conceptualizaciones más conocidas de la democracia —quizás la más conocida—, sea aquella dada por Abraham Lincoln, en el siglo XIX, al concebirla como «el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo», en la que también se insiste en la idea anterior, es decir, en la importancia del poder popular o del pueblo, como elemento esencial de la democracia. Con independencia de lo que se entienda por pueblo —cuestión fundamental—, lo cierto es que, a lo largo de la historia, la democracia ha sido entendida y asumida, la mayor parte de las veces, bien como forma de gobierno, bien como conjunto de reglas que garantizan la participación política de los ciudadanos, como exigencia moral y humana, de valor como principio universal, o bien como método de ejercicio del poder.

De este abanico, conviene subrayar la variante que distingue la democracia cual forma de gobierno en la que el poder político

es ejercido por el pueblo, lo que lleva consigo el principio de la participación popular en los asuntos públicos y en el ejercicio del poder político. La participación, por tanto, es primordial a la hora de comprender y asumir la democracia. No obstante, no siempre existe consenso acerca de lo que se define como participación, como tampoco con la manera de entender el concepto de pueblo. Y es que de ello se desprenden consecuencias trascendentales a la hora de determinar el alcance real de la democracia.

En Estados Unidos, durante el período de la guerra de las Trece Colonias contra Inglaterra, hacia finales del siglo XVIII, la discusión en torno a la democracia tuvo lugar entre contradicciones y conflictos, a través de un proceso que no fue lineal. En ese contexto se desarrollaron las dos tendencias ideológicas fundamentales que influirían posteriormente en las nuevas instituciones políticas y jurídicas y en la formación del Estado norteamericano moderno: la antipopular, liderada por los federalistas Hamilton, Madison y Jay; y la democrática, encabezada por Jefferson y Paine. En cuanto a la forma de gobierno que debía adoptar el Estado norteamericano, los federalistas se pronunciaban a favor de la monarquía constitucional a semejanza de la inglesa, mientras que los partidarios de la tendencia democrática abogaban por la república democrática burguesa. Como se sabe, finalmente se impuso esta última posición.¹⁴

A partir del siglo XIX, con el famoso libro de Alexis de Tocqueville *La Democracia en América* (1835), se incorpora un nuevo término al lenguaje político en Estados Unidos: el de democracia representativa, cuyo efecto sería trascendental. Se comienza a utilizar el término acuñado por dicho autor, con-

¹⁴ Véase Louis Hartz: *La tradición liberal en los Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

cediendo al sufragio y al sistema electoral en general, el papel esencial dentro del ejercicio democrático y relegando a un segundo plano la participación ciudadana en la toma de decisiones y en el ejercicio del poder. Esta idea, de la representación liberal burguesa que se plasma en la sociedad norteamericana —al no rendir cuenta, ni ser revocable, y al desvincularse cada vez más de los intereses populares— es, desde luego, la negación misma de la democracia.¹⁵

Con el desarrollo del capitalismo se producen cambios radicales en la concepción de la democracia y de la participación que se había establecido a través de la sociedad esclavista y feudal. La vida social se hace más compleja, toda vez que se amplían las esferas de participación ciudadana y que se incrementan las personas con derecho a participar. La participación en el ejercicio del poder y en los asuntos del Estado, bien directamente, o por medio de representantes, es consagrada jurídicamente como uno de los derechos fundamentales del ciudadano, extendiéndose a grandes capas de la población. Se convierte en un atributo de las masas, sobre la base de la idea de la soberanía popular.

Anticipándose un poco a la célebre Revolución Francesa que consagra tales principios, la que tiene lugar en Estados Unidos, con base en la Declaración de Independencia de 1776, en la Constitución de 1787 y, sobre todo, con las enmiendas que introduce la denominada Carta de Derechos (Bill of Rights), ratificada en 1791, los atributos de la democracia entran formalmente en vigor en la vida social y política norteamericanas: la libertad de palabra, de prensa, de reunión, de asociación. La

¹⁵ El mencionado libro de Alexis de Tocqueville tiene numerosas ediciones y reimpressiones. Véase, por ejemplo, alguna de las realizadas por el Fondo de Cultura Económica, México.

historia ha mostrado, más de una vez, los límites reales con que tropieza el ejercicio de tales atributos.

Desde la Constitución, la idea relativa a lo que luego se entronizaría como la forma básica de participación en la vida social y política de un Estado o país —las elecciones, el sufragio— quedaría recogida, en términos del derecho a elegir y a ser elegido. En una sociedad como la estadounidense, la cuestión de la democracia se reduce, como regla, a la institucionalidad de las elecciones. Si existe el derecho al sufragio, hay democracia. Si no existe, ni hablar de democracia.

En el siglo XX, esa concepción específica, restringida, reduccionista, unilateral, se estrecha aún más, en la medida en que, según los enfoques norteamericanos, los procesos electorales son expresión de la democracia solo en aquellos casos en los cuales se reproduce el esquema válido en ese país. Si no se lleva a cabo a su imagen y semejanza, entonces los mecanismos democráticos no son reales o son incompletos. Por tanto, fuera de ese patrón, no existe la democracia. Los medios de difusión, el arte y la cultura en Estados Unidos (e inclusive, en muchos otros países) han contribuido, queriéndolo o no, no solo a difundir los bienes de consumo que simbolizan a esa sociedad, como la Coca Cola, sino el modelo de democracia que se supone es universal.

Teniendo en cuenta la significación o peso que tienen las elecciones para la comprensión de la democracia en una experiencia como la de Estados Unidos, es que generalmente se unen las dos cuestiones al hablar del sistema político de ese país. No es inusual hallar la expresión de que el mismo es, por excelencia, un «sistema democrático» o un «sistema electoral democrático», cuando se está haciendo alusión al carácter y contenido que allí asume el proceso electoral.

Nelson P. Valdés sintetizaría con gran fuerza gráfica lo apuntado al reflexionar sobre las elecciones presidenciales de 2000, sugiriendo que la democracia norteamericana puede ser calificada como democracia de mercado:

Un aspecto fundamental de la democracia son las elecciones. Ustedes deben saber que en nuestro sistema democrático los aspirantes presidenciales tienen un límite para lo que pueden gastar si reciben financiamiento federal. Sí, el gobierno federal puede financiar a los candidatos (pero solo si han obtenido un por ciento determinado de votos en una elección previa. Puede que usted piense que tal práctica no es justa para los nuevos partidos políticos, pero como dijo el presidente Jimmy Carter, el mundo no es justo).¹⁶

Y no hay dudas de que su análisis es persuasivo y bien argumentado:

En las elecciones presidenciales del 2000 —añade el sociólogo—, la Comisión Federal Electoral (que hace las leyes sobre gastos) estableció que, si un candidato a presidente acepta financiamiento del gobierno, el candidato puede gastar 40,5 millones de dólares a fin de obtener la nominación de su partido (demócrata o republicano). Una vez que el partido político selecciona a alguien como su candidato, entonces el candidato puede gastar hasta 67,5 millones durante la campaña presidencial. Es más, cada uno de los partidos políticos puede también gastar hasta 13,5 millones cada uno en la convención de su partido. En total cada candidato tiene un

¹⁶ Nelson P. Valdés: «La democracia norteamericana, rostros y límites», en *Cuadernos de Trabajo*, no. 7, Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Nuevo México, Albuquerque, 1999, p. 14.

límite de gasto de unos 122 millones. Si uno acepta el financiamiento federal, entonces recibe otros 122 millones del gobierno federal. En otras palabras, cada candidato puede gastar la modesta cantidad de 244 millones para convertirse en presidente de Estados Unidos. Usted puede pensar que es mucho dinero, pero como dijo una vez W.C. Fields, en Estados Unidos obtenemos el mejor presidente que se puede comprar. Sin embargo, debe saber que el límite de gastos no se aplica si el candidato decide no aceptar fondos federales. En ese caso, no hay límite para lo que se puede gastar en una campaña.¹⁷

Las elecciones presidenciales del año 2000 evidenciaron con simbolismo el carácter amañado, sin transparencia, del proceso político. Como esfuerzo destacado, Greg Palast, periodista de la BBC y el diario *The Guardian*, realizó una investigación sobre una purga de votantes de las listas electorales de Florida. Según esta, hasta 57 000 personas, en su mayoría «afroamericanas» y de afiliación demócrata, fueron privadas de su derecho al voto. Palast cuenta en su libro *La mejor democracia que se puede comprar con dinero* (*The Best Democracy Money Can Buy*) cómo el estado de Florida contrató a la empresa DBT por cuatro millones de dólares para que eliminara de la lista electoral a delincuentes, e incluso, a votantes con nombres similares o nacidos en la misma fecha que los delincuentes, y principalmente a negros y demócratas.¹⁸

Un seguimiento analítico sistemático sobre los procesos electorales y el financiamiento implicado lo ha realizado Ramón Sánchez Parodi a través de artículos publicados en

¹⁷ Ídem.

¹⁸ Greg Palast: *La mejor democracia que se puede comprar con dinero*, Editorial Crítica, Barcelona, 2003, p. 31.

Cubadebate, en los que ha examinado las campañas, los resultados y los gastos en las coyunturas de 2004, 2008, 2012, 2016 y 2020, además de profundizar en el asunto en textos más amplios.¹⁹ La mayor parte de los medios de prensa reflejaron que la última contienda, la de 2020, fue la más cara de la historia norteamericana, con un gasto de unos 14 000 millones de dólares, cifra que superó las expectativas iniciales, que preveían que los comicios implicarían cerca de 11 000 millones. Esta cifra récord supone más del doble del gasto que llevaron consigo las elecciones de 2016.²⁰

Pareciera que, con estos síntomas, aún faltan algunos requisitos para afirmar que Estados Unidos, en sus más de 240 años de experiencia nacional, ha satisfecho la promesa democrática. Sobre todo, si quisiera entenderse el asunto a la luz de lo que precisa Zinn, en las últimas líneas de su referida obra. Allí comenta que el principio democrático que puede estar presente, subsumido, en el espíritu de la Declaración de Independencia, «declaraba que el gobierno era secundario, que el pueblo que lo había establecido era lo primero. Por consiguiente, el futuro de la democracia depende del pueblo, y de su conciencia creciente acerca de cuál es la manera más decente de relacionarse con los seres humanos de todo el mundo». Compárese esa aspiración con la realidad norteamericana de hoy. Resulta obvio que la promesa no se ha cumplido.²¹

¹⁹ Por ejemplo el ensayo «¿E pluribus unum? Reflexiones sobre las elecciones de 2004: antecedentes e incidencia en el futuro de Estados Unidos», en Jorge Hernández Martínez (coord.): *Los EE.UU. a la luz del siglo XXI*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008, y el libro *El espectáculo electoral más costoso del mundo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2016.

²⁰ Véase <https://www.lainformacion.com/mundo/cuanto-cuestan-elecciones-estados-unidos/2819874/>

²¹ Howard Zinn: *ob. cit.*, p. 29.

Una tragedia norteamericana

Las consecuencias para Estados Unidos del 11 de septiembre de 2001 incluyeron, en primer plano, las tremendas reacciones de supuesta defensa de esa nación, dentro y fuera de la misma, mediante apelaciones a la represión ideológica e institucional y al uso ilimitado de la fuerza militar. Sus efectos ideológicos aún siguen manifestándose.

Los valores y principios que definen a la sociedad norteamericana tienen su raíz, como en cualquier país, en las simientes de su historia nacional. Si uno quiere entender las bases que sostienen el proceso de integración de una cultura, no puede obviar la mirada hacia su etapa fundacional. Es en la articulación inicial de los factores y condiciones que se mezclan e interactúan, que se vertebra la armazón del sistema de valores, el conjunto de concepciones, que caracterizará luego la psicología nacional, la idiosincrasia, la cultura política de una nación. De ahí que los soportes de Estados Unidos en el siglo XXI se encuentren en el proceso mismo de su formación como país independiente. En ello, como se conoce, confluyen las herencias de la sociedad inglesa que llega junto a la plataforma geográfica y cultural conformando el entorno norteamericano que sirve de anfitrión a la colonización en el siglo XVII.

Gore Vidal se refirió a la crisis de confianza, de legitimidad, que sacude a la sociedad norteamericana, a su población, y explicaba el llamado sentimiento «antinorteamericano», a partir de la carga negativa que se han echado encima los gobernantes de ese país, al promover represión interna y rapiña exterior, casi desde el mismo momento en que promovieron la Declaración de Independencia; hace 240 años Vidal tenía razón. Así se entiende el grado de antinorteamericanismo que existe en la actualidad en países cuyas culturas, territorios, infraestructuras,

economías, han sido destruidas. Es que además del individualismo, el puritanismo, el espíritu de empresa, el liberalismo-conservador, la filosofía de que el fin justifica los medios —la ética de la falta de principios y de escrúpulos— define a nivel una buena parte de la cultura política de Estados Unidos.

Los atentados terroristas al World Trade Center, en Nueva York, y a instalaciones del Pentágono, en Washington, fueron el nuevo punto de inflexión para un viraje conservador, que colocaba la intolerancia y sus expresiones múltiples en la orden del día de la política doméstica. Los aires del macartismo se renovaban. El pretexto ya no sería, claro está, el anticomunismo, sino la lucha, aún más difusa, contra el terrorismo. Aquí radica, parafraseando la novela de Theodore Dreiser, la «nueva» tragedia americana.

Los reajustes internos posteriores al 11 de septiembre ampliaron las prerrogativas federales para combatir el terrorismo, incluyendo el control de las comunicaciones individuales, con la consiguiente violación de derechos civiles y judiciales de los ciudadanos. Se rescatan viejas prácticas, como las de autorizar el asesinato de líderes extranjeros, contratar asesinos e incluso a terroristas para la supuesta lucha antiterrorista, reforzando un ambiente sórdido, marcado por la represión y el belicismo. En su segundo período, el entonces presidente George W. Bush procuró remozar su lenguaje, trasladando el énfasis situado en el terrorismo hacia temas como la defensa de la libertad, la democracia y la lucha contra las tiranías en todo el mundo.

A pesar de que su legado conservador parecía agotado y que el renacimiento, con Obama, de una alternativa al menos cercana al liberalismo, apuntaba hacia un escenario de mayor racionalidad y coherencia, ha seguido haciéndose evidente la

naturaleza hipócrita, perversa, de la política norteamericana, en tanto su presencia militar en el Medio Oriente se mantendría por cerca de una veintena de años, y de nuevo se deterioraría la imagen y la popularidad presidencial. Con la guerra en una suerte de punto muerto en Afganistán, Obama puso fin a las principales operaciones de combate el 31 de diciembre de 2014 y pasó a entrenar y ayudar a las fuerzas de seguridad afganas. En el caso de Irak, Biden decidió que Estados Unidos cesaría a finales de 2021 las operaciones de combate en el país, para dedicarse, en similar sentido, al entrenamiento de tropas iraquíes en su lucha contra el Estado Islámico. Ambas experiencias profundizaron la crisis de imagen que venía acompañando a la hegemonía norteamericana durante los decenios transcurridos en el siglo en curso, más allá del deterioro de su economía y de su competitividad en el marco de la disputa global con China y Rusia.

Estados Unidos atraviesa, desde hace no poco tiempo, por un proceso de conmociones, crisis, ajustes, transiciones y reacomodos, que se expresan en sus diferentes esferas a nivel interno y mundial. La ideología política imperialista —entendida como representación teórica clasista de intereses de la oligarquía financiera y grupos de poder hegemónicos— trasciende su expresión formalizada al nivel de la conciencia de las clases dominantes. Se extiende y ramifica como parte de la cultura política en ese país, expresándose con frecuencia, de manera inconsciente, en amplios sectores de la sociedad norteamericana de la mayor diversidad clasista. Esto es lógico, dada la capacidad del sistema educacional y de los medios de difusión masiva, para expandir esa ideología hasta los terrenos de la psicología nacional y de la cultura. El contexto nacional actual es reflejo de ello. Numerosas han sido las

máscaras. Una de ellas, la que representa la consigna del cambio promovida por Obama, cuyas promesas de campaña quedaron, en buena medida, inconclusas y negadas; la asociada al hecho de haber recibido el Premio Nobel de la Paz; la concerniente a su proclamado abandono del concepto de guerra preventiva contra el terrorismo. El rostro que se oculta tras la retórica aflora en la continuidad de concepciones militaristas tradicionales, como las contenidas en la Estrategia de Seguridad Nacional que divulgara en 2010, que procuró matizar en la siguiente, la que presentara en 2015, pero dejando claro que, si fuese necesario, la fuerza militar no debía descartarse. En su real expresión facial, más allá del maquillaje, la presidencia de Obama mostraba un notable incremento de las deportaciones de migrantes irregulares, a pesar de la reforma migratoria que había prometido, llegando a superar las cifras, lo cual fue sorprendente, de su predecesora, la Administración Bush. Junto a ello, el dinamismo del escenario interno, marcado por la ofensiva de la derecha en ascenso que simbolizaría el *Tea Party*, de inspiración populista, nativista, racista, xenófoba, junto a la victoria republicana en la Cámara de Representantes derivada de las elecciones de medio término en noviembre del mismo año, resumía un cuadro de condiciones político-ideológicas que dejaron ver el verdadero rostro de una sociedad y de una cultura política cuyas facciones las determina —por encima de la figura presidencial y del partido que esté en el poder— la naturaleza del sistema vigente. Tómese ello solo como un ejemplo de una tendencia que perdura. Trump se ocuparía de convencer a los incrédulos con su descarnado proyecto reaccionario, que sobrepasaba las proyecciones de los conservadores tradicionales y de los neoconservadores, con un patrón radical de extrema derecha, con ribetes

fascistas, palpable en sus discursos, decisiones y en el texto de la Estrategia de Seguridad Nacional que expuso en 2017.

Y a pesar de las expectativas de un cambio, aunque Biden criticó y abandonó las consignas trumpistas (*America First y Make America Great Again*), su llamado a restaurar el alma de la nación, unido a las ambigüedades y limitados pasos de su quehacer internacional, han proseguido, según lo revelaría su Estrategia de Seguridad Nacional dada a conocer en 2022, pautas bastante parecidas. Para Nuestra América, el lenguaje ha tenido, a través de los años, muchos reacomodos, pero en esencia la Doctrina Monroe ha mantenido, 200 años después, la presunción de que tiene poder sobre todo el hemisferio, y ha seguido considerándola como «nuestro patio trasero». En tal sentido, procede reproducir en su totalidad las palabras de Fidel —parte de las cuales son utilizadas como exergo de este ensayo—, formuladas a propósito del gobierno de James Carter, pero extensivas al presente:

Cada gobernante de Estados Unidos tiene una frase retórica para América Latina o para el mundo: uno habló de la «Alianza para el Progreso»; ahora es «los derechos humanos». Nada cambió en la política hacia el hemisferio y el mundo, todo quedó igual; siempre prevaleció la diplomacia de las cañoneras y el dólar, la ley del más fuerte. Las frases son tan efímeras como las Administraciones. Lo único perdurable en la política yanqui es la mentira.²²

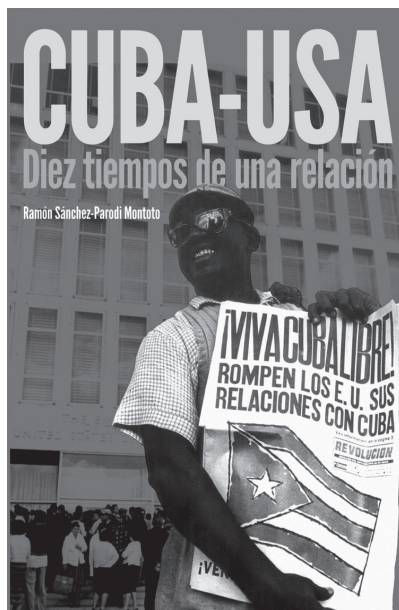
²² Fidel Castro Ruz: «Discurso del 26 de julio de 1978 en el XXV Aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes», en *Granma*, 28 de julio de 1978.

El pensamiento crítico, es obvio, tiene aún mucho por hacer, con el hilo de Ariadna marxista y martiano.²³ Y así identificar los verdaderos componentes de la sociedad norteamericana en la actualidad y en el porvenir, separando la realidad del mito, distinguiendo de modo laborioso entre la cáscara y el grano.²⁴

²³ Alusión en la mitología griega, al ovillo de hilo que le proporciona Ariadna a Teseo, el cual le permitiría encontrar el camino de regreso dentro del laberinto, luego de matar al Minotauro.

²⁴ La necesidad de tal distinción entre la cáscara y el grano, fue utilizada por Ambrosio Fornet. Véase: «Otra invitación a reflexionar», palabras pronunciadas en la presentación del libro *Cultura y neofascismo: disidencias*, de un colectivo de autores, publicado por la Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



CUBA-USA. DIEZ TIEMPOS DE UNA RELACIÓN

Ramón Sánchez-Parodi

Con particular atención es tratado el tema del diferendo Cuba-Estados Unidos en las páginas de este libro. Sobre la base de documentos históricos y de sus vivencias personales, el autor ahonda en la política de hostilidad imperialista que durante cinco décadas ha proyectado Washington hacia la Isla, y en las posiciones de resistencia que el pueblo cubano sintetiza en el grito de «Patria o Muerte».

266 páginas, 2011, ISBN 978-1-921438-91-2

Estados Unidos, sin enigmas

*Es preciso que se sepa en Nuestra América
la verdad de los Estados Unidos*

José Martí, *La verdad sobre los Estados Unidos*.

Estados Unidos ha dejado de ser hace tiempo lo que era y lo que, en el imaginario tradicional universal —incluido el que expresa la propia cultura de ese país— se consideraba que era. Para quienes han seguido aferrados a las falacias e ilusiones basadas en la idealizada visión de verle como el símbolo de la democracia y de la lucha en favor de ella en el mundo, liberando a pueblos oprimidos, asumiendo como paradigma textos fundacionales como la Declaración de Independencia y la Constitución de Filadelfia, la historia reciente se ha ocupado de demostrar con contundencia lo contrario. El asalto al Capitolio a comienzos de 2021, como epílogo de la polémica contienda presidencial que tuvo lugar un par de meses antes, en noviembre de 2020, vendría a ser la secuela del conflicto creado 20 años atrás a partir de la prolongada, irregular y fraudulenta elección de 2000, que requirió de la designación del mandatario por parte de la Corte Suprema, ante la imposibilidad de que el Colegio Electoral lo definiera mediante el habitual conteo y recuento de votos, expresivo de una profunda crisis de legitimidad.

La inoperancia de los procedimientos democráticos, incluido el sufragio, negaba el ideario de los llamados Padres

Fundadores. Como colofón, la inusual demora de los resultados de las ulteriores elecciones de medio término en 2022, que confirmó la falta de consenso en la composición de las dos Cámaras del Congreso y el alcance de las divisiones partidistas e ideológicas, ratificaba el cuestionamiento a la legitimidad del sistema político. En el plano internacional, las frustraciones y límites que acompañaron ese mismo año a la Cumbre de la Democracia y la Cumbre de las Américas, confirmarían la demagogia y la crisis de credibilidad incuestionable de una retórica gubernamental agotada.

Convendría recordar una de las expresiones habituales y más difundidas, en latín, con la cual se identifica a Estados Unidos, tanto a través de la literatura como de la producción académica y los trabajos periodísticos: *e pluribus unum*, o sea, «de muchos, uno». Estas palabras describen la confluencia de muchas tradiciones y condiciones que se funden en el crisol histórico en el cual se produce el temprano desarrollo capitalista y la formación de la nación en ese país. Dicha frase apareció apenas seis años después de la Revolución de Independencia, cuando el Congreso Continental la aprobó e incorporó como lema, en el Gran Sello de Estados Unidos, en 1782. Según lo ha subrayado un criterio especializado, ese es «el sueño y la vocación original de los fundadores de la nación nortea, cuando las Trece Colonias se rebelaron contra la dominación colonial británica. Con esa divisa se expandió Estados Unidos por el territorio continental, proclamando la tesis del Destino Manifiesto; sobrevivieron a la Guerra de Secesión y desplegaron posteriormente sus alas de dominación más allá del ámbito hemisférico».²⁵

²⁵ Ramón Sánchez Parodi: *ob. cit.*, p. 33.

Quizás lo más relevante de dicha valoración sea que, en esencia, refleja la naturaleza contradictoria, diversa, de ese país, evidente en el contraste inevitable que, casi de inmediato, surge ante la conducta expansionista violenta, unilateral, discriminatoria, genocida, imperialista, que dentro y fuera de sus fronteras, define el auge de Estados Unidos, desde el siglo XIX hasta el XXI. Su carácter multicultural, multiétnico, multirracia, se plasma en el crisol que es más conocido por la palabra correspondiente en idioma inglés, *meltingpot*, cuyo acento se pone en la visión edulcorada que presenta esa mixtura de orígenes, colores, lenguas, tradiciones, pertenencias religiosas y políticas, en términos de igualdad de oportunidades. Cuando se piensa en Estados Unidos como la tierra prometida, la frase *e pluribus unum*, choca de frente con una realidad muy alejada de tal pretensión de igualdad, como la de muchos grupos sociales (latinos, asiáticos, pueblos originarios, hombres de piel negra norteamericanos), fuertemente discriminados. De ahí que sea imperioso reconocer que «la historia de Estados Unidos está muy ideologizada, pues ha sido escrita en función del grupo blanco, anglosajón, protestante y burgués que ha dominado su existencia (...). Resulta vital conocer la verdadera historia de ese país desde sus mismísimos inicios».²⁶

Sin embargo, a pesar de esa constatación, lo cierto es que, al contrastar la producción bibliográfica que han generado las instituciones y especialistas que en Estados Unidos conforman ese cuerpo multidisciplinario de conocimientos conocido como latinoamericanística —o estudios latinoamericanos, que se forja allí luego de la Segunda Guerra Mundial—, con los esfuerzos intelectuales dirigidos a conocer desde América Latina

²⁶ Alberto Prieto Rozos: «Una visión cubana de la historia de Estados Unidos», en Jorge Hernández Martínez: *ob. cit.*, p. 66.

al poderoso vecino del norte, la conclusión es bastante obvia. Estados Unidos conoce mejor las realidades de Nuestra América que esta las de ese país. Esa situación quedó bien definida luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando la consolidación hegemónica norteamericana implicó, entre otras cosas, la delimitación precisa de América Latina como una relevante zona en lo que consideraban como su traspatio o patio trasero, a partir de su ubicación geográfica y de su significación geopolítica, lo que le convertían en el cinturón de seguridad del imperio en su frontera sur. Por esa razón, desde que en el mundo académico estadounidense surgen los estudios regionales —llamados indistintamente en inglés *area studies* o *regional studies*—, los referidos a Nuestra América reciben una atención destacada, incorporándose a los planes y programas curriculares de las carreras de ciencias sociales, incluyendo esferas de las ciencias naturales, como la geografía y la ecología y creándose departamentos docentes e institutos de investigación en muchas universidades, así como revistas y editoriales especializadas. Ello responde a la conciencia de la necesaria institucionalización y profundización del conocimiento científico riguroso sobre el vecindario inmediato situado al sur de la frontera del ya pujante imperialismo estadounidense, estructurado desde comienzos del siglo XX, y ya en pleno proceso de consolidación durante la segunda posguerra.

Los intereses que explicaban esa atención, como es conocido, estaban definidos desde el siglo XIX y se iban plasmando en políticas concretas desde entonces y en los primeros decenios del siguiente. La significación de América Latina para Estados Unidos era clara desde que propició la articulación formal, en 1823, de la Doctrina Monroe, que arriba en 2023 a su bicentenario, y la política del «Buen Vecino», formulada

en 1933, que cumple su nonagésimo aniversario. En el trayecto histórico implicado se registran, además, importantes hitos en configuración de los mencionados intereses. Convendría recordar al menos la atención que le dedican a Cuba, al configurarse la teoría de la gravitación política, que sirvió de base a las concepciones de la llamada «fruta madura», en el mismo período que nace el monroísmo, el proceso expansionista que despoja a México de buena parte de sus territorios, como expresión concreta de la aplicación del viejo Destino Manifiesto, en 1848, y el nacimiento de las ideas del Panamericanismo, entre 1889 y 1890.

Los próceres hicieron tempranas y muy conocidas llamadas de alerta. Simón Bolívar en su carta al coronel Campbell en 1829, al advertir el peligro que representaba Estados Unidos, expresó: «que parecía destinado a plagar de miseria a nuestros países en nombre de la libertad». José Martí, al prevenir en su carta a Manuel Mercado, en 1895, dejaba claro su deber de impedir a tiempo que Estados Unidos se extienda por las Antillas «y caigan con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América». Sin embargo, las luchas antimperialistas en América Latina no han estado acompañadas por un desarrollo sistemático, suficientemente profundo y actualizado, del conocimiento necesario, de raíz bolivariana y martiana, sobre los fenómenos que han tenido lugar dentro de ese país (la lógica del funcionamiento de su economía, de su sistema político, su dinámica social e ideológica, del proceso de formulación de la política exterior y de toma de decisiones). No se trata, desde luego, de que no se haya reflexionado en abundancia sobre tales temas. Existen un sinnúmero de obras que de un modo u otro abordan al imperialismo y su sistema de dominación en su relación histórica con América Latina, que se ha ido incrementando en

los últimos 20 años, con aproximaciones desde el pensamiento crítico latinoamericano y universal, con aportes sustanciales, necesarios, pero no suficientes. En otros casos, se advierte cierta carencia o déficit del necesario enfoque científico-investigativo o de la actualización requerida. Aunque útiles, sin embargo, la complejidad, el dinamismo y las mutaciones en los métodos de injerencia de la política estadounidense hacen imprescindible la multiplicación de tales esfuerzos, sobre todo porque desde que finalizó el siglo XX, transcurridas las dos primeras décadas del XXI, el imperialismo norteamericano ha experimentado cambios relevantes desde el punto de vista de su anatomía y actuación. Si bien se registran continuidades, deben comprenderse en su relación dialéctica con los cambios que han tenido lugar, tanto en sus procesos internos como en sus expresiones externas y en su lugar en el mundo. De ahí la importancia de mirar a ese «mal vecino» no desde un punto de vista narrativo, sino sintetizando lo fundamental de los enfoques principales y especialmente, sus implicaciones negativas, como limitantes del conocimiento de fenómenos, procesos y relaciones reales, propiciando falacias, mitos, estereotipos. En este sentido, se trataría de asumir una perspectiva dialéctica, a fin de avanzar en el conocimiento objetivo, desmitificador, del imperialismo norteamericano. O sea, con una mirada holística, totalizadora, a través del movimiento histórico que le define como nación a lo largo del tiempo, desde su nacimiento hasta el presente, en su continuidad, cambios y contradicciones.

Premisas

En un conocido pasaje, muy citado e ilustrativo acerca de la sociedad norteamericana, Martí señaló que había vivido en las entrañas del monstruo y lo conocía muy bien. Sus apreciaciones

nes, plasmadas en diversos periódicos y ensayos escritos hacia finales del siglo XIX, dejaban claro lo que llamó la necesidad de conocer la verdad sobre Estados Unidos.²⁷

A pesar de esas lúcidas, tempranas y oportunas visiones, persisten, dos siglos después, esquemas y falacias, diluyéndose en los imaginarios populares y la cultura política la figura caricaturesca, satírica, del Tío Sam en medio de la banalidad de películas, seriales televisivos y dibujos animados, que refuerzan las visiones de superhéroes y los beneficios del *American Way of Life*. Mirar a Estados Unidos desde Nuestra América supone hacerlo desde las condiciones históricas en que se lleva a cabo su proceso de configuración y desarrollo, atendiendo a sus definiciones históricas, a su proyección económica, geopolítica y cultural, sin lo cual no podría pretender la hegemonía. En la medida en que esa aproximación intelectual es de índole científica, se impone garantizar su objetividad.

Sobre esa base, es imprescindible contribuir al estudio e interpretación de Estados Unidos, concientizando la importancia y urgencia de ampliar la cultura política en nuestros países, y en particular, de consolidar la comprensión objetiva y desmitificadora sobre ese poderoso vecino del norte, cuyo lugar y papel resulta de obligado conocimiento para entender la historia y la actualidad de América Latina. Sucede que con frecuencia se enmascaran o disfrazan las raíces de una secular hegemonía imperial (materializada en el caso latinoamericano en un sistema de dominación ya en crisis), y se dificulta ver su verdadera naturaleza, a menos que se disponga de algunas advertencias metodológicas, de claves descodificadoras básicas, de determinados referentes teóricos y conocimientos históricos.

²⁷ José Martí: «La verdad sobre Estados Unidos», en *Obras Completas*, tomo 28, p. 290.

Esa visión es la que se ha difundido a través de la globalización, mezclada con otra, que reduce a Estados Unidos solo a su definición como imperialismo, utilizando el término para denigrarlo, asumiendo únicamente su dimensión militarista, perdiendo de vista la connotación científica, multilateral de ese concepto.

Cualquier estudio de dicho país que procure superar esas miradas, requiere de un análisis histórico-concreto que retenga momentos, antecedentes, contornos, revele tendencias, explique patrones de comportamiento; que identifique secuencias en movimiento, antinomias, causas y efectos, distinga apariencias y realidades, discursos y hechos, contextos y textos, formas y contenidos, propiciando siempre la conexión entre las partes y la totalidad, penetrando en el entramado económico que condiciona los diferentes procesos políticos e ideológicos y que les sirve de marco, al imprimirle una fuerte connotación social y clasista.

A menudo, en la literatura especializada se subestima el dinamismo y funcionalidad de los fenómenos políticos e ideológicos, y se les atribuyen características que en rigor no poseen, con lo cual les desdibujan. En este sentido es necesario tener presente, entre otras consideraciones de partida, que:

1. El Estado, el sistema político, el gobierno y la élite de poder en Estados Unidos no constituyen estructuras homogéneas, monolíticas, o como lo expresa la ciencia política, un «actor racional unificado», en tanto expresa la diversidad de posiciones de los diferentes sectores que integran la clase dominante —la burguesía monopólica y su núcleo, la oligarquía financiera—, cuyos intereses coinciden en la lógica del sistema, pero varían en sus modos o estilos, y se manifiestan a través de diversas vías, entre las que sobresalen las instancias gubernamentales, los grupos

de presión, los partidos, las corrientes ideológicas y los medios de comunicación.

2. La sociedad norteamericana se distingue de la estructura estatal y de las Administraciones que se suceden en la Casa Blanca, toda vez que el pueblo que la compone y determinadas tradiciones son ajenos y, a menudo, contrapuestos a los designios imperiales, como suele suceder en las sociedades basadas en antagonismos clasistas.
3. El debate político en ese país tiene lugar, por razones históricas, dentro de márgenes muy estrechos, de modo que las diferencias ideológicas y partidistas son reducidas, y más que contrapuestas, son contrastantes y complementarias, lo que implica que, en rigor, ni a nivel de pensamiento (liberalismo y conservadurismo) ni de partidos (demócrata y republicano) lleven consigo diferencias irreconciliables, sino un gran parentesco.
4. Las elecciones allí no son procesos dirigidos a cambiar el sistema, sino a mantenerlo, reproducirlo y consolidarlo. De modo que aunque el liderazgo personal de la figura que ocupe la Sala Oval, el partido al que represente y el que prevalezca en las dos instancias legislativas le imprimen particularidades al Senado, la Cámara de Representantes y al gobierno que inicie un mandato, en el fondo lo decisivo sea el interés del *establishment* o la Razón de Estado.²⁸

²⁸ El presente ensayo fue escrito algunas semanas antes de las elecciones de medio término, previstas para el mes de noviembre de 2022, por lo cual no se incluyen valoraciones sobre su significado, más allá de que, por su propósito y carácter, el análisis expuesto no se detiene en coyunturas, y cuando las menciona en ocasiones, lo hace solo como ilustración de procesos generales, de tendencias en despliegue y perspectivas.

5. Por su naturaleza política e ideológica, los fenómenos y procesos señalados, expresivos de una impronta clasista de relaciones de poder, responden a condicionamientos económicos, pero no de manera automática, lineal ni inmediata. Son síntesis de múltiples determinaciones, que se manifiestan a través de eslabones mediadores y, en ocasiones, sus efectos pueden repercutir de modo muy gradual y lento, o hacerse visibles mucho tiempo después.

Las reflexiones planteadas se adscriben a una interpretación dialéctica de la ideología y la política que las asume a partir de una constante interacción de la historia con la contemporaneidad. Cuando el conocimiento histórico se desvincula del análisis del devenir ulterior y del presente, no es más que una herramienta estéril. El pasado debe ser visto a través del presente, y a la vez, el presente debe ser visto a través de su propio pasado. Se trata de una dialéctica del conocimiento, que es la clave de la importancia del análisis desde el marxismo y el pensamiento crítico.

Antecedentes necesarios

La sociedad norteamericana se halla sumamente dividida e inmersa en diversas contradicciones. El país está signado tanto por acentuadas heterogeneidades clasistas—derivadas de la concentración del capital y la consiguiente polarización socioeconómica entre los poseedores y los desposeídos, entre ricos y pobres—, como por conflictos políticos asociados a las cuotas de poder en el interior de la clase dominante, que se manifiestan en las posturas partidistas, pero al mismo tiempo, las trascienden.

Estados Unidos transita aún por uno de los períodos de mayor conmoción de su historia reciente. A los efectos acumulados desde el decenio de 1980, provocados por la llamada Revolución Conservadora, se añadieron la repercusión, ya aludida, del proceso electoral del año 2000, y los ataques terroristas perpetrados el 11 de septiembre de 2001, contra los emblemas del poder financiero y militar del país (las Torres Gemelas e instalaciones del Departamento de Defensa), agregando un cuadro de crisis sin precedentes, que aportó a George W. Bush el respaldo y liderazgo del que carecía, iniciando así una doble Administración que culminaría en callejones sin salida.

Las implicaciones institucionales de los atentados se plasmaron en notables ajustes en las estructuras estatales y legales, como los asociados a la promulgación de La Ley Patriótica, la aparición del Departamento de Seguridad Interna y el Comando Norte, lo cual estuvo acompañado de no menos relevantes repercusiones políticas, ideológicas y culturales, que propiciaron un clima de temor a nivel doméstico y nuevas concepciones en la base doctrinal de la proyección exterior y la Seguridad Nacional, junto al comienzo de lo que se bautizó como Guerra Global contra el Terrorismo.

En ese marco se definirían, a la vez, expectativas y frustraciones que, bajo el condicionamiento de los cambios internacionales, conducirían a los gobiernos ulteriores como resultados de hartazgos y de búsquedas de nuevas opciones. En el decenio de 2010, el presidente Donald Trump, republicano y conservador de extrema derecha, racista, misógino y xenófobo, que hizo gala de supremacismo blanco, contrastaba fuertemente con el anterior, Barack Obama, de piel negra, demócrata con cierto aire liberal, favorecedor en sus palabras, no en sus hechos, de los inmigrantes y de la figura femenina. Ambos resultaron triun-

fadores en contiendas electorales en las que existía un definido rechazo a los gobiernos que terminaban sus mandatos. Esos mismos contextos serían los que propiciaron, en circunstancias específicas, alternativas de signos opuestos, como el *Tea Party* y *Occupy Wall Street*, o como la popularidad que alcanzaron figuras como las de Bernie Sanders y el propio Trump.

Cuando se examina la sociedad norteamericana en la década de 2000, al arribar a las elecciones presidenciales de 2008, quedaba claro que en el país se reclamaban cambios tanto en el orden objetivo como en el subjetivo. El cansancio acumulado, la crisis de confianza, el deterioro moral, el agotamiento ideológico del proyecto conservador sustentado por W. Bush, sus reveses económicos, el desencanto ciudadano, el clima psicológico de incertidumbre y temor, la ineficacia de la política exterior, la impopularidad de la gestión del presidente, configuraban un cuadro de desgaste que Obama capitalizó desde temprano durante el desarrollo de la campaña, ofreciendo un discurso y una consigna primero a favor del cambio (*change*), y en 2012 llamando a seguir adelante (*go forward*).

Por otra parte, al analizar desde sus inicios la campaña electoral de 2016, se advierte la creciente visibilidad de Trump como posible alternativa, en su competencia con Hillary Clinton, alimentado ello por el resentimiento de una renco-rosa clase obrera que había perdido sus empleos y de una clase media empobrecida, caracterizada por un nacionalismo chauvinista e intolerancia. Estas expresiones reflejaban la frustración del sector de hombres blancos adultos, acumulada desde los años sesenta, a partir de hechos como la emancipación de la mujer, la lucha por los derechos civiles, las leyes para la igualdad social, el dinamismo del movimiento de la población negra y latina, de homosexuales y defensores del medio ambiente

y de la paz, por considerar que le habían ido restando poder y derechos. Se trataba de ese sector poblacional que fue orgullo de la nación en los años de la segunda posguerra, sobre todo en los de 1950, pero que sería, según sus percepciones, maltratado por la última revolución tecnológica, la proyección externa de libre comercio y la crisis económica. Trump logró manipular las preocupaciones e intereses de ese segmento de votantes, de trabajadores, pequeños propietarios y comerciantes, muchos de ellos de bajos ingresos y nivel de educación, a quienes persuadió de que los extranjeros y los inmigrantes les estaban «robando» el país, y de que sus dificultades económicas tenían que ver con los tratados de libre comercio.

En resumen, en Estados Unidos concurren hoy tendencias y contradicciones que se expresan a través de las corrientes de pensamiento (liberales y conservadores) y de los partidos políticos (demócratas y republicanos). A nivel interno la nación ha permanecido marcada por dificultades económicas, promesas incumplidas, insatisfacciones populares, polarizaciones políticas y rivalidades ideológicas; en tanto que en el ámbito externo el país ha seguido inmerso en confrontaciones bélicas, dentro de un escenario mundial de crisis agravada por la pandemia, conmociones sociales e inestabilidad política, lo cual también se refleja al interior de la sociedad norteamericana, según lo registran las tendencias de la opinión pública.

Entre los factores que han tenido mayor impacto y trascendencia en la situación mundial y en la vida común de la sociedad contemporánea, el dinamismo de Estados Unidos, tanto interno como externo, se ubica como uno de primerísimo orden, dada su condición de país líder del sistema capitalista de relaciones internacionales y, sobre todo, a partir de la connotación

que el imperialismo asume allí, con todos los rasgos y tendencias que lo denotan como fenómeno integral.

El siglo XX finaliza en buena medida bajo el condicionamiento de los procesos económicos, políticos, militares y culturales que la proyección exterior norteamericana irradia e impone en el acontecer mundial. Estados Unidos logra, en sentido general, avanzar en el proceso de restauración hegemónica en que se encontraba empeñado desde los años ochenta, que se extendió algo más de un decenio. Los acontecimientos que marcaron la siguiente década marcaron simbólicamente, de modo favorable, un nuevo momento para el imperialismo norteamericano, a pesar de los tropiezos e inconsecuencias de Clinton al finalizar el período. Al desplome del socialismo como sistema, anticipado en los países de Europa del Este y representado para muchos en el derribo del muro de Berlín, unido a la ulterior desintegración de la Unión Soviética, siguió la Guerra del Golfo Árabe-Pérsico, en la que Estados Unidos hizo gala de su tecnología bélica y de su maquinaria propagandística. Así, en los años noventa, la consolidación del poderío militar y mediático norteamericano, junto a una relativa recuperación económica, una vigorización del consenso político interno y redefinición de las relaciones de concertación y alianza con los aliados imperialistas, condujo a una superación de la crisis hegemónica que enfrentaba el país desde fines de la década del setenta.

Aun y cuando ese proceso no pueda asumirse con una connotación absoluta, sino caracterizada por contradicciones y reacomodos, Estados Unidos arriba al siglo XXI con una posición de hegemonía internacional renovada, en un mundo unipolar desde el punto de vista político, y con rasgos multipolares en el orden económico, definido por la globalización neoliberal y un paulatino renacer de conflictos en diferentes latitudes, alenta-

dos precisamente por el mayor grado de explotación y despojo que lograba el capital transnacional. Ese es el marco general dentro del cual tiene lugar el escandaloso proceso electoral del año 2000 en la sociedad norteamericana con la Administración Bush, en que tienen lugar los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, en que se despliega la beligerante ofensiva internacional —a través de su presunta lucha contra el terrorismo—, del nuevo enfoque de la política exterior militarista, denominada como «guerra preventiva», que lleva primero a la invasión en Afganistán, y después a la prolongada guerra en Irak. Con ese telón de fondo se llevan a cabo en 2004 las elecciones presidenciales, como resultado de las cuales se mantiene a W. Bush en la Casa Blanca por un segundo período, lo que profundiza las perspectivas de turbulencia y conflicto en las relaciones internacionales.

Ese doble gobierno culmina con una acumulación de frustraciones en Estados Unidos, en cuyo imaginario nacional se afianza una conciencia crítica de rechazo a sus políticas, sobre todo en la arena internacional, que expresa el agotamiento del proyecto conservador promovido desde las filas republicanas por W. Bush. Se crean con ello las condiciones objetivas y subjetivas para el relevo partidista que tiene lugar en las elecciones de 2008, materializado en la victoria demócrata, con la llegada a la presidencia de Barack Obama y su reelección en 2012, un hombre de piel negra, con lo cual ocurría un fenómeno político sin precedentes, de difícil vaticinio, en la sociedad norteamericana. En sus dos mandatos, Obama avanzó con no poco éxito, a pesar de la imagen y expectativas que se construyeron acerca de su desempeño como liberal, en el esfuerzo por recomponer el sistema de dominación global. Asimismo, el triunfo electoral de Donald Trump en 2016, que significó el retorno de

los republicanos, en un contexto de hastío con la herencia de Obama, significaría otro paso en la reestructuración de la estrategia imperialista dirigida a restaurar el hegemonismo de Estados Unidos.

Algunas claves metodológicas y referentes teóricos

1. Estados Unidos se conformó cual embrión de la que sería la primera nación moderna, anticipada en su gestación incluso a experiencias europeas tempranas o la sociedad burguesa que nace de la Revolución Francesa, un decenio después. En su surgimiento se prefigura un Estado —apoyado en el cuerpo ideológico e institucional de documentos como la Declaración de Independencia y la Constitución de Filadelfia—, que antecede en el plano histórico al inicio de la era moderna, en su sentido convencional. La formación de la nación norteamericana que sigue a la Revolución de Independencia se funda en la segunda mitad del siglo XVIII a partir del conocimiento maduro de la teoría política más avanzada en el momento en que se da el proceso de constitución de su Estado nacional, que coincide con su independencia de Gran Bretaña. Además de ser un país que nació con un régimen político liberal y que no ha tenido otro, Estados Unidos es, al mismo tiempo, una nación que ha conocido una sola formación económico-social, la burguesa, articulada básicamente en torno a un modo de producción, el capitalista, que se dinamiza en el norte, pero en amalgama con relaciones sociales como las esclavistas y la de servidumbre, inherentes a otros modos de producción y con rasgos propios, que se integraban al primero, conjugándose en el tejido de la estructura

primario-exportadora inherente a la economía de plantación en el Sur. Como se sabe, ningún modo de producción se conforma cual fenómeno químicamente puro, sino a través de procesos que de manera ecléctica mezclan diversas relaciones sociales de producción. Así como se comentaba en las páginas introductorias, se expresarían contradicciones y particularidades, como las inherentes en el capitalismo a los tipos de «productores propietarios» (*farmers and merchants*) en el norte y al régimen de esclavitud, consustancial a la producción algodonera en los estados sureños. En virtud de su papel dominante, el capitalismo tiende a reproducir desde sus inicios (a partir de las experiencias, de la influencia de las relaciones sociales de producción de que eran portadores, aún sin conciencia de serlo, y del imaginario colectivo que poseían los colonos ingleses), en el territorio de América del norte, las estructuras de la sociedad británica de procedencia. De ahí que el mercantilismo y el capitalismo inglés trasladaran a ese ámbito colonial un conjunto de prácticas, de visiones y concepciones, es decir, una cultura.²⁹

2. Estados Unidos vivió su etapa de gestación y crecimiento como nación lejos de los centros de poder fundamentales en esas etapas. En tanto que al inicio el mundo era, según un criterio extendido, eurocéntrico, ese país estuvo en condiciones de regular su grado de participación en conflictos internacionales. Cuando se hizo independiente, en

²⁹ Véase Richard Hofstadter: *La tradición política norteamericana y los hombres que la forjaron*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1984 y Louis Hartz: *La tradición liberal en los Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

la última parte del siglo XVIII, fue un país que no quedó inmerso en la dinámica de las disputas internacionales. Se sustrajo, como se sabe, a los conflictos en Europa y se consagró al desarrollo productivo, tecnológico, científico, interno, sacando obvia ventaja a las potencias europeas y en particular, a Gran Bretaña, la nación hegemónica en el siglo XIX. A la par, Estados Unidos libró sus guerras en territorios ajenos, y la destrucción bélica la cargaron otros países. Por el contrario, pudieron reforzar su economía en tiempos de guerra, tener grandes avances industriales y ningún daño en su territorio. Esa fue la experiencia de las dos guerras mundiales. Corea, Vietnam, Yugoslavia, el Golfo Árabe-Pérsico, Afganistán, Irak, estaban muy lejos del territorio norteamericano. De ahí que, hasta el 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos gozaría de un alto grado de seguridad interna.

3. Elemento imprescindible a retener en el estudio de ese país, por su trascendencia histórica, estructural, cultural e internacional, es su temprano desarrollo capitalista, en correspondencia con una muy temprana definición geopolítica, materializada en el proceso de expansión territorial, apoyada en soportes ideológicos como el de la convicción religiosa de ser un pueblo elegido por Dios con un rol mesiánico —plasmado en el Destino Manifiesto—, que justificaban el empleo de la violencia, acompañada de una concepción aislacionista y de neutralidad con respecto a los conflictos europeos, que buscaba la consolidación y ampliación del proyecto salido del acuerdo de las trece excolonias del Atlántico, con un claro énfasis en el afianzamiento de su sistema político, que propicia el extraordinario crecimiento del territorio a lo largo del

siglo XIX y de la economía norteamericana a finales del mismo, unido al tránsito del capitalismo premonopolista a la fase imperialista en los primeros decenios del XX.

4. Si bien Estados Unidos ha sido tradicionalmente un país laico en cuanto a su sistema político, han estado muy influenciados por una penetrante orientación de puritanismo religioso (en ocasiones, fanático), que se instala como factor orgánico en la cultura política nacional. En este sentido, aunque religión y política están separados a nivel de las estructuras políticas gubernamentales, en el ámbito de la cultura aparecen mezclados, especialmente ante situaciones difíciles o de crisis. Como ejemplos, pueden mencionarse las invocaciones religiosas de Truman, y su afirmación de que el documento político más importante en la historia estadounidense era la Biblia. En la década del ochenta, Reagan hacía muchas alusiones al Todopoderoso en sus discursos sobre temas internacionales. Las frases al respecto de George W. Bush, después del 11 de septiembre de 2001, en las que aseguraba dialogar con Dios, fueron numerosas y bien conocidas.
5. La declinación hegemónica de Estados Unidos debe comprenderse en términos relativos. Desde las coordenadas del pensamiento crítico contemporáneo, es gráfico en este sentido un criterio como el de Ana Esther Ceceña, al sostener que «la hegemonía estadounidense está en decadencia al mismo tiempo que se encuentra más fuerte y consolidada que nunca antes en la historia».³⁰ Emir Sader

³⁰ Ana Esther Ceceña: «La batalla de Afganistán», en Ana Esther Ceceña y Emir Sader (Coordinadores): *La guerra infinita, hegemonía y terror mundial*, Buenos Aires, 2002.

lo ha precisado también al constatar que «si Estados Unidos mantiene su superioridad en el plano económico, tecnológico, político y militar, aun con debilidades, se mantiene como la única superpotencia, aquella cuyos intereses y acciones afectan prácticamente a todos los rincones del mundo. El debilitamiento de la hegemonía estadounidense, sin que se perfilen nuevas hegemonías en el horizonte, apunta hacia un período más o menos largo de turbulencias, inestabilidades, prolongada crisis hegemónica».³¹

Para Immanuel Wallerstein «hay mucha diferencia en el análisis de la situación sobre si Estados Unidos es hegemónico o si resulta ser un poder hegemónico en declive o, si en el futuro, no será de ninguna manera hegemónico».³² Según Giovanni Arrighi «Estados Unidos domina, pero sin hegemonía».³³ En opinión de Paul Kennedy, el entrecruzamiento de los efectos de las disímiles crisis que enfrenta ese país refleja una etapa de sobredimensionamiento imperial que puede conducir a la decadencia del imperialismo estadounidense.³⁴

6. En la sociedad norteamericana se aprecia la centralidad de un conjunto de percepciones, ideas y doctrinas políticas, constitutivas de una suerte de tronco común, que

³¹ Emir Sader: «Introducción», en: *Pensamiento Crítico Latinoamericano*, Cuadernos CLACSO (7 al 11), Editorial Aún creemos en los sueños, Santiago de Chile, 2008.

³² Immanuel Wallerstein: «U.S. Weakness and the Struggle for Hegemony», en: *Monthly Review*, vol. 55, no. 3, July-August, 2003.

³³ Véase Giovanni Arrighi: *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, Akai, Madrid, 2007, p. 23.

³⁴ Véase Paul Kennedy: *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Random House, N.Y., 1987.

pueden considerarse como manifestaciones y nutrientes que forman un tejido ideológico, psicológico, cultural, marcado por expresiones conservadoras, inclusive de extrema derecha. Su implantación histórica se comprende a la luz del proceso de formación de la nación y de la ulterior trayectoria de Estados Unidos, en la que se mezclan elementos del puritanismo religioso de raíz británica, del populismo rural y sureño, del sentimiento nativista, del nacionalismo chauvinista, de la glorificación del pasado, todo lo cual estimula una posición de aparente «defensa» del país y de su identidad (asumida como un dogmático «norteamericanismo»), que sostiene las posiciones ideológicas y políticas de enfrentamiento a las «amenazas» o a los «enemigos».³⁵

7. Por encima de las visiones que con un prisma esquemático se han extendido, mostrando a la sociedad norteamericana como definida por una esencia liberal, que limitaba los espacios tradicionales al conservadurismo, ello no pasa de ser una imagen mítica, distorsionada. Lo que ha ocurrido más bien es lo contrario: Estados Unidos es un país marcado por una nítida orientación conservadora, aunque ella adquiriera su forma dentro de una matriz liberal. El conservadurismo norteamericano, por tanto, no ha sido algo totalmente contrapuesto, polarizado de manera absoluta —como sucedería en Europa—, al liberalismo. Aún habida cuenta de sus diferencias incuestionables, constituyen expresiones ideológicas de un mismo signo clasista: el de la burguesía monopolista, y comparten lo

³⁵ Véase José Luis Orozco: *Érase una utopía en América. Los orígenes del pensamiento político norteamericano*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 2008.

que algunos autores han llamado el «credo» norteamericano. Así, el liberalismo y el conservadurismo, y la combinación de los enfoques pragmático e ideológico, han tenido su punto de convergencia en la concepción de «Seguridad Nacional» de Estados Unidos, como necesidad del capitalismo monopolista de Estado y de la posición de liderazgo que ocupa en la arena internacional. Al mismo tiempo, en virtud de ese entramado histórico, el desarrollo de expresiones ideológicas alternativas, identificables como de izquierda, portadoras de propuestas progresistas o emancipadoras radicales, se ha visto condicionado por la pujanza del sistema, cuya capacidad de reproducción y consolidación cultural ha limitado, neutralizado y hasta bloqueado sus espacios intelectuales y políticos, tanto en el plano de los movimientos sociales como de los partidos políticos, o conducido a su cooptación y asimilación. En esos contextos, el alcance de la izquierda en términos de posiciones en el sistema bipartidista y en el espectro ideológico de la sociedad norteamericana —tal y como se le concibe tradicionalmente reduce a los polos conservadores y liberales, con zonas intermedias denominadas como «moderadas»—, no ha sido significativo, aún y cuando en determinados períodos hayan florecido expresiones socialdemócratas, trotskistas, comunistas y no pocas de índole contestataria o contracultural, como en los años sesenta.

8. Hegemonía y dominación, como es bien conocido a partir de Gramsci, son expresiones complementarias del ejercicio del poder, que interrelacionan de forma dialéctica la ideología, el consenso y la coerción. Como función de la hegemonía, la Seguridad Nacional de Estados

Unidos, opera ideológicamente en un doble plano: en uno, de legitimación interna, y en otro, de apuntalamiento doctrinal de la política exterior. En realidad, la Seguridad Nacional es una noción resbaladiza de una etiqueta de usos múltiples y universales, para connotar cualquier situación, interna o externa, que requiera la acción inmediata, priorizada, militar, costosa en términos humanos, económicos o políticos, por parte del gobierno norteamericano. Desde el punto de vista externo, el concepto en realidad posee una connotación transnacional, en el sentido de que se insertan en ella escenarios del llamado Tercer Mundo, en los que Estados Unidos lo que defiende, en rigor, no es su Seguridad Nacional, sino su hegemonía. Desde el ángulo interno, el concepto también se utiliza con gran diversidad y movilidad, para justificar cualquier atmósfera represiva. El mismo desborda el marco estrecho de la ideología política imperialista (entendida como representación teórica clasista de intereses de la oligarquía financiera y grupos de poder hegemónicos) y su expresión consciente al nivel de la conciencia de clase (impregnada notablemente por la intransigencia extremista de los *wasps*). Se extiende o ramifica como parte de la cultura política en ese país, como resultado de un mecanismo psico-sociológico, expresándose con frecuencia, de manera inconsciente, en amplios sectores de la sociedad norteamericana de la mayor diversidad clasista, a través de la efectiva maquinaria de los medios de difusión masiva. Lo que se presenta habitualmente como Seguridad Nacional no lo es tanto, sino más bien de lo que se trata es de la seguridad de la clase dominante (o de sectores de ella), manipulada como interés

común de toda la nación. En fechas más recientes, el tema de la hegemonía renace con fuerza al calor de la disputa geopolítica global entre Estados Unidos, China y Rusia.³⁶

9. Otra característica de gran significación tiene que ver con una suerte de pauta que se ha ido estableciendo de modo gradual, a lo largo de la trayectoria norteamericana, especialmente durante el siglo XX, y de manera más visible en sus postrimerías. Es la concerniente a la creciente estrechez del universo ideológico que acompaña las confrontaciones partidistas y, en general, a la búsqueda de alternativas políticas. Dicho de otro modo: cada vez más se ha ido haciendo notorio que el debate político en Estados Unidos tiene lugar dentro de un marco ideológico cada vez más estrecho. O sea, las opciones que brindan el conservadurismo y el liberalismo tienden a distanciarse menos, o a parecerse más. Ello se manifiesta con particular fuerza a partir del decenio de 1980, ante el tratamiento de aquellas cuestiones vinculadas a los denominados intereses nacionales, o a la seguridad del país. Aunque no se decrete un enfoque bipartidista, lo cierto es que se hace válida una expresión gráfica, la que, aunque algo simplista, define en términos bastante gráficos la pauta mencionada: nada se parece tanto a un criterio liberal como otro conservador. Si bien la afirmación es esquemática, en cierta forma, habla de la identidad socioclasista que acuña a ambas expresiones ideológicas, como portadoras de intereses y posiciones de clase que comparten un mismo signo, el de la burguesía monopolista, con su

³⁶ Véase Marco A. Gandásegui (Coordinador): *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional*, Siglo XXI Editores/CLACSO, México, 2017.

carga de mentalidad tradicional, que remite en el fondo a las del wasp. Así, resulta conveniente que el análisis tome en cuenta con precisión el alcance real y contenidos de las propuestas ideológicas de las plataformas partidistas, dado que las dos orientaciones ideológicas básicas (liberalismo y conservadurismo) coexisten dentro de ambos partidos (demócrata y republicano). Se debe distinguir entre retórica y realidad, entre dichos y hechos, así como identificar las manipulaciones de que tales propuestas y acciones son objeto por parte de los medios de comunicación, especialmente en coyunturas electorales y de crisis.

10. Es imperioso colocar en el centro de los estudios sobre Estados Unidos los conceptos de imperialismo y de geopolítica. Al producirse el llamado «fin» de la Guerra Fría, a comienzos de la década de 1990, el término de imperialismo había prácticamente desaparecido del lenguaje periodístico, académico, partidista y gubernamental. Como lo señalara Atilio Boron, el irresistible ascenso del neoliberalismo como ideología de la globalización capitalista en las últimas dos décadas del siglo pasado conducía en unos casos a ignorar su significado conceptual y en otros, a cuestionar las premisas mismas de las teorías clásicas del imperialismo, formuladas por Hobson, Hilferding, Lenin, Bujarin y Rosa Luxemburgo.³⁷ El auge del pensamiento único (bajo la confluencia ideológica del neoliberalismo, el posmodernismo, y de un renovado irracionalismo filosófico), conlleva una narra-

³⁷ Véase Atilio Boron: «Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional», en Atilio A. Boron (Compilador): *Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales*, CLACSO/Libros, Buenos Aires, 2004.

tiva concentrada en la globalización y la posmodernidad, centrada más en visiones apocalípticas sobre el fin del mundo que en el fin del capitalismo.³⁸

11. Con ello se deja un lado al imperialismo, como algo anacrónico. Y el imperialismo sigue vigente. Ha cambiado, pero sigue siendo imperialista. Más allá de ciertas modificaciones en su morfología, sus componentes o rasgos estructurales, en esencia, son los mismos: los grandes monopolios de alcance transnacional y base nacional, fruto de la elevada concentración de la propiedad y del capital, junto a los gobiernos de los países metropolitanos o potencias imperialistas; las instituciones financieras internacionales, que integran una arquitectura mundial; los procesos de exportación de capitales, en interacción con una tendencia recíproca y complementaria, a partir de la cual el imperialismo también recibe los efectos importadores; y la continuidad del proceso geopolítico y geoeconómico, relacionado con el control de territorios, mercados, materias primas e inversiones. Por su diseño, propósito y funciones, esos elementos no hacen sino otra cosa que reproducir, consolidar y perpetuar la vieja estructura imperialista. Su lógica de funcionamiento no es la misma desde el punto de vista de la forma, pero en cuanto a sus contenidos y esencia sí lo es. Como también lo es la ideología que justifica su existencia, los actores que la dinamizan y los resultados de las relaciones de dominación y hegemónicas, de opresión, explotación y control que promueve. En este sentido, la práctica impe-

³⁸ Véase Ignacio Ramonet: *Pensamiento crítico vs. Pensamiento único*, Editorial Debate, SA. Madrid, 1998.

rialista es, por definición, profundamente geopolítica. El sistema de dominación que construye no puede sino desarrollarse a partir del ejercicio del poder en todos los espacios, incluyendo en el siglo XXI, de manera prioritaria, el ideológico, el cultural y el cibernético. Más allá de los territorios y los océanos, la conquista de las mentes y los corazones se inserta en el centro mismo de la disputa hegemónica actual. Se impone pensar la geopolítica en términos de una geopolítica de la emancipación, cuya visión confronte y deje claro los compromisos y límites de la geopolítica de la dominación.

Reflexión final

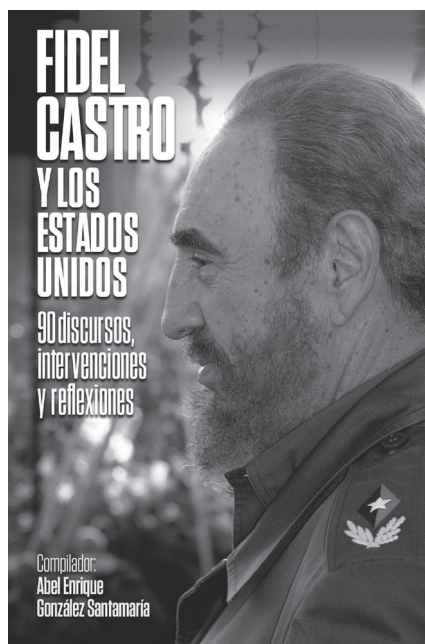
Lo expuesto ha intentado distinguir algunas miradas estereotipadas y falacias, que desdibujan la comprensión histórica y contemporánea de Estados Unidos, del fenómeno imperialista allí, y de los entresijos de una formación económico-social que posee un sistema político, una cultura cívica y una identidad nacional, que explican su proyección hacia Nuestra América como un «mal vecino». De alguna manera, se trata de reafirmaciones de ideas expresadas en el primer capítulo.

Según se ha señalado, es imprescindible tomar en consideración las contribuciones de autores ubicados en el pensamiento crítico contemporáneo —el latinoamericano y el estadounidense incluidos—, como fecundos aportes en el camino andado, para fertilizar con nuevos conocimientos y aplicando la concepción dialéctico-materialista de la historia el estudio del presente, conectándolo con las realidades de ayer y de mañana, así como con los problemas urgentes que plantea el sistema de dominación continental de Estados Unidos.

Las propuestas metodológicas argumentadas y los referentes teóricos involucrados en el ensayo deben asumirse solo como propuestas analíticas, bien a manera de claves interpretativas, en un caso, bien como ilustración de enfoques y autores cuya lectura crítica permita asimilar o cuestionar puntos de vista.

Los períodos de los gobiernos que se han sucedido en las ya más de dos décadas transcurridas en el presente siglo (los dos de W. Bush y de Obama, el único de Trump y el de Biden, que se halla en su tercer año de mandato, resultando muy prematuro predecir si será reelecto o si su vicepresidenta, Kamala Harris, ocuparía su lugar), han tenido lugar en contextos de crisis y desajustes, como parte de un dilatado e inconcluso proceso de transición que opera como telón de fondo de las coyunturas electorales. En la trayectoria seguida por tales gobiernos, más allá de su signo partidista, se aprecia una progresiva involución democrática de la sociedad estadounidense, que pareciera indicar el agotamiento de la tradición política liberal, y el ascenso de una espiral conservadora, que incluye tendencias autoritarias, reaccionarias, de extremismo de derecha radical, con ribetes ideológicos cercanos al fascismo. El país se aproxima a otra contienda presidencial, la de 2024, en medio de grandes contradicciones y dilemas, sin que se adviertan proyecciones estratégicas que trasciendan las presiones que imponen las campañas electorales. El escenario ofrece una excelente oportunidad para interpretar la dinámica política de Estados Unidos, utilizando las propuestas metodológicas y los referentes teóricos planteados.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



FIDEL CASTRO Y LOS ESTADOS UNIDOS
90 discursos, intervenciones y reflexiones
Compilador Abel Enrique González Santamaría

El libro que ahora tenemos en nuestras manos es un decantado compendio de discursos, intervenciones y reflexiones del líder histórico de la Revolución Cubana, desde el 1ro. de enero de 1959 hasta el 19 de abril de 2016. Los 90 seleccionados de forma cronológica, abordan temas nacionales e internacionales, el debate contemporáneo frente al colonialismo y la estampida neoliberal en el continente latinoamericano.

240 páginas, 2016, ISBN 978-1-925317-26-8

Estados Unidos: imperialismo, ideología y geopolítica

*«No se puede confiar en el imperialismo
ni tantito así, nada».*

Che Guevara, de noviembre de 1964.

Las estructuras y contextos que han acompañado al desarrollo capitalista en Estados Unidos han condicionado en esa nación una gran capacidad adaptativa del imperialismo, el cual ha sido capaz de realizar reacomodos que le han permitido absorber y superar los efectos recurrentes de sus propias crisis entre recaídas y recuperaciones, en medio de un debate inconcluso en el plano teórico acerca de su declinación hegemónica y de un posicionamiento global renovado, en el orden práctico, de su sistema de dominación.

A partir de ese reconocimiento, es oportuno reflexionar sobre las consecuencias de las crisis que vive Estados Unidos, asumidas solo en calidad de antecedente, referente y contexto, no como objeto o texto del trabajo. Sobre esa base se examinan de modo abreviado las implicaciones actuales para la dominación geopolítica norteamericana, hegemónica o no. El análisis se organiza en tres partes, seguidas de unas conclusiones: la primera expone las premisas o presupuestos de partida; la segunda sintetiza las consideraciones fundamentales desde las que se enlaza teóricamente, en términos objetivos y subjetivos, la dominación y el poder como ejes de la visión dialéctica y la tercera presenta el entramado conceptual de la hegemo-

nía, cual expresión superlativa de la dominación, que incluye el consenso, complementado con el uso de la fuerza. El poder simbólico ejercido mediante instrumentos culturales se integra con el que llevan consigo los económicos, financieros, militares y diplomáticos. En su unidad analítica, los tres apartados configuran una unidad lógica de lectura progresiva y holística, que procura dejar clara la importancia de asumir como claves interpretativas la teoría y la epistemología marxista con sentido dialéctico en las investigaciones específicas. Un texto conocido, como *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, muestra que el análisis del proceso de reconstrucción de la lucha de clases en Francia en el período de referencia realizado por Marx, refleja el ascenso de lo abstracto a lo concreto y la definición de lo concreto pensado, sin que su aproximación sea principalmente económica, sino política. En tanto que, en otra de sus famosas obras —*El capital*— sigue también el proceso de lo abstracto a lo concreto —ante un objeto como el concerniente en Inglaterra al movimiento de la economía, su ciclo, auge y crisis productiva, industrial y comercial, involucrando a las clases—, pero esta vez privilegiando el enfoque económico, variando las contextualizaciones y el abordaje que le lleva al establecimiento de las determinaciones explicativas. Como plantea Engels en el prólogo a *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, las luchas históricas son expresión de la lucha de clases, y están condicionadas por el grado de desarrollo de la situación económica, pero el elemento fundamental de la explicación radica en las clases y las categorías que reproducen las contradicciones entre la explotación y la dominación, de un lado, y la resistencia y lucha, de otro. En la acción y reacción de esas clases, opresoras y oprimidas, intervienen múltiples factores, no solo económicos, sino políticos e ideológicos. Expresado teóricamente en los

términos más convencionales de la perspectiva marxista —la del materialismo histórico y la economía política—, a riesgo de esquematizar, bastaría con remitir al lector a un par de obras breves de Marx: el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* y *Trabajo asalariado y capital*, respectivamente. En ambas aborda las interrelaciones entre base/superestructura /formas de la conciencia social, o entre capital/trabajo. Adicionalmente, conviene valorar *Estadística y sociología*, un escrito poco referido de Lenin, tan conciso como los antes citados, pero con una enorme significación metodológica, en el que advierte sobre lo imperioso que resulta, al interpelar la realidad en las indagaciones empíricas, considerar los hechos con objetividad sin sacarlos de su contexto, apreciarlos en sus concatenaciones y movimiento, con una mirada totalizadora.³⁹

De ahí que el marxismo explique, a través de aproximaciones sucesivas, con particularidades en el método, en consonancia con las especificidades del objeto, las condiciones materiales —no solo económicas— de existencia y dinamismo de las clases y grupos sociales que permiten entender sus comportamientos, más allá de lo coyuntural, penetrando en lo estructural y reteniendo lo histórico.⁴⁰ Esta puntualización supone

³⁹ Las obras citadas han tenido numerosas ediciones y reediciones en español, difundidas en Cuba a través de diversas editoriales, como Progreso, Ciencias Sociales, Fondo de Cultura Económica, Cartago, entre otras.

⁴⁰ El análisis gira en torno a los principios epistemológicos o metodológicos utilizados por los clásicos marxistas en sus estudios sobre la dinámica clasista como trasfondo de las contradicciones económicas políticas que entrañan las relaciones de poder (dominantes o hegemónicas), adquiriendo formatos diferentes, dependiendo del objeto de estudio. Esa distinción se aprecia en casos como el de *El Capital* y *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, donde los sujetos histórico-políticos son diferentes.

la superposición y exclusión mutua de las tres dimensiones implicadas: coyuntura, estructura e historia.

Exponentes de la tradición actual del marxismo y de un pensamiento crítico alejado del dogmatismo que se nutre de ella o que de forma selectiva utiliza al menos algunas de sus herramientas teóricas y metodológicas en diferentes latitudes, evitando verdades absolutas y mecánicas leyes universales, han alertado y llamado a la necesidad de repensar el fenómeno imperialista, relegado como objeto de las ciencias sociales hasta hace unos años o abordado con visiones limitadas —incluidas cuestiones como la geopolítica, la hegemonía, las contradicciones del sistema, la dinámica clasista—, desde la perspectiva de Marx, Engels, Lenin, Gramsci. Con ello se intenta recuperar, actualizar y reformular, según el caso, referentes conceptuales de dicha perspectiva, tal es el caso de cuestiones como la geopolítica, la hegemonía, las contradicciones del sistema y la dinámica clasista. En tal sentido, la reciente convocatoria partidista y gubernamental a revitalizar el estudio y aplicación del marxismo en Cuba define un oportuno contexto para asumir esa tarea epistemológica e ideológica.⁴¹ Dar continuidad al esfuerzo de quienes en nuestros medios ya desbrozaban el

⁴¹ El primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y presidente cubano, Miguel Díaz-Canel Bermúdez, señaló en una sesión del Pleno del CCPCC realizada en diciembre de 2021, la necesidad de «incorporar, de la manera más natural, el método científico que nos aporta el marxismo desde el materialismo histórico, desde el materialismo dialéctico, desde la economía política a lo cotidiano, a nuestro país, a la vida cotidiana, al análisis cotidiano que desde la Revolución tenemos que hacer de todos los procesos que estamos enfrentando en lo político, en lo económico y en lo social», en: Yaima Puig Meneses: «Que la enseñanza del marxismo y de la historia sea parte natural de la vida cubana», *Granma*, 16 de diciembre de 2021. Disponible en: <https://www.granma.cu/cuba/2021-12-16/que-la-ensenanza-del-marxismo-de-la-historia-sea-parte-natural-de-la-vida-cubana>

camino —proyectándolo hacia el entorno internacional, comenzando por el de Nuestra América, donde existen espacios institucionales y voluntades individuales, si bien no mayoritarios, que enfrentan al neoliberalismo prevaleciente en centros científicos y de educación superior—, es una urgencia intelectual y política. En este marco resulta pertinente traer al caso una anécdota referida en una entrevista por Adolfo Sánchez Vázquez, para quién, como se sabe, el marxismo conllevaba una filosofía de la praxis, inseparable de sus funciones ideológica, política, gnoseológica, crítica y autocrítica. Relataba alarmado que, al participar en la década de 1990 en un Encuentro Internacional de la revista *Vuelta* —organizado por Octavio Paz, entonces ya definido como crítico severo del socialismo, la izquierda y la Revolución Cubana—, no se empleó ni una sola vez la palabra capitalismo ni otra equivalente.⁴² Aunque la situación no es la misma, lo que simboliza sí lo es. Su preocupación no está superada hoy. Treinta años después resuena aquel eco en América Latina y en Cuba. En este último caso, la situación se agrava por el hecho de que la secuela nociva de las concepciones que florecieron durante buen tiempo, a través de la docencia y las publicaciones —con efectos en la formación política y académica, incluyendo a cuadros, estudiantes y profesionales que asistían a cursos, fuesen de capacitación o de carácter universitario, en formatos diurnos, nocturnos o dirigidos, a distancia—, dejarían huellas de mecanicismo, simplificación, manualismo, que no se han borrado y atentan contra la asimilación de la teoría y la metodología dialéctica.⁴³

⁴² Véase: «Adolfo Sánchez Vázquez y el otro marxismo», en Ambrosio Velasco Gómez (coord.): *Vida y obra. Homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez*, Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, México, 2009.

⁴³ Véase Héctor Castaño Salas: *Entender la economía. Una perspectiva epistemológica y metodológica*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2002.

De ahí que resulte oportuno mirar en el presente a Estados Unidos, trascendiendo lo fenoménico, desde una perspectiva teórica transdisciplinaria, afincada en la concepción materialista de la historia, la economía política, la teoría leninista del imperialismo, y los aportes a las ciencias sociales del pensamiento crítico contemporáneo, sobre todo latinoamericano. Bajo la mirada plural y holística implicada no se excluyen otras aproximaciones enriquecedoras que perfeccionen un marco interpretativo, con un sentido dialéctico, capaz de discernir entre enfoques burgueses u occidentales, presentes en determinados estudios actuales en nuestros medios que ni mencionan al imperialismo y tratan con ligereza las cuestiones mencionadas, lo cual refuerza la urgencia de actuar, retomando el desvelo de Sánchez Vázquez.

Presupuestos teóricos

La exposición descansa en las siguientes consideraciones, que fijan la perspectiva aludida y los principales referentes teóricos:

- Se parte de la noción de imperialismo y se retiene la comprensión marxista desarrollada según la definición que hizo Lenin hace más de un siglo, referida al contexto histórico de la Primera Guerra Mundial y a los años siguientes, cuando dicho fenómeno adquiría visibilidad y plenitud multidimensional, como resultado de la monopolización y del nacimiento del capital financiero, que dejaba atrás la época del capitalismo de libre competencia. Como precisó en su conocida obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, cuyo título resumía lo fundamental de su comprensión, el análisis se enfocaba sobre un periodo histórico específico, era principalmente teórico y se limitaba a sus rasgos económicos

fundamentales, sin contemplar otros aspectos importantes, con lo cual indicaba que su aproximación no era exhaustiva, si bien fijaba en términos esenciales la fenomenología de un patrón histórico, que entonces apenas se prefiguraba. Por eso mismo, al no tratarse de una conceptualización acabada ni ambiciosa, sino más bien metodológica, ha seguido siendo válida como marco de referencia y guía para ulteriores indagaciones. A la vez, su caracterización estructural expuesta en *El imperialismo y la escisión del socialismo* ha mantenido vigencia para entender la articulación económica global del imperialismo, que como todo fenómeno histórico, se ha transformado. Hoy su expresión es transnacional y global.⁴⁴

- Como se señalara, al producirse el llamado «fin» de la Guerra Fría, a comienzos de la década de 1990, y ante la pujanza del pensamiento único cuya formalización inician Fukuyama y Huntington, y la prosiguen otros ideólogos y estrategias neoconservadores, el término de imperialismo había prácticamente desaparecido del lenguaje periodístico, académico, partidista y gubernamental. Y cuando se le utilizaba, se desnaturalizaba su esencia, con interpretaciones unilaterales, economicistas, del enfoque leninista. Se evidenciaba, así, según se advirtiera oportunamente, que no pocos de los teóricos que utilizaban en Europa, Estados Unidos y América Latina la noción de imperialismo, recurrían a un tipo de reduccionismo económico que minimizaba o ignoraba las dimensiones políticas e ideológicas y sacaban de contexto

⁴⁴ Véase William I. Robinson: *Una teoría sobre el capitalismo global. Producción, clase y Estado en un mundo transnacional*, Siglo XXI Editores, México, 2013.

categorías como las de inversiones, comercio y mercados, las cuales se presentaban cual entidades alejadas de sus condicionamientos históricos reales.⁴⁵ La narrativa prevaleciente, bajo la confluencia de la globalización neoliberal, el posmodernismo, y un renovado irracionalismo filosófico, se centraba más en visiones apocalípticas distópicas sobre el fin del mundo que en el fin del capitalismo. Con ello se dejaba a un lado al imperialismo, como algo anacrónico.

- Es necesario no perder de vista que en Estados Unidos el sistema de dominación sufre los efectos de las conmociones sucesivas, determinadas por la propia lógica del imperialismo, acentuadas en la década en curso, en un contexto de profundización de la crisis capitalista, palpable en un grueso rango de contradicciones y definida no solo por problemas y dificultades de carácter económico, sino por un complejo de contradicciones que abarca lo político, lo social, lo ideológico, lo cultural, lo ecológico, lo estratégico, manifiestas en una escala internacional cual crisis de restructuración, en vías de adquirir la envergadura de una crisis sistémica, en la medida en que forma parte esencial de la propia dinámica de constante reajuste de la modernidad capitalista que lleva consigo el imperialismo contemporáneo.⁴⁶ Ello incluye la recesión económica, los daños provocados por la pandemia de la COVID-19, que la reforzaría, junto a la polarizada

⁴⁵ Véase James Petras y Henry Veltmeyer: «Repensar la teoría imperialista y el imperialismo norteamericano en Latinoamérica», en John Saxe Fernández (coord.): *Crisis e Imperialismo*, CIIH, UNAM, México, 2012.

⁴⁶ Véase David Harvey: *El enigma del capital y la crisis del capitalismo*, Ediciones Akal, Madrid, 2013.

contienda electoral de 2020, en una nación signada por la incertidumbre, la crisis de credibilidad y legitimidad de los partidos y los candidatos a la presidencia, unido a un desgaste de la tradición política liberal y de una sostenida espiral ideológica conservadora, con ribetes incluso fascistas.

- Debe quedar clara la precisión, siquiera general acerca del significado de la geopolítica, dado que su mención es prácticamente constante, pero a menudo, sin mayores referencias. Desde la concepción original clásica, la geopolítica es entendida como una expresión del expansionismo imperialista, es decir, como una geopolítica de la dominación, que remite al ejercicio del poder en determinados espacios, considerados inicialmente en términos geográficos, pero entendido hoy más allá de lo territorial, marítimo y aéreo, también en términos de los espacios productivos, comerciales, financieros, culturales, simbólicos, diplomáticos, astrales y cibernéticos, atendiendo a su significación política. Supone la concepción y la práctica instrumental orientada a garantizar intereses clasistas y a promover acciones de influencia ideológica y política de la democracia burguesa representativa, el modelo de economía neoliberal y la militarización como medios de la dominación imperialista. El caso ejemplar es el de Estados Unidos como Estado que se ha apropiado de los principales espacios internacionales a través de una conjugación de fuerza e influencia, con el fin de controlar territorios, recursos naturales y energéticos.
- Como contraste, la geopolítica crítica, concebida como una geopolítica de la emancipación, deconstruye la teoría geopolítica clásica, mostrando sus funciones polí-

ticas e ideológicas para el imperialismo, concibiendo al espacio geográfico cual construcción social compleja que incorpora componentes físicos, históricos y culturales, atendiendo a su carácter clasista, proponiendo opciones teóricas y prácticas a la dominación.⁴⁷ De ahí que las contribuciones de Marx y Engels al estudio de las clases sociales y la lucha de clases, las de Lenin a la teoría del imperialismo y las de Gramsci acerca de la hegemonía sigan siendo una base indispensable para la comprensión de la geopolítica imperialista, que es la predominante en el mundo actual signado por el neoliberalismo, retada hoy por la nombrada geopolítica emancipatoria, alternativa o contrahegemónica, que no termina de abrirse paso. Recuérdense que las ideas y prácticas dominantes en un sistema, bien sea una formación social nacional, o la realidad internacional, son las que produce, adopta, difunde y establece la clase dominante. Esa relación es extensiva, desde luego, a las contradicciones del presente siglo en la arena geopolítica.⁴⁸

⁴⁷ En América Latina, la propuesta que ha focalizado con mayor objetividad y precisión la elaboración de la perspectiva de la geopolítica crítica ha sido la propuesta de Jaime Preciado y Pablo Uc en su trabajo «La construcción de una geopolítica crítica desde América Latina y el Caribe. Hacia una agenda de investigación regional», en *Geopolítica(s), Revista de Estudios sobre espacio y poder*, vol. 1, no. 1, Madrid, 2010. Resultan de interés las miradas panorámicas que sobre el debate actual entre esa mirada y las de la geopolítica clásica, los siguientes textos: Leopoldo González Aguayo (coord.): *Visiones y perspectivas de la geopolítica contemporánea*, UNAM, México, 2011, y Luis Miguel Valdivia Santamaría: «Una mirada académica a la disciplina geopolítica para el siglo XXI», en Graciela Pérez Gavilán *et al.*: *Geopolítica del siglo XXI*, UAM, México, 2016.

⁴⁸ Véase Ignacio Ramonet: «La geopolítica del mundo en 2025», en *Le Monde Diplomatique*, 5 de diciembre de 2014 y «Una nueva edad geopolítica»,

Dominación y poder

Viene al caso destacar, siquiera brevemente, la cuestión del poder, y en particular, del poder político, comprendiéndosele a partir de las relaciones de clase, de los intereses y objetivos que le dan sentido a su ejercicio, y de la lucha de clases. Desde este punto de vista, y en su acepción tal vez más básica y elemental, el concepto de poder aparece ligado siempre, en su expresión a través de sujetos sociales individuales, a la capacidad de unas personas de imponer determinadas conductas a otras, aún contra la voluntad de estas, en función de alcanzar determinados propósitos o proteger ciertos intereses, lo cual se extiende a los sujetos colectivos, que trascienden la acción personal e involucran a instituciones de connotación política (o sea, vinculadas a las relaciones clasistas). El poder no es algo que se posee, como un objeto, sino que expresa una relación, palpable, al decir de Foucault, en su ejercicio. Poder es la capacidad de superar resistencias, a fin de imponer voluntades, de introducir cambios a pesar de la oposición que exista.⁴⁹ La relación de poder es asimétrica, supone una jerarquía: es decir, existe una persona o instancia, grupo, clase, que manda y una que obedece y se subordina, tomando como referencia una estructura social y clasista dada, sobre la base de relaciones de propiedad y control de los medios de producción. Entendiendo la política como expresión concentrada de las relaciones económicas y de clases, se comprende la esencia del poder político.

Para Max Weber, poder es «la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aún contra

en *Le Monde Diplomatique*, 1ro. de marzo de 2022.

⁴⁹ Véase Michel Foucault: *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Alianza Editorial S.A, Madrid, 2001.

toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad».⁵⁰ Según su visión, el ejercicio efectivo del poder se traduce en un marco de relaciones de dominación que sigue el esquema asimétrico aludido, que establece relaciones del tipo «mando y obediencia», pero incorpora como variable central de esa relación el concepto de legitimidad, entendida genéricamente como la coherencia entre las decisiones de poder y el sistema de valores de los que deben obedecerlas. De allí se extrae la conclusión de que la dominación implica un elemento adicional: la autoridad, que implica una relación subjetiva, es decir, de aceptación de la dominación por los subordinados. Justamente, así radica su criterio, cuando valora como legítima determinada relación de dominación. La autoridad para dicho autor se define a partir de la combinación de poder y de legitimidad, y en el caso opuesto, sería necesario el uso de la fuerza a fin de garantizar la dominación. La propuesta weberiana resulta útil, aunque su concepción teórica se ve limitada por el desconocimiento del factor clasista, lo cual contrasta con su posicionamiento práctico, como ideólogo clásico del pensamiento burgués, ya que su obra es un definido instrumento de legitimación clasista del capitalismo en ascenso, en contrapunto con la concepción materialista de la historia.

Hannah Arendt considera lamentable que la ciencia política perdiera la capacidad para distinguir los conceptos de poder, autoridad y fuerza, al extremo de que aparecieran en esa disciplina, en su opinión, como sinónimos. Para esta autora, cuya lectura crítica de Marx es bien conocida, si bien polémica, el poder es la capacidad humana de actuar concertadamente. Señala que la autoridad es el poder que ejercen unos pocos con

⁵⁰ Max Weber: *Economía y Sociedad*, tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 43.

el reconocimiento de aquellos a quienes se les pide obedecer y que no necesita del miedo ni de la coerción. Para Arendt, el poder solo puede ser realmente efectivo, si incluye el consentimiento de los gobernados.⁵¹ En esa medida, su visión no es desestimable, como contribución compatible con la interpretación, destacada a menudo por Engels, acerca del papel activo del factor ideológico.⁵² Con base en esta consideración, se comprende que dicho factor sea determinante en la articulación del consenso que establece la clase dominante, incorporando la aceptación de los dominados.

Manuel Castells se ha aproximado al asunto en varias ocasiones, con una mirada teórica marxista. En uno de sus textos afirma que:

Definimos las relaciones de poder como relaciones entre clases sociales y las clases sociales como combinaciones de lugares contradictorios definidos en el conjunto de la estructura social, concibiendo al poder como la capacidad de una clase o fracción de clase para realizar sus intereses objetivos, a expensas de las clases, o conjunto de clases, contradictorias, con quienes están en contradicción.⁵³

En otro trabajo apunta que:

La política designa el sistema de relaciones de poder. El lugar teórico del concepto de poder es el de las relaciones de

⁵¹ Véase Hanna Arendt: *La condición humana*, Editorial Paidós, Barcelona, 1993.

⁵² Véase Federico Engels: «Carta a Bloch (21 de septiembre de 1890)», en *Carlos Marx y Federico Engels, Obras Escogidas*, tomo 3, Editorial Progreso, 1974, pp. 408-498.

⁵³ Manuel Castells: *La cuestión urbana*, Siglo XXI Editores, México, 1972, p. 289.

clase. Se entiende por poder la capacidad de una clase social para realizar sus intereses objetivos específicos a expensas de las otras. Por intereses objetivos entendemos el predominio de los elementos estructurales (que definen, por su combinación, una clase) sobre los otros elementos que están en contradicción.⁵⁴

Los fragmentos que se han reproducido muestran las posibilidades de llevar a cabo un análisis teórico fecundo del poder y la dominación con el prisma de la concepción marxista, sin desconocer la posibilidad de incorporar, con un sentido dialéctico, ecuménico, según se anticipaba desde las páginas introductorias, contribuciones que desde el pensamiento burgués, sean capaces de fertilizar o enriquecer la mencionada concepción. Convendría avanzar desde una óptica semejante en el estudio específico de la realidad norteamericana actual, retomando las tempranas indagaciones de la realidad empírica capitalista europea (en Francia e Inglaterra) que llevaron a cabo Marx y Engels, aportando excelentes referencias metodológicas que trascienden sus caracterizaciones sobre las relaciones de poder y la lucha de clases, así como las reflexiones teóricas de Lenin en el contexto de la Revolución Rusa, que también meditaban acerca de dinámica clasista y la lucha por el poder. Como ejemplos saltan a la vista los estudios que, concentrados en coyunturas, penetraron en las estructuras y en la perspectiva histórica, asumiendo la perspectiva aludida al inicio del trabajo.

En cuanto a los estudios sobre los aspectos relacionados con la temática examinada, pero referido específicamente a Esta-

⁵⁴ Manuel Castells: «La teoría marxista de las clases sociales y la lucha de clases en América Latina», en Raúl Benítez Zenteno, (ed.): *Las clases sociales en América Latina*, Siglo XXI Editores, México, 1977, p. 167.

dos Unidos, el principal y primer referente teórico con trascendencia para ulteriores indagaciones, con una visión que toma elementos del marxismo, no puede obviarse el libro *La élite del poder*, de Charles Wright Mills. Sus tesis si bien no reconocen explícitamente una filiación marxista, ni utilizan las nociones clasistas en el mismo sentido como la emplea tal perspectiva, constituyen intentos avanzados de penetrar en el estudio del poder y los procesos políticos en Estados Unidos, entendiendo que esos procesos consistían en luchas por el dominio y el prestigio. Habla de «clase alta», de sectores de «cuello blanco» y «azul», aludiendo a la clase media y obrera, y de élites. Con ello fertiliza con creatividad y sentido de compromiso crítico la caracterización de las desigualdades en la sociedad estadounidense, estableciendo una bisagra funcional o vaso comunicante con la visión marxista.⁵⁵

Gilberto Valdés Gutiérrez ha insistido, con razón, en que el análisis de la dominación capitalista debe realizarse teniendo en cuenta sus dimensiones económica, política, social, educativa, cultural y simbólica. En ese sentido, señala que «el campo económico y social del capital completa su fortaleza con su conversión en capital simbólico», lo que «ha hecho de la enajenación mediático-cultural la norma de la vida contemporánea en las sociedades capitalistas, generando a la vez ilusiones y tensiones insolubles tanto en el centro como en la periferia del sistema. La hegemonía se presenta como lo que es: una praxis y un modo de pensamiento, de subjetividad, que se elabora desde las matrices ideológicas de los dominadores».⁵⁶

⁵⁵ Véase Charles Wright Mills: *La élite del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969.

⁵⁶ Gilberto Valdés Gutiérrez: *Posneoliberalismo y movimientos antisistémicos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, pp. 12-13.

A partir de esas reflexiones, ese autor propone una interesante y fecunda aproximación teórica, la cual constituye un funcional referente. «Con la categoría de sistema de dominación múltiple —señala—, podremos visualizar el conjunto de formas de dominio y sujeción, algunas de las cuales han permanecido invisibilizadas para el pensamiento crítico». ⁵⁷ En su concepción, dicho sistema abarca las prácticas de explotación económica y exclusión social; opresión política en el marco de la democracia formal; discriminación étnica, racial, de género, de edades, de opciones sociales, por diferencias regionales, entre otras; enajenación mediático-cultural; depredación ecológica.

La utilización de la categoría propuesta facilita el análisis integral de las prácticas de dominación en las condiciones del capitalismo transnacional actual. Su esencia coincide con la formulación que hace István Meszárov para caracterizar lo que llama la «civilización del capital». En sus palabras, «el capital no es simplemente un conjunto de mecanismos económicos, como a menudo se le conceptualiza, sino un modo multifacético de producción metabólica social, que lo abarca todo y que afecta profundamente cada aspecto de la vida, desde lo directamente material y económico, hasta las relaciones culturales más mediadas». ⁵⁸ La concepción dialéctica concibe, como elementos inseparables, la economía y la política. Lenin definía la segunda como expresión concentrada de la primera, en términos histórico-genético, y en términos de funcionalidad, que la segunda es determinante con respecto a la primera. Sobre la importancia teórica de no olvidar ese nexo,

⁵⁷ *Ibidem*, p. 14.

⁵⁸ Véase István Meszárov: «La teoría económica y la política más allá del capital», en www.rebellion.org, 26 de diciembre, 2002.

Néstor Kohan advertiría sobre las consecuencias que ha tenido la infiltración del pensamiento dicotómico burgués de los siglos XVII y XVIII en el pensamiento social del siglo XX, incluido el de fundamento marxista. La más conocida y nociva de esas dicotomías ha sido, justamente, la separación entre economía y política, derivada de las lecturas simplistas y de la vulgarización de la metáfora de Marx sobre la relación entre la base y la superestructura, que propicia las visiones deterministas y mecanicistas, ajenas a la concepción materialista de la historia.⁵⁹ La comprensión de las relaciones de poder y dominación, incluyendo la hegemonía en las condiciones del imperialismo contemporáneo exige no perder de vista la dialéctica entre esas dos esferas, como base de un enfoque totalizador. Por eso conviene, una vez más, destacar la importancia del concepto de imperialismo.

Hegemonía e ideología

La hegemonía, como se conoce, es una de las cuestiones centrales en los estudios sobre la realidad imperialista norteamericana, que aparece y reaparece en todo tipo de literatura especializada, con tratamientos disímiles.

En opinión de Kohan, se ha vuelto algo tan común en el lenguaje académico y político en los últimos años que, a menudo, la palabra misma parece correr el riesgo de trivializarse. Si bien la hegemonía adquiere una renovada presencia en el pensamiento social, a veces se desdibujan sus contornos teóricos, asumiéndosele más desde el punto de vista terminológico que conceptual. En otras ocasiones, se aborda la hegemonía desde una perspectiva reduccionista, mecanicista, simplificadora,

⁵⁹ Véase Néstor Kohan: *Nuestro Marx*, Misión Conciencia, Caracas, 2011.

que remite al positivismo y al marxismo dogmático. En ambos casos se pierden de vista tanto la esencia de la misma como alguna de sus diversas dimensiones. Y también se suele obviar el entramado de cuestiones en el que ella se inserta, sin cuya consideración su análisis se empobrece o mutila. La hegemonía no puede comprenderse sino en su entrelazamiento dialéctico con otras cuestiones, como las concernientes a la legitimidad y el consenso, configurando fibras de un mismo tejido ideológico y político.

Como lo señaló Héctor Castaño, «la formulación del concepto de hegemonía presupone la inclusión de los aspectos cualitativos del conflicto de poder que subyace en las relaciones económicas capitalistas (...). El concepto de hegemonía es fundamental para la crítica del capitalismo, al referirse al contexto de las relaciones de poder desde el punto de vista de las actividades que resultan esenciales para la reproducción del sistema capitalista, cuyo control implica el mantenimiento del liderazgo económico a nivel internacional».⁶⁰

A fin de clarificar más sus ideas, agrega que:

La recuperación del concepto de hegemonía resulta fundamental para explicar la situación actual. La hegemonía es una construcción social que tiene en la coerción y en el consenso sus medios generales de acción. La hegemonía está constituida por tres dimensiones principales: la político-militar, la económica y la cultural. Lo anterior posibilita evitar los enfoques reduccionistas no solo de la economía convencional, sino también de buena parte de la producción teórica crítica, que tienden a no considerar la importancia

⁶⁰ Véase Héctor Castaño Salas: «Globalización neoliberal y recomposición de la hegemonía norteamericana», en: *Economía y Desarrollo*, vol. 143, no. 1, enero-junio, Ediciones UH, La Habana, 2008.

de las relaciones de poder en sus análisis de los procesos económicos». ⁶¹

Las reflexiones de Castaño son de las que más tempranamente clarifican el asunto bajo un lente metodológico marxista, desde la economía política, pero con derivaciones para la sociología y la ciencia política.

Por su parte, para Marco A. Gandasegui la hegemonía es un concepto de vieja presencia en el pensamiento social, que recibe tratamientos heterogéneos. En sus palabras, se trata de un asunto que «tiene una larga historia que se inicia con los griegos antiguos y pasa por Lenin (...). La noción de hegemonía no puede desentenderse, en la actualidad, de conceptos como globalización y neoliberalismo. Estas nociones han dominado los trabajos teóricos de los científicos sociales en los últimos decenios. Igualmente, el concepto de imperialismo ha retornado con fuerza al estudiar el mundo a principios del siglo XXI». ⁶²

Desde el pensamiento crítico ha ido ganando cuerpo el enfoque que hace suyo el significado de la dimensión cultural cuando se aborda el estudio de la hegemonía. Con esa perspectiva, se retoma la interpretación gramsciana, al advertirse que el ejercicio hegemónico se completa precisamente en la esfera de la cultura, y al destacar la importancia de la legitimación ideológica, especialmente, simbólica, del consenso, que refuerza al resto de las dimensiones o esferas, como la económica, la política o la militar.

En su definición tradicional, como se sabe, Gramsci distingue entre dominio y hegemonía, entendiendo al primero

⁶¹ Ídem.

⁶² Marco A. Gandasegui: *Crisis de hegemonía en Estados Unidos*, Libros CLACSO-Siglo XXI, México, 2007, p. 17.

expresado en formas directamente políticas, que en tiempos de crisis se tornan coercitivas; y al segundo como una expresión de la dominación, pero desde un complejo entrecruzamiento de fuerzas políticas, sociales y culturales, donde la ideología actúa como factor unificador. La ideología constituye un sistema de significados, valores y creencias relativamente formal y articulado; en su definición, se parte de una abstracción, que la concibe como una concepción universal o una perspectiva de clase. El concepto de hegemonía, según lo explica Raymond Williams, constituye el soporte, desde el punto de vista teórico, cuando se trata de penetrar el grueso tejido que recubre la sociedad norteamericana y que se expresa mediante la cultura política.⁶³

La hegemonía es expresión de la capacidad de dominación a través de la ideología, que se ejerce mediante los aparatos ideológicos del Estado. De modo que incluye a la ideología, si bien no se reduce a ella. Se refleja en niveles de consenso que legitiman, según lo explica Boaventura de Sousa Santos, a través de representaciones simbólicas difundidas por las escuelas, los medios de comunicación, las publicaciones académicas, las instituciones culturales y religiosas, respondiendo a intereses de las clases dominantes.⁶⁴

Conclusiones

Es imperioso repensar el arsenal teórico del marxismo, como herramienta cognoscitiva y metodológica, en función del conocimiento objetivo de la nueva dinámica de la dominación y el

⁶³ Véase Raymond Williams: «La Hegemonía», en: *Marxismo y literatura*, Editorial Península, Barcelona, 1980.

⁶⁴ Véase Boaventura de Sousa Santos: *Una epistemología del Sur*, Siglo XXI Editores, México, 2009.

poder, mirando hacia dentro de Estados Unidos, con una brújula que permita distinguir lo utilizable y lo descartable entre la amplia y diversa literatura de las ciencias sociales, en el camino hacia la verdad, atendiendo al desarrollo histórico-concreto del capitalismo allí. Ya existe la conciencia del problema a superar, aunque como ha demostrado el enfoque de la educación popular, aprender a desaprender es un difícil proceso educativo y epistemológico. En determinados campos de las ciencias sociales en la academia cubana, se registra con nitidez, y de manera a veces alarmante, la situación descrita. En los estudios sobre Estados Unidos, por ejemplo, en ocasiones se le atribuye la connotación de polarizaciones a meras diferenciaciones, obviándose o subestimándose las contradicciones, como noción dialéctica; se consideran posturas de izquierda a posiciones de las habitualmente identificadas como liberales, que en realidad son expresiones de la ideología burguesa; se habla de sistema social en la versión del estructural-funcionalismo, en lugar de utilizar el concepto de formación económico-social, ocurriendo lo mismo con la teoría de la estratificación social, empleada como sustituto de la de lucha de clases.⁶⁵ En determinados casos, la atención unilateral a la coyuntura subestima lo estructural o lo histórico, así como el énfasis en lo formal y fenoménico descuida el contenido y lo esencial. En otros, la prioridad otorgada a procesos políticos, como los electorales y los rela-

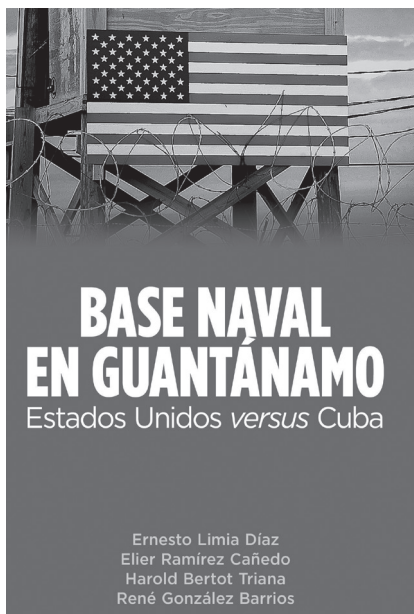
⁶⁵ En tal sentido, Díaz-Canel expresó en una intervención en el debate del Pleno del CCPCC, efectuado en diciembre de 2021, que «se han identificado en todos los debates que hemos estado realizando en varios espacios, una cantidad de términos, una cantidad de conceptos, que se han asimilado en determinados ámbitos, de manera automática, por falta de ejercer un pensamiento crítico desde el marxismo y la economía política, que son propios del liberalismo, del positismo y del neoliberalismo».

tivos a la política exterior, pierden de vista los nexos con las determinaciones económicas.

El estudio de Estados Unidos requiere de las contribuciones del pensamiento crítico, incluida la perspectiva marxista actualizada, complementada, renovada, para entender la geopolítica de la dominación imperialista contemporánea y desarrollar una geopolítica de la emancipación comprometida con la transformación del capitalismo y la construcción de un mundo mejor, que es posible. La advertencia del Che, acerca de que en el imperialismo no se podía confiar «ni tantito así», es absolutamente válida, ya que como apunta Samir Amin, no solo se trata de que constituya la fase superior del capitalismo, sino, una vez que se alcanza, su condición permanente.⁶⁶

⁶⁶ Véase Samir Amin: «Capitalismo, imperialismo, mundialización», en José Seoane y Emilio Tadeei (comps.): *Resistencias mundiales (De Seattle a Porto Alegre)*, Ediciones CLACSO, Buenos Aires, 2001.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



**BASE NAVAL EN GUANTÁNAMO.
Estados Unidos versus Cuba**

Ernesto Limia Díaz, Elier Ramírez Cañedo, Harold Bertot Triana,
René González Barrios

Cuatro autores cubanos de distintas generaciones se reúnen en este volumen para aportar cuatro reveladores ensayos sobre la base naval en Guantánamo; diversos acercamientos que, desde la Historia y el Derecho, demuestran la verdadera naturaleza de un conflicto que ha persistido durante más de noventa años.

160 páginas, 2016, ISBN 978-1-925317-30-5

Estados Unidos-América Latina: Seguridad Nacional y hegemonía

Ahora América es, para el mundo, nada más que los Estados Unidos: nosotros habitamos, a lo sumo, una sub América, una América de segunda clase, de nebulosa identificación. Es América Latina, la región de las venas abiertas.
Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina.*

Nuestra América fue el primer ámbito geográfico, desde el punto de vista histórico, objeto de la expansión territorial y económica, de las apetencias geopolíticas internacionales y de las incipientes manifestaciones del carácter propiamente imperialista de la política estadounidense. La región fue, además, la primera en inspirar una formulación doctrinal de política exterior, el monroísmo, cuya expresión en el presente decenio, bien bajo la farsa promovida por Obama cuando habló de «olvidar el pasado» y «comenzar una nueva era en las relaciones interamericanas», en tanto retomaba la ofensiva contra los procesos emancipadores; bien bajo el reconocimiento explícito y cínico del gobierno de Trump, o bien con el lenguaje retórico, demagógico y manipulador de Biden, mantiene plena vigencia. Tal atención tenía que ver con las precoces inquietudes de Estados Unidos, aún antes de alcanzar su fase imperialista, por los procesos emancipadores locales y por los rivales europeos, entonces coloniales, en Nuestra América. Recuérdense que el

proceso de expansión continental estadounidense hacia el oeste se extiende más allá de su propio espacio original, sobrepasa su frontera sur, despojando primero a México de gran parte de su territorio al aplicar la concepción del Destino Manifiesto a mediados del siglo XIX, y se extiende por la región centroamericana y caribeña. En este sentido, las particularidades históricas del desarrollo del modo de producción y de la formación social capitalista en Estados Unidos condicionan la temprana definición geopolítica de su Estado-nación, que como regla acompaña los procesos de configuración de las estructuras y rasgos del imperialismo.

Y será de nuevo en América Latina donde dos siglos después, se evidencia el accionar geopolítico norteamericano dirigido a proteger sus espacios de dominio y control, evitando y revirtiendo, por un lado, las luchas independentistas, revolucionarias, antineocoloniales y antimperialistas, y por otro, enfrentando la disputa hegemónica con potencias de otras latitudes, como Rusia y China.

Los verdaderos intereses a los que responde hoy como ayer ese accionar, tienen que ver con la preservación del sistema de dominación continental basado, en su sentido más amplio, en razones económicas, así como en imperativos geopolíticos con connotaciones militares, y en la significación simbólica que desde el punto de vista ideológico coloca a la región en la órbita de lo que Estados Unidos considera, prácticamente desde su fundación nacional, como si fuese un apéndice de su propio territorio. Al justificar la política hacia Nuestra América, es escamoteada la meta real de mantener la dominación y la hegemonía norteamericana, presentándose con eufemismo la defensa de la Seguridad Nacional de Estados Unidos y de los países latinoamericanos como motivación de las accio-

nes imperiales. Ahí radica el soporte teórico de la inserción del espacio latinoamericano en las visiones y proyecciones geopolíticas norteamericanas.⁶⁷ Una y otra vez aparece y reaparece el pretexto conceptual e ideológico que afirma lo imperioso de defender ante presuntos enemigos externos la supuesta seguridad en el continente, como si la misma fuera un interés común entre Estados Unidos y Nuestra América. En este sentido, se sigue presentando y definiendo a esta última no como sujeto de su propia seguridad, sino como objeto de la seguridad imperial norteamericana. No debe perderse de vista esta importante precisión, toda vez que bajo esa ecuación se reproduce, una y otra vez, el lugar y papel asignado al ámbito latinoamericano en el tablero geopolítico imperialista, y sobre esa formulación, se definen los instrumentos de dominación que resulten más eficientes en cada momento o etapa. Desde este punto de vista, lo que tiene lugar es una reproducción ideológica cíclica de las formulaciones del Destino Manifiesto y una renovación recurrente de la narrativa que sostiene la Doctrina Monroe, a partir de lo cual se actualizan las concepciones que sostienen la dominación imperialista en el continente y los instrumentos que la implementan.

Con base en lo señalado, la proyección geopolítica de Estados Unidos debe comprenderse a partir del siglo XX y hasta hoy, en términos de su condición imperialista, entendida esta con el enfoque utilizado por Lenin al abordar el fenómeno en el contexto histórico que rodeaba a la Primera Guerra Mundial, como resultado de la monopolización y del nacimiento del

⁶⁷ Véase Yazmín Bárbara Vázquez Ortíz: «De Obama a Trump: Estados Unidos y el cambio en la correlación de fuerzas políticas en América Latina», en *Cuba Socialista*, 4ta. época, no. 7, enero-abril, CCPCC, La Habana, 2018.

capital financiero, que dejaban atrás la época del capitalismo de libre competencia. La vigencia de tal perspectiva responde a que no se trataba de una definición acabada, sino de un abordaje metodológico, como guía analítica. De ahí que su caracterización estructural haya mantenido su validez, al presentar al imperialismo como articulación económica global, que, como todo fenómeno histórico, no permanece inmutable, sino que se transforma. Las expresiones concretas reales de los atributos que Lenin identificó han ido variando en consonancia con las diferentes condiciones históricas, más sus puntos de partida han conservado actualidad.⁶⁸

Desde el punto de vista histórico, el proceso que sigue a la Segunda Guerra Mundial le imprime al imperialismo contemporáneo su fisonomía como sistema internacional que, sobre la base de tales rasgos, coloca su epicentro en Estados Unidos, exhibiendo una rápida consolidación de su hegemonía. Desde entonces, ella se manifiesta —entre rivalidades interimperialistas, contradicciones globales, competencias productivas y tecnológicas, conflictos bélicos y alianzas—, con una definida proyección geopolítica, ampliando su radio de influencia por los espacios más diversos: geográficos, económicos, políticos, militares, ideológicos, culturales, y en períodos más recientes, cibernéticos y aeroespaciales. En ese marco, tan importante como la identificación de los amigos y aliados del imperialismo norteamericano, son las percepciones de amenaza ante los que

⁶⁸ Se sugiere examinar las características actuales que exhibe el fenómeno imperialista en las cambiantes y cambiadas condiciones internacionales, resultantes de la transnacionalización del capitalismo, a la luz de los trabajos clásicos de Lenin y de los aportes ulteriores de autores de diversa afiliación teórica, como por ejemplo: Victor Perlo, Jena Jacques Servan-Schreiber, William Robinson, entre otros, y tomando en cuenta lo tratado en el capítulo anterior.

se consideran como enemigos, reales o no, en cuya construcción simbólica es determinante el papel de la ideología, como activo factor subjetivo que fundamenta la visión geopolítica con la que se posiciona en el sistema internacional.

En correspondencia con ello, la condición hegemónica de Estados Unidos, como expresión multidimensional que alcanza en el citado contexto posbélico, es integral y dinámica. Se manifiesta con ritmo creciente en los espacios mencionados, alcanzando su plenitud en menos de un decenio. Tanto al interior de la nación norteamericana como en sus relaciones externas impera un consenso que se materializa a través de una diversidad de aparatos ideológicos del Estado, que incluyen instituciones educativas y culturales, medios de comunicación, organizaciones sociales, cuyo accionar conjunto propicia dinamismo mediático-propagandístico, optimismo sociocultural, desarrollo de alianzas diplomáticas y militares internacionales, expansión ideológica y auge económico-financiero.

Las nuevas codificaciones acerca de la «amenaza», que se estructuran bajo la Guerra Fría, sustituyen el peligro fascista por el comunista, erigiéndose la confrontación geopolítica en un mundo bipolar, entre el «Este» y el «Oeste», en la piedra angular de la política exterior norteamericana, cuya narrativa jerarquiza la importancia de defender la Seguridad Nacional, concebida como pretexto y función de la dominación internacional. Ese complejo y contradictorio proceso ideológico condiciona —y a la vez, es resultado de— una profundización creciente del hegemónismo acompañante del imperialismo norteamericano. En la medida en que se afirma el consenso doméstico —aportando argumentaciones y justificaciones de aceptación general en la opinión pública—, se convierte en fuente de legitimidad de las políticas en curso, sin que aparezcan dentro de esa sociedad

límites morales o legales trascendentes en su despliegue. Esa legitimación posee un valor agregado. Y es que el establecimiento y reproducción del consenso, toda vez que expresa los intereses de una clase dominante, es el resultado político de la legitimación ideológica del poder del Estado, impregnando la conciencia de las clases dominadas y propiciando también legitimidad a las proyecciones externas.

Se trata del consenso que necesita el imperialismo, al ejercer el poder de manera instrumental mediante su sistema de dominación. En este sentido, se manifiesta la función de la ideología como mecanismo o herramienta de poder, según lo concibe Foucault, al considerar que el poder no es algo que posee la clase dominante, sino una estrategia. Es decir, el poder no se posee, se ejerce. Para Foucault, el poder es ante todo despliegue de relaciones de fuerza, de dominación. Y la ideología es un instrumento poderoso de dominación cuando propicia o sella la creación de consenso, sin tener que apelar a la coerción. Desde este punto de vista, se corrobora la interpretación gramsciana, según la cual la clase dominante en el imperialismo ejercita su poder no solo por la coacción, sino porque logra imponer su visión del mundo a través de los mencionados aparatos ideológicos del Estado, como la escuela y los medios de comunicación, que junto a otras entidades, como la familia y la religión, garantizan el reconocimiento y la internalización de su dominación por las clases dominadas. Se trata del proceso de conformación de consensos para asegurar su hegemonía, incorporando algunos de los intereses de las clases oprimidas y grupos dominados. La mejor expresión de la hegemonía, o su momento de mayor eficiencia, es cuando, como ya se ha indicado, no necesita estar acorazada de coerción, según ha sido referido en capítulos anteriores.

Estas precisiones son relevantes en la medida que en las condiciones actuales del imperialismo norteamericano, en su actuación interna y externa, tiende a ser más frecuente y cotidiana la dominación que la hegemonía. Según lo señalara Lenin, lo cual es bien conocido, el viraje de la democracia a la reacción política constituye la tendencia política del imperialismo, tanto en la política exterior como en la interna.

La Seguridad Nacional como justificación de la hegemonía

A las concepciones tradicionales que sustentan al mencionado sistema, aludidas al inicio del trabajo —referidas a mitos fundacionales de la sociedad estadounidense como los del Destino Manifiesto y el excepcionalismo norteamericano—, se agregan desarrollos doctrinales que han aportado algunos períodos de gobierno, a través de sus presidentes, que han justificado calificativos como los de «Doctrina Nixon», «Doctrina Reagan», «Doctrina Bush», aún y cuando los enfoques teóricos hayan sido casi siempre de sus asesores —Kissinger, Kristol, Brzezinski—, comprometidos todos con lentes geopolíticos, girando en torno a las concepciones sobre el interés y la Seguridad Nacional. En marcos como esos han surgido conceptualizaciones, que se suman al arsenal de términos ya existente (como los de contención, contrainsurgencia, tercera frontera, conflicto de baja intensidad, imperio del mal, estados villanos), y adquieren presencia habitual en el discurso oficial y oficioso, como las de transición, cambio de régimen, estados fallidos, troika de las tiranías, potencias revisionistas. Algunas aproximaciones, como las relativas al tema de los derechos humanos, aparecen y reaparecen con formulaciones diversas, según la retórica presidencial de cada momento, pero su espina dorsal es la del interés y en especial, la de la Seguridad Nacional. De ahí que estas concep-

ciones permanezcan, como patrimonio geopolítico común, con independencia de la afiliación partidista de gobiernos democratas y republicanos, aunque se adopten ajustes cosméticos, y han sido de aplicación general en el ejercicio de la política exterior global de Estados Unidos, aunque en determinados casos y etapas, se inscriben en el sistema de dominación que se establece en América Latina.

La lectura sofisticada de fenómenos y procesos a partir de su evaluación como peligrosos para la Seguridad Nacional es lo que ha llevado a su encuadramiento en concepciones funcionales, a los efectos de legitimar y apuntalar doctrinalmente una política latinoamericana, bajo determinadas circunstancias, de mayor prioridad y actividad, incluida la atención al empleo de instrumentos económicos con fines geopolíticos.⁶⁹

Dado el peso de las mismas, conviene examinar con cierto detenimiento esa funcionalidad, visible más allá de la dominación continental, articulando el sistema global imperialista. La misma queda clara con las puntualizaciones que, sumariamente se presentan a continuación, a las cuales se ha apelado en períodos anteriores.

- Según las concepciones de Seguridad Nacional de Estados Unidos, lo que se suele enfatizar son los aspectos referidos a la seguridad externa de los Estados latinoamericanos. Por supuesto, ello no es algo casual. Ahí estriba uno de los principales roles ideológicos que desempeñan dichas concepciones, partiendo de que, como se ha indi-

⁶⁹ Véanse los trabajos escritos por Luis René Fernández Tabío, publicados en diversas revistas, entre ellas: *Economía Internacional*, de la Universidad de La Habana, *Cuadernos de Nuestra América*, del Centro de Investigaciones de Política Internacional (CIPI) y *Cuba Socialista*, del CCPCC.

cado, estas no son más que una función, en sentido matemático, de la hegemonía norteamericana en América Latina.

- Aunque la seguridad externa de los países sea un aspecto importante en su auténtica Seguridad Nacional, no es el único. Esta también depende de la capacidad interna para resolver problemas económicos, políticos y sociales, de modo justo y beneficioso para los grupos y clases sociales que los integran. En América Latina, este anhelo de seguridad se ha asociado, lógicamente, a la democracia, el cambio social y el desarrollo económico. En otras palabras: a tareas internas, solo solubles por una revolución. De ahí la tentación permanente de Estados Unidos en definir un concepto integrado de seguridad, sin distinguir entre las cuestiones internas que deben ser resueltas de modo autónomo para cada nación, y aquellas que atañen al campo de las relaciones internacionales. Esta vinculación insistente por parte de los gobiernos norteamericanos entre seguridad interna y seguridad exterior, es lo que no ha permitido que en toda la historia política reciente de América Latina los conflictos internos hayan podido ser resueltos de forma independiente. Estados Unidos ha identificado su apoyo a la defensa del *statu quo* en los países latinoamericanos con la defensa de su propia seguridad. O, más exactamente, con la defensa de su hegemonía.
- De esta manera, se manifiesta una diáfana labor doctrinal, al argumentarse el enfoque de la política latinoamericana que jerarquiza la ecuación ideológica seguridad/hegemonía, relación de identidad y complementación que se traduce en el ejercicio de una política de control y dominio

concreta. La ideología política adquiere, en este caso, fuerza material. Doctrina y política devienen, así, unidad dialéctica. Desde este punto de vista, para Estados Unidos, su dominación económica, política y militar hacia el continente se definen dentro de sus proyecciones de seguridad global, supuestamente defensivas (y en realidad ofensivas) en relación con los procesos de liberación o independencia en los países del Tercer Mundo.

- Lo anterior no puede separarse, cuando menos, de otra consideración importante. Como resultado del proceso de desarrollo y consolidación del socialismo, primero en Europa y luego en otras latitudes del mundo subdesarrollado, como Asia o el Caribe, al proyectar Estados Unidos su política latinoamericana, lo ha hecho sobre la base de esgrimir durante muchísimos años –está claro– la lucha contra el «peligro comunista». Luego de desaparecida la Unión Soviética y el sistema socialista en Europa del Este y luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001, problemas como los del crimen transnacional organizado, el narcotráfico, las migraciones masivas irregulares, se ubicarían dentro de la lucha global contra el terrorismo.
- Al acudirse a cuestiones como las descritas, los pretextos empleados para proteger la «Seguridad Nacional» han contribuido y aún contribuyen a legitimar las concepciones y las prácticas de dominación tanto al interior de la sociedad norteamericana como ante los grupos de poder afines en América Latina. De lo que se trata es de fundamentar la necesidad de invertir los esfuerzos y recursos que se requieran en esa lucha: desde proyectos reformistas hasta la actividad contrainsurgente, la instauración de

regímenes militares, la promoción de golpes de Estado, la subversión y la contrarrevolución. En ese sentido, es conveniente subrayar la especificidad de las percepciones de amenaza, que han cambiado a través del tiempo, como el anticomunismo ayer y todo lo que se ha considerado, después, como antinorteamericanismo, en tanto base del diseño ideológico y accionar instrumental de la dominación implicada. En América Latina ha existido, por razones históricas, un terreno fértil y cierta proclividad para su establecimiento y fuerza.

- De este modo, y considerando que hasta los años noventa estaba arraigado en Estados Unidos el «sentimiento conspiratorio» y la sensación de que el país era una «fortaleza sitiada» por el comunismo, alentados por la corriente ideológica de derecha radical —especialmente, por el macartismo—, las concepciones de Seguridad Nacional configuradas en aquel país encontraban en los latinoamericanos condiciones objetivas y subjetivas favorables, dada la orientación que asumía el anticomunismo, para legitimar el curso de acción de la política latinoamericana, cuyas líneas prosiguen en el enfrentamiento al llamado antinorteamericanismo, con ribetes de terrorismo o sin ellos, pero manipulados y presentados como tales a partir de la década del 2000. Ello se ha manifestado en el decenio que siguió y hasta el actual, mediante la elaboración de las conocidas «listas negras» de países que patrocinan el terrorismo, en las que incluyen a aquellos cuyos gobiernos son catalogados como hostiles al de Estados Unidos y a su concepción de la democracia.

En resumen, las concepciones de Seguridad Nacional han ocupado y ocupan un lugar destacado. A través de tales construcciones teórico-ideológicas se satisfacen las funciones aludidas, sobre todo las de legitimación del consenso que se necesita al interior de la sociedad norteamericana y en la definición de las plataformas instrumentales de la política exterior. Más allá de las formulaciones centrales, que en una etapa histórica giraron en torno a las supuestas amenazas de las potencias coloniales europeas, primero, del comunismo, después, y luego del terrorismo, las argumentaciones basadas en la Seguridad Nacional son los ejes que, en medio de cambios y reajustes, explican la línea de continuidad matizada subyacente, que en muchos casos, de latente se hace manifiesta. Las mismas se mantienen como pautas, en cuyo centro se ubica un consenso, más o menos perfilado, en el que se entrelazan la labor doctrinal y la instrumental.

El panorama presentado refleja la funcionalidad de las concepciones que le dan cuerpo a la denominada Seguridad Nacional norteamericana, cuyo mimetismo le permite justificar la más amplia y diversa gama de acciones de todo tipo, estructuradas con un sentido estratégico, proyectadas siempre bajo un diseño que procura apuntalar, desde el punto de vista doctrinal, la hegemonía de Estados Unidos en el ámbito de América Latina. En este apresurado recorrido, se aprecia la continuidad de ese contrapunteo —entre seguridad y hegemonía—, es decir, de una suerte de pauta histórica que se expresa de manera recurrente, a través de definiciones circunstanciales, con diferencias y especificidades que se corresponden, en cada momento, con las características de las Administraciones norteamericanas de turno, con la situación del subcontinente y las modulaciones de las relaciones interamericanas como tales.

Esa pauta se expresa con fuerza en el doble período gubernamental de Ronald Reagan, proseguido por el de un solo mandato de George H. Bush, quien fuera su vicepresidente durante ocho años. El proceso que caracterizó esa etapa, conocido como Revolución Conservadora, a lo largo de todo el decenio de 1980 y hasta inicios de 1990, fue una gran caja de resonancia para la colocación del tema de la Seguridad Nacional en el centro de la política exterior global de Estados Unidos, con gran significación para su proyección latinoamericana. Así, ganaría espacio en el lenguaje político y académico estadounidense la noción geopolítica de frontera sur, al designar en su conjunto a la Cuenca del Caribe, —cómo se bautizó al área centroamericana, las islas caribeñas y a los países del continente con costas al Mar Caribe—, junto a la de tercera frontera, al referirse al istmo centroamericano, y la de cuarta frontera, para identificar de modo específico al Caribe insular. Con posterioridad, en el marco de las condiciones que a comienzos del siglo XXI tiene lugar el arribo a la presidencia de George W. Bush y su permanencia en ella por dos períodos, florece el enfoque conservador y la obsesión por la Seguridad Nacional, bajo los efectos de la crisis que generan los mencionados actos terroristas en 2001. La articulación de lo que se llamaría Guerra Global contra el Terrorismo serviría de sombrilla para la definición de nuevos conceptos.

La Ley Patriótica, aprobada a raíz de dicho siniestro, aportó el marco legal para la creación del *Homeland Security Department*, el surgimiento del Comando Norte y la elaboración de los dos documentos que formalizarían la referida guerra: las Estrategias de Seguridad Nacional (ESN) 2002 y 2006, con las cuales se justificarían las invasiones a Afganistán en 2002 y a Irak en 2003. Los ejes conceptuales y prácticos del antiterrorismo serían la guerra preventiva (*preventive*) y la guerra anticipada, anticipatoria,

previa o por derecho preferente, según se le ha denominado indistintamente (*preemptive*). Ha sido frecuente que se les confunda, dado el parecido de ambos términos, al traducirlos al español, entre los que existe una diferencia sustancial. Y aunque no se han aplicado al ámbito latinoamericano, configuran el marco general dentro del cual se han concebido las diversas modalidades, conceptos y herramientas que integran el expediente intervencionista y belicista de Estados Unidos, estructurado en torno a la legitimidad, real o artificial, del uso de la fuerza, la militar incluida.

La guerra preventiva está vinculada a una amenaza directa, inmediata y específica hacia Estados Unidos que debe ser aplastada enseguida. Se trata, en palabras del manual del Departamento de Defensa, de «un ataque iniciado con base a la evidencia incontrovertible de la inminencia de un ataque enemigo». Desde ese punto de vista, es una concepción que argumenta, tal como lo sugiere su nombre, tomar la iniciativa bélica como recurso preventivo, ante una agresión que se percibe, con suficientes evidencias, inmediata e inevitable.

La guerra anticipada, anticipatoria o por derecho preferente es una concepción que parte, en cambio, de especulaciones o suposiciones sobre amenazas potenciales y futuras. Se trata de una guerra que no cuenta con respaldo en certidumbres factuales, sino que responde a manipulaciones políticas y mediáticas, con lo cual se sitúa al margen de la legitimidad. Así, la invasión a Irak, basada en la suposición de que existían armas de destrucción masiva, nunca encontradas, no fue una guerra preventiva. No fue «iniciada con base en la evidencia incontrovertible de la inminencia de un ataque enemigo». Fue una guerra previa, anticipatoria o por derecho preferente. Acudiendo a

un eufemismo rebuscado, según la calificaría el gobierno de W. Bush, un ejercicio de «auto-defensa anticipada».

En las circunstancias que siguieron a la crisis de seguridad de septiembre de 2001, la Secretaria de Estado, Condoleeza Rice, antigua profesora de ciencia política, propone su idea de diplomacia transformacional. Desde un punto de vista teórico, la define haciendo referencia a conceptos preexistentes, en los que se inspira. La elección del término «transformacional» no era, desde luego, neutra, pero tampoco era completamente nueva. La concepción hace su aparición en el momento en que la diplomacia de la segunda Administración W. Bush es fuertemente criticada, particularmente por las invasiones aludidas, a Irak y Afganistán. Elaborada y promovida en un período delicado para Estados Unidos, está definida como la voluntad de hacer evolucionar la política exterior norteamericana con el fin de que esta última se halle en posibilidad de reconfigurar en profundidad el sistema internacional, propiciando la transformación de los regímenes frágiles o divididos. Rice distingue conceptualmente entre regímenes sólidos y democráticos, o «mejor gobernados», y otros, entendidos como el antónimo de los anteriores.⁷⁰ La Secretaria de Estado no quería contradecir las declaraciones idealistas que continuaba exponiendo el presidente (como en el momento de su discurso de enero de 2005, durante el cual prometió poner fin a las tiranías), y tampoco quería ganarse la enemistad de los neoconservadores, que gozaban de una posición central entonces. Al mismo tiempo, se sentía obligada a tener en cuenta las críticas en el Congreso, de los representantes y los senadores republicanos

⁷⁰ Véase Condoleeza Rice: *Remarks at Georgetown School of Foreign Service*, Washington: Georgetown University, Washington, D.C. 2006. <http://2001-2009.state.gov/secretary/rm/2006/59306.htm>

calificados de «realistas». Su concepción argumentaba la necesidad de transformar el escenario de las relaciones internacionales, mediante una democratización de los países subdesarrollados, como el remedio más eficaz a los problemas mundiales de seguridad y la consiguiente adaptación de los instrumentos de política exterior de Estados Unidos. En su discurso del 18 de enero de 2006, Rice expresaba que la diplomacia transformacional estaba arraigada en la colaboración, y no en el paternalismo.⁷¹ Tal concepción se vincula a otros conceptos utilizados, por ejemplo, en la Estrategia de Seguridad Nacional de 2002, que, además de referirse a cuestiones como el terrorismo y las armas de destrucción masiva, pone el énfasis en la cuestión de los Estados quebrados o fallidos y en la pertinencia de proceder a la construcción nacional (*nation building*), mediante acciones concretas por parte de la política exterior norteamericana.⁷² Es decir, se trata de toda una argumentación conceptual, apuntalada en eufemismos, para designar a operaciones injerencistas, denominadas como de «estabilización, reconstrucción y ayuda», dirigidas a garantizar un «buen gobierno» o una «buena gobernanza», en aquellas naciones que, dados sus fallos, comprometen, según las percepciones gubernamentales norteamericanas, con apoyo de las académicas, reveladoras del papel de una intelectualidad orgánica, generalmente institucional, los intereses y la seguridad de la nación.

⁷¹ Ídem.

⁷² Véase El Yattioui Mohamed Badine: «La diplomacia transformacional: análisis de la elaboración de un concepto ambicioso, entre política exterior y políticas públicas», *Revista de Estudios Políticos y Gobierno*, 2016.

Estados Unidos y el sistema de dominación continental

El diseño y puesta en práctica de la política norteamericana hacia América Latina conjuga concepciones e instrumentos de dominio y control que se ajustan sobre la base de los cambios en las condiciones históricas tanto al interior de Estados Unidos como del contexto continental en su conjunto. Según se argumentaba, una de las constantes radica en el enfoque que jerarquiza la seguridad como ropaje que enmascara la prioridad concedida a la hegemonía, a partir del cual se procuró, desde el nacimiento de la Doctrina Monroe, garantizar en América Latina la condición de patio trasero del Coloso del Norte.

Desde el punto de vista histórico, el proceso que sigue a la Segunda Guerra Mundial le imprime al imperialismo contemporáneo su fisonomía como sistema internacional que, sobre la base de tales rasgos, coloca su epicentro en Estados Unidos, exhibiendo una rápida consolidación de su hegemonía. Desde entonces, ella se manifiesta —entre rivalidades interimperialistas, contradicciones globales, competencias productivas y tecnológicas, conflictos bélicos y redes de alianzas—, con una definida proyección geopolítica, ampliando su radio de influencia por los espacios más diversos: geográficos, económicos, políticos, militares, ideológicos, culturales, y en períodos más recientes, cibernéticos y aeroespaciales. En ese marco, tan importante como la identificación de los amigos y aliados del imperialismo norteamericano, son las percepciones de amenaza ante los que se consideran como enemigos, reales o no, en cuya construcción simbólica es determinante el rol de la ideología, como activo factor subjetivo que fundamenta la visión geopolítica con la que se posiciona en el sistema internacional.

En correspondencia con ello, la capacidad hegemónica de Estados Unidos, como expresión multidimensional que alcanza en el citado contexto posbélico, es integral y dinámica. Se manifiesta con ritmo creciente en los espacios mencionados, alcanzando su plenitud en menos de un decenio. Tanto al interior de la nación norteamericana como en sus relaciones externas impera un consenso que se materializa través de una diversidad de aparatos ideológicos del Estado, que incluyen instituciones educativas y culturales, medios de comunicación, organizaciones sociales, cuyo accionar conjunto propicia dinamismo mediático-propagandístico, optimismo sociocultural, desarrollo de alianzas diplomáticas y militares internacionales, expansión ideológica y auge económico-financiero.

Las nuevas codificaciones acerca de la «amenaza», que se estructuran bajo la Guerra Fría, a finales del decenio de 1940, sustituyen el peligro fascista por el comunista, erigiéndose la confrontación geopolítica en un mundo bipolar, entre el «Este» y el «Oeste», en la cosmovisión de la política exterior norteamericana, cuya narrativa jerarquiza la importancia de defender la Seguridad Nacional, concebida como pretexto y función de la dominación internacional. Ese complejo y contradictorio proceso ideológico condiciona —y a la vez, es resultado de— una profundización creciente de la condición hegemónica de Estados Unidos o para expresarlo con mayor exactitud, del imperialismo norteamericano. En la medida en que se afirma el consenso doméstico —aportando argumentaciones y justificaciones de aceptación general en la opinión pública, como se manifestó con el macartismo en los años de 1950—, se convierte en fuente de legitimidad de las políticas en curso, sin que aparezcan dentro de esa sociedad límites morales o legales trascendentes en su despliegue. Esa legitimación posee un

valor agregado. Y es que el establecimiento y reproducción del consenso, toda vez que expresa los intereses de una clase dominante, es el resultado político de la legitimación ideológica del poder del Estado, impregnando la conciencia de las clases dominadas y propiciando también legitimidad a las proyecciones externas. Según la interpretación gramsciana, la clase dominante en el imperialismo ejerce su poder no solo por la coacción, sino porque logra imponer su visión del mundo a través de los mencionados aparatos ideológicos del Estado, como la escuela y los medios de comunicación que, junto a otras entidades, como la familia y la religión, garantizan el reconocimiento y la internalización de su dominación por las clases dominadas. Se trata del proceso de conformación de consensos para asegurar su hegemonía, incorporando algunos de los intereses de las clases oprimidas y grupos dominados. La mejor expresión de la hegemonía, o su momento de mayor eficiencia, es cuando no necesita estar acorazada de coerción. Ese sería caso de la cosecha interna del macartismo, que actuó como cemento del anticomunismo en la política exterior. Las concepciones acerca de la percepción del enemigo que respaldaron la intolerancia, la violencia y el belicismo, se tradujeron en la aplicación de instrumentos de dominación como los diplomáticos basados en la amenaza del uso de la fuerza y en presiones jurídicas, los militares, que conllevaban establecimiento de bases, incremento presupuestario en función de la defensa y la seguridad junto a modernización de armamentos, y los ideológicos, articuladores eficaces de una cultura mesiánica y de superioridad que justificaba, a través de los medios de comunicación, la universalidad simbólica del *American Way of Life* y la lucha contra todo comportamiento que se considerase como antinorteamericano. Un proceso de similar naturaleza

reaparece luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001, según ya se ha analizado, al ocupar la amenaza terrorista el sitio que antes correspondía a la comunista.

Desde que comienza el siglo XXI, el sistema de dominación imperialista procura ajustarse a las circunstancias cambiantes del sistema internacional, que difiere bastante del que existía en la época en que Lenin caracterizó al imperialismo, en los primeros decenios del siglo XX. Y es que teniendo en cuenta el condicionamiento histórico de todo proceso social, el imperialismo no es un fenómeno estático, sino dinámico. La realidad en el presente siglo es otra, definida por los efectos acumulados de dos guerras mundiales, de varias fases en el desarrollo de revoluciones científico-técnicas, de profundos cambios políticos y culturales, acompañados de la globalización neoliberal y de sucesivas crisis, entre otros fenómenos que han transformado al modo de producción capitalista, impulsando nuevas relaciones sociales y desarrollando las fuerzas productivas. Su lógica de funcionamiento no es la misma desde el punto de vista de la forma, pero en cuanto a su esencia sí lo es. También lo es la ideología que justifica su existencia, los actores o sujetos que la dinamizan y los resultados de las relaciones de dominación y hegemónicas, de opresión, explotación y control que lleva consigo la actual geopolítica imperialista. El sistema de dominación que construye no puede sino establecerse y desarrollarse a partir del ejercicio del poder en todos los espacios mencionados, recargando el armamento geopolítico con concepciones e instrumentos actualizados, como parte de una recurrente restructuración de ese sistema, a los efectos de renovar y perfeccionar su eficiencia.

Como se apuntó con anterioridad, el sistema de dominación ha sido objeto de reajustes, con el propósito de dotarle

de mayor funcionalidad, en consonancia con las condiciones imperantes en cada momento histórico y procurando conjugar los dos mecanismos referidos. Con ello, en sentido metafórico, el imperialismo ha ido cargando y recargando su armamento geopolítico. En el presente este accionar alcanza sus mayores expresiones. Desde la crisis centroamericana en la década de 1980, cuando la Administración Reagan combinó los instrumentos militares en la guerra contrainsurgente en Nicaragua y El Salvador con métodos ideológicos, psicológicos y mediáticos, al introducir el concepto de «tercera frontera» o «frontera sur» y al calificar a la contrarrevolución como *freedom fighters*, o cuando el gobierno de Bush, padre, desacreditó a finales de ese mismo decenio la imagen de Panamá, como nación y la de su liderazgo presidencial, convirtiendo en indefendible la situación allí y en legítima e imprescindible la invasión militar estadounidense, el arsenal geopolítico del imperialismo quedaría dotado del mejor suministro material y espiritual. Sirva este ejemplo como botón de muestra de una de las tantas acciones que reflejan la miscelánea señalada.

Ahora bien, más allá de ese ejemplo, viene al caso examinar, si bien de forma muy sucinta, el itinerario histórico seguido por Estados Unidos en sus esfuerzos de reestructuración del sistema de dominación continental.⁷³

El primero de esos momentos data de finales del siglo XIX, cuando Estados Unidos intentó, sobre la base de la concepción expresada en la Doctrina Monroe, ampliando su sentido con las ideas que cristalizan en el cuerpo doctrinal del panamerica-

⁷³ Véase Roberto Regalado: «El flujo y reflujo de fuerzas entre izquierda y derecha en América Latina: un análisis crítico constructivo», en Roberto Regalado (comp.): *Los gobiernos progresistas y de izquierda en América Latina*, Partido del Trabajo, México, 2018.

nismo, sentar las bases del llamado Sistema Interamericano, con la celebración de la I Conferencia Internacional de las Repúblicas Americanas, entre 1889 y 1890, y la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, de 1891, sobre cuyos objetivos de dominación continental alertó prematuramente José Martí. Ese esfuerzo fue frustrado, debido al peso de Inglaterra como potencia neocolonial prevaleciente en aquel contexto en Nuestra América.

El segundo tuvo lugar a raíz de la Gran Depresión de 1929-1933, la cual destruyó el imperio neocolonial inglés al sur del Río Bravo. Este fue otro precoz y malogrado intento a causa de que, si bien había desaparecido la competencia imperialista extracontinental, Estados Unidos aún carecía de la fuerza política y económica suficiente para vencer el rechazo de América Latina a someterse a su dominación.

El tercero se produjo en el momento en que Estados Unidos emergió hegemónico de la Segunda Guerra Mundial y promueve el surgimiento de la Guerra Fría que, entre otras cosas, operó como mecanismo de presión norteamericano para retomar el amago inicial inconcluso de conformar el Sistema Interamericano y completar su construcción, aportándole sus ejes ideológicos (las concepciones del anticomunismo y la doctrina de Seguridad Nacional) e instrumentales (las instituciones diplomáticas, militares y económicas). Este intento tropieza con un obstáculo que obliga al imperialismo a reconsiderar su formulación: el triunfo de la Revolución Cubana, cuyo ejemplo propicia la apertura de una etapa de luchas populares en el continente, que da lugar a acciones dirigidas a neutralizar esa situación, como la Alianza para el Progreso y la acompañante contrainsurgencia, cuya combinación y complementación se

plasma en las ulteriores fórmulas de la Guerra de Baja Intensidad y la Estrategia de Dominación de Espectro Completo.⁷⁴

El cuarto transcurrió en la coyuntura creada por la desintegración de la Unión Soviética y el derrumbe del bloque en Europa del Este, con el consiguiente fin de la bipolaridad geopolítica mundial de la segunda posguerra. En la creencia de que las fuerzas revolucionarias, de izquierda y progresistas estaban derrotadas, total y definitivamente, tanto en el mundo en general, como en América Latina, en 1989, el imperialismo norteamericano inició una reestructuración y revitalización integral de su sistema de dominación continental, bajo la sombrilla del despliegue de la globalización neoliberal.

El quinto tuvo lugar a partir del progresivo despliegue de los tendencias progresistas y emancipadoras, promotoras de proyectos de izquierda e incluso, en unos casos con ribetes revolucionarios a nivel más retórico que factual, que llegan al gobierno a través de procesos electorales, dentro del marco de las reglas de la democracia representativa burguesa, lo cual si bien limita el radicalismo de sus transformaciones, constituyen desafíos para Estados Unidos, que de inmediato procede a una nueva reestructuración del sistema de dominación. Este reajuste, iniciado a comienzos del actual siglo, conlleva diversas modalidades, utilizando unilateralmente en unos casos, como durante las Administraciones de W. Bush y Trump, la línea dura, y en otros conjugándola con el otro mecanismo, como lo asumió el gobierno de Obama, aplicando el denominado

⁷⁴ Véase Lilia Bermúdez: *Guerra de baja intensidad. Reagan contra Centroamérica*. Ed. Siglo XXI, México, 1987; Ana María Ezcurra: *Los conflictos de baja intensidad*, Ediciones IDEA, México, 1988; Ana Esther Ceceña: «Los golpes de espectro completo», en <https://www.alainet.org/es/active/73900>, 21/05/2014

smart power (que conciliaba el *hard* y el *soft*), incluyendo formatos novedosos, como el que llevó a cabo con los golpes de Estado de apariencia democrática, apelando a fórmulas legislativas y judiciales, y con los procedimientos empleados en Brasil, que en su conjunto inauguraban una etapa marcada por el *lawfare*, las *fake news* y priorizaban las acciones dirigidas a desacreditar la imagen de los liderazgos antimperialistas y a su procesamiento penal.

A lo largo del proceso que se ha esbozado, la espina dorsal de ese esqueleto radica en el entretejido de enfoques, conceptos y herramientas que articula el sistema interamericano, el cual viene a ser el escenario o estrado en el que se monta, cual retablo teatral, la puesta en escena correspondiente a cada uno de los momentos descritos, con sus versiones renovadas y reajustadas, que según los casos, incorporan personajes, diálogos, inclinando el guion de la dramaturgia geopolítica hacia la dominación o la hegemonía. En ese sentido, se advierten determinadas invariantes, que asumen ropajes diferentes, según las diferencias de contextos y retos que enfrenta la política latinoamericana de Estados Unidos. Por eso no se debe considerar al sistema de dominación continental como un sinónimo del sistema interamericano. El primero incluye al segundo, en tanto eje estable articulador y componente que le imprime, si se quiere, la coherencia y organicidad al aparato de control y dominio en su conjunto, pero también contempla componentes más específicos, que se presentan con variaciones de formato, a veces hasta de manera efímera, siendo superados o sustituidos por otros, con funciones similares y mejoradas. A riesgo de esquematizar, con la intención de precisar y esclarecer lo planteado, se pudieran identificar los siguientes componentes, en calidad de soportes estables:

- Un componente político, conformado por los ideales fundacionales de la nación y el sistema de gobierno de Estados Unidos, a partir del cual se define, desde la formalización del monroísmo y el panamericanismo, el diseño y construcción del sistema interamericano, incluido el corolario Roosevelt, la diplomacia del dólar y las cañoneras, el Gran Garrote y la Buena Vecindad, las concepciones del anticomunismo, la doctrina de Seguridad Nacional, e instrumentos institucionales como los provistos por la Junta Interamericana de Defensa (JID), el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), la Organización de Estados Americanos (OEA). Entre los diversos mecanismos que pueden mencionarse en los años ochenta se encuentran el desarrollo de las prácticas de la llamada Diplomacia Pública, los programas de promoción de la democracia impulsados por la National Endowment for Democracy (NED) y la U.S. Aid for International Development (USAID); la renovación de la OEA, reestructurada y relanzada en los años noventa, junto al mecanismo de las Cumbres de las Américas, iniciado en ese mismo período, y a la implantación de «democracias neoliberales», sometidas a mecanismos transnacionales de imposición, control y sanción de «infracciones», bajo la sombra del Consenso de Washington, que da paso a la avalancha del neoliberalismo, que aún persiste.
- Un soporte económico, consistente en el sistema establecido al calor de los Acuerdos de Bretton Woods, basado en entidades como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), en cuyo marco nacerían iniciativas como la fracasada ALPRO en los años sesenta, o el frustrado intento de

crear el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), acompañado de la firma de Tratados de Libre Comercio (TLC), bilaterales y subregionales, que han mantenido su presencia y funcionalidad.

- Un cimiento militar, que con el TIAR como telón de fondo comprende al extenso y diseminado sistema de bases y operaciones militares, que contó con el establecimiento de la Escuela de las Américas en un país del continente, como Panamá, donde radicó durante muchos años hasta su traslado a territorio estadounidense, junto al Comando Sur y la IV Flota, que luego de un tiempo de paréntesis fue restablecida y que en la actualidad siguen actuando, y con gran vitalidad.
- Un pilar cultural, basado en la difusión, penetración y reproducción del pensamiento único como pilar articulador de nuevos horizontes de sentido, desmovilizador de las aspiraciones y acciones de los movimientos populares, organizaciones de la sociedad civil y partidos con orientaciones de izquierda, progresistas, que criminaliza la imagen de las fuerzas revolucionarias y antimperialistas, así como de gobiernos emancipadores, como complemento de los procesos de cooptación política, catalizador de miradas nacionalistas y etnicistas estrechas, promotor de valores ajenos a la identidad latinoamericana, obstaculizador de la unidad y de los procesos de integración continental. Establecido este pilar desde la segunda posguerra, la ampliación de la penetración cultural ha sido creciente y potente, impregnado todos los espacios de la vida material y espiritual, a través de una verdadera inundación de bienes de consumo, que se unen el ideal de democracia que les acompaña y transforman los ima-

ginarios, bajo el efecto de la industria del entretenimiento y la llamada cultura de masas.

América Latina se inserta hoy con protagonismo en el proceso de transición hegemónica global que está teniendo lugar, definido por la declinación relativa estadounidense y el ascenso de potencias como China y Rusia, cuyo dinamismo geopolítico y geoeconómico incluye nuevos posicionamientos que rivalizan con la tradicional presencia e influencia norteamericana en la región, lo cual les convierte en blancos de una geopolítica recargada.⁷⁵ Los cambios que se están generando en el sistema mundial capitalista se expresan en el actual mapa latinoamericano como factores internacionales que hacen aún más complejo el escenario continental de transformaciones operadas en las correlaciones de fuerzas políticas desde finales del siglo XX e inicios del XXI, condicionando tanto a los Estados como a los gobiernos, sus proyecciones de desarrollo, las luchas por el poder y los procesos de concertación e integración regional. En ese contexto, los gobiernos progresistas o de izquierda, con respaldo popular, surgidos de procesos electorales amparados en las reglas de la democracia liberal representativa burguesa, han generado una intensa reacción por parte del imperialismo estadounidense y las oligarquías latinoamericanas, con el empeño de lograr su reversión y derrocamiento. Es una nueva expresión del viejo conflicto entre revolución y reforma, entre revolución y contrarrevolución. Estados Unidos reivindica en ese marco, terminada la Administración Trump y en curso la de Biden, la Doctrina Monroe y se disponen a

⁷⁵ Véase Alejandro Frenkel y Nicolás Comini: «La política internacional de América Latina: más atomización que convergencia», *Nueva Sociedad*, no. 271, septiembre-octubre, Buenos Aires, 2017.

recuperar lo que aprecia como terreno perdido en la región, intentando manejar la creciente presencia china y rusa, así como quebrar los esfuerzos por lograr la unidad latinoamericana.

La disputa que lleva a cabo Estados Unidos en Nuestra América frente a China y Rusia, desde luego, no solo es comercial, sino también tecnológica, todo ello con una connotación geopolítica. Así, el documento *Estrategia de Seguridad Nacional 2017*, presentado por Trump, destacaba la preocupación respecto al avance de ambos países como actores de peso, calificándoles como «potencias revisionistas» que «modifican la balanza de poder», lo cual implica «consecuencias globales y amenazas a los intereses norteamericanos». Señalaba que China «busca poner a la región en su órbita a través de inversiones y préstamos» y que Rusia, prosigue con «sus fallidas políticas de la Guerra Fría» apoyando a Cuba, considerando a la Isla, junto a Venezuela y Nicaragua, como integrantes de una «troika de las tiranías», que ponía en peligro la democracia en el continente, por lo que debían ser neutralizados.⁷⁶

En las acciones prioritarias del ámbito de seguridad y militar referido al continente, declaraba que Estados Unidos debía «construir sobre esfuerzos locales y fomentar: a) las culturas de legalidad para reducir el crimen y la corrupción; b) apoyar esfuerzos locales para profesionalizar la policía y otras fuerzas de seguridad; c) reforzar la autoridad de la ley y emprender reformas judiciales; d) mejorar la información compartida para

⁷⁶ Véase Bernardo Sorj y Sergio Fausto (comp.): *América Latina: transformaciones geopolíticas y democracia*, Siglo XXI Editores, México, 2010; Alfredo Serrano: *América Latina en disputa*, Fundación Editorial El perro y la rana/BANDES, Caracas, 2015; y Claudia Detsch: «Escaramuzas en el patio trasero. China y Rusia en América Latina», en *Nueva Sociedad*, no. 275, mayo-junio, Buenos Aires, 2018.

apuntar a líderes corruptos y desbaratar el tráfico ilícito». ⁷⁷ Quedaba claro, así, que los intereses e intenciones de Estados Unidos impactaban las relaciones interlatinoamericanas e incluso, más allá, la política exterior de los Estados latinoamericanos hacia otras regiones del mundo, como las de Europa y Asia.

Como continuidad de esa pauta, tanto la *Guía estratégica interina de Seguridad Nacional*, emitida por el gobierno de Biden en marzo de 2021, como la *Estrategia de Seguridad Nacional*, dada a conocer en octubre de 2022, evidencian vasos comunicantes y puntos comunes con la de Trump. Por ejemplo, en el documento más reciente se señala a China como «principal retador» en la arena geopolítica mundial y a Rusia como «país peligroso» a controlar.

Lo planteado posibilita resumir las bases y las pautas que han caracterizado, de manera general y esencial, el desenvolvimiento histórico y estructural de la cosecha del monroísmo que nutre a la política latinoamericana de Estados Unidos y sus expresiones actuales, en la tercera década del siglo en curso, que articulan la dominación y la hegemonía (agrietada) del imperialismo contemporáneo.

En la actualidad se reitera un dilema recurrente. ¿De qué se trata? De sí, una vez más, el gobierno norteamericano considerará a la región en un segundo o tercer nivel de atención, con cierto descuido, con pocas referencias en la retórica discursiva oficial, tal y como se sintetiza en el concepto eufemístico extendido en la latinoamericanística, con una «negligencia benigna». O de sí, aunque no lo haga de manera totalmente explícita y

⁷⁷ *National Security Strategy of the United States of America*, The White House, Washington D.C., December 2017. Consúltese en: <https://ge.usembassy.gov/2017-national-security-strategy-united-states-america-president/>

directa, dicho gobierno la asumirá a partir de urgente redefinición en el sistema de dominación estadounidense o sea, atendiendo a los imperativos de la geopolítica imperialista, que condujeron a que América Latina inspirara prematuramente el monroísmo como primera formulación doctrinal y estratégica, de política exterior, aun hallándose el capitalismo norteamericano, según se ha explicado, en su fase premonopolista, como anticipación histórica de la lógica del imperialismo. En tal reconsideración, es indudable que la relación de Estados Unidos con Cuba seguirá siendo una pieza funcional necesaria, fundamental, en su política latinoamericana. El Che puntualizó, con extraordinaria perspicacia y olfato, el lugar primordial de Cuba en esa política, cuando en el marco de la «Alianza para el Progreso», señaló, de modo premonitorio, que «Estados Unidos, si no podía destruirnos de inmediato, tenía que tratar de aislarnos primero para destruirnos después».⁷⁸

Lo más probable que esta pauta iniciada con Eisenhower y continuada hasta Biden, con métodos variados, sea la que siga la actual Administración durante lo que resta de su primer o único mandato, como parece confirmarlo la IX Cumbre de las Américas realizada en junio de 2022, la más ilegítima de todas, aunque los recientes reacomodos en el tablero político de la región, a partir de los últimos procesos electorales, inclinen, siquiera puntualmente, la balanza en favor de las fuerzas progresistas, emancipadoras y de izquierda, cuya persistencia o volatilidad se confirmará en 2023, mientras la citada Administración demócrata avance, retroceda o se estanque en su tercer año, con vistas a su eventual reelección, entre indefiniciones y

⁷⁸ Ernesto Che Guevara: «Cuba y el Plan Kennedy», en Elier Ramírez: *El Che y las relaciones Estados Unidos-Cuba en los años sesenta*, Ocean Sur, 2017, p. 92.

contradicciones, junto a un probable realineamiento en el Partido Republicano, bajo la sombra de Trump. Más allá de lo que muestran numéricamente las recientes elecciones de medio término, de los predominios de uno u otro partido en el Congreso y en las gobernaturas estatales, lo cierto es que ninguno de ellos exhibe unidad interna, una agenda atractiva viable ni un liderazgo descollante de cara a la aún lejana contienda presidencial de 2024.

Podría concluirse afirmando, con el riesgo de la esquematización que, en el balance entre cambio y continuidad, en lo concerniente a concepciones e instrumentos de dominación cobijados bajo la Doctrina Monroe, transcurridos 200 años de su formulación, sobresale lo segundo. Ello tiene lugar mientras transcurren procesos en Nuestra América, en los que los resultados electorales y tensiones en determinados países parecen reorientar de nuevo el rumbo, sin descartar que un mundo mejor es posible. La visualización del futuro es un ejercicio complejo. Es difícil discernir entre el rango real de los cambios y las apariencias, entre procesos fugaces y perdurables. ¿Podrá el imperialismo norteamericano mirar alguna vez a Nuestra América sin los lentes del monroísmo?



ocean sur

una editorial latinoamericana

www.oceansur.com • info@oceansur.com

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperalista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

ROSTROS Y MÁSCARAS

Mirar a Estados Unidos desde el contexto latinoamericano

El presente texto recorre la historia, los procesos políticos internos y las corrientes ideológicas en Estados Unidos, así como las relaciones interamericanas, dejando claro que, en nuestros países, el conocimiento del poderoso vecino del Norte no responde a la curiosidad intelectual, aunque ello sea una motivación legítima, sino a imperativos de la defensa de la identidad, la soberanía y la Seguridad Nacional.

—Elier Ramírez Cañedo



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au

ISBN 978-1-923074-14-9